

462-2

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 19 - 25 febrero 1961 - Dirección y Admón.: Av. del Generalísimo, 39-7.º - II Epoca - N.º 638 Depósito legal: M. 5.869 - 1958

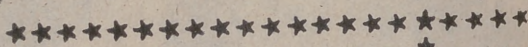
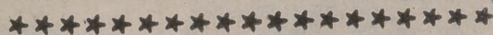
CONTACTO CON MOSCÚ



LA RED DE ESPIONAJE DE PORTLAND, AL DESCUBIERTO



Igual que se
afina
un violín...



Temple su organismo

Hay que buscar el "tono" a nuestra fisiología. Las cuerdas del violín o de la guitarra se destemplan con el trato que se les da, o con el clima. Más delicado que los instrumentos musicales es nuestro organismo. También precisa, de vez en cuando que se le afine. A eso tiende la acción depuradora, tónica y antiácida de la efervescente "Sal de Fruta" ENO, única en el mundo para todo el mundo.

119-611



"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST.

REGULA EL ORGANISMO

Laboratorio
FEDERICO BONET, S. A.
Edificio Boneco - Madrid

En este restaurante, próximo a la estación londinense de Waterloo, solían reunirse los espías para cambiar impresiones y trazar sus planes



CONTACTO CON MOSCU

LA RED DE ESPIONAJE DE PORTLAND, AL DESCUBIERTO

POR malo que fuera el tiempo salían todos los días a navegar. Era una flotilla de barcos muy diversos protegida siempre por varios helicópteros. Ese "paraguas" aéreo estaba encargado de impedir que algún avión sintiera demasiada curiosidad por lo que hicieran los navíos. En realidad poco podía apreciarse; evolucionaban y después se reagrupaban. Hubiera hecho falta meterse en el interior de los barcos para saber que estaban probando nuevos sis-

temas de detección submarina... o quizá no fuera necesario tanta molestia. Bastaba con tener en Portland dos personas de confianza, a ser posible una de ellas con un puesto lo suficientemente alto como para enviar documentos a la otra sin despertar sospechas. Y eso fue lo que se hizo.

Al menos durante siete meses los secretos de Portland, a los que ya se refirió EL ESPAÑOL, han estado fluyendo tranquilamente desde los archivos ultrasecretos hasta los despachos y laboratorios de la Marina soviética. Ahora el desarrollo del proceso que se sigue en Londres contra los miembros de la red de espionaje —en total tres hombres y dos mujeres— ha puesto al descubierto nuevos detalles de la trama.

No eran precisamente simples aficionados; operaban con unos medios técnicos muy costosos y que indudablemente requerían una larga práctica. Tenían además dinero; en la casa que ocupaban los Kroger en las afueras de Londres halló la Policía 6.000 dólares y otros 2.000 más en las vigas del tejado. "Esa casa—ha dicho el procurador general sir Reginald Manningham Buller ante el Tribunal de Bow Street—era el escondrijo de una potentísima estación de radio capaz de establecer contacto con Moscú." Había naturalmente una antena camuflada y un magnetófono que permitiera radiar a una velocidad mayor de la normal. Las claves empleadas en los mensajes estaban ocultas en objetos aparentemente vulga-

res, un encendedor, una linterna eléctrica. La Policía encontró también rollos de película, precisamente del tipo utilizado en los "affaires" del espionaje soviético.

La red ha sido desarticulada. Ahora es preciso saber quiénes eran sus miembros, qué es lo que en realidad hicieron y cuál es la pena que merecen.

"MUY VALIOSO PARA UN EVENTUAL ENEMIGO"

La Reina Isabel de Inglaterra presidió en el pasado mes de octubre la botadura del "Dreadnought". El "Dreadnought" es el primer submarino atómico británico que entrará probablemente en servicio hacia finales de 1962. Tiene 80 metros de longitud y un diámetro de 10 metros. Según se ha declarado llevará un determinado número de armas secretas, aparatos especiales de detección submarina y torpedos de tipo desconocido.

El "Dreadnought" es un producto británico, pero que no hubiera podido ser realizado sin la ayuda americana. El casco fue construido en Farrow-in-Furnees, según planos americanos; el reactor nuclear ha sido fabricado por la empresa norteamericana Westinghouse Corporation, y la futura tripulación del submarino recibirá su entrenamiento en una base de sumergibles de los Estados Unidos.

Si los hombres de Scotland Yard hubieran retrasado unas horas la iniciación de la serie de detencio-

nes realizadas el día 7 de enero es muy posible que las características más secretas del "Dreadnought" hubieran pasado a poder de los rusos.

Cuando los policías detuvieron cerca de la Estación Victoria a Gordon Lonsdale éste llevaba en la mano una bolsa que acababan de entregarle Henry Houghton y Ethel Gee, ambos empleados en la base de Portland. En esa bolsa había una cajita metálica pintada de blanco y cuyo tamaño no excedía del de un paquete de cigarrillos. La cajita guardaba en microfilm páginas y fotografías de un libro titulado "Características de las unidades de guerra", al que se ha calificado de "muy valioso para un eventual enemigo". En la cajita, también reproducidos por microfilm, estaban los planos y detalles más secretos del "Dreadnought". Aquella misma noche los datos recogidos por la pareja Houghton-Gee hubieran sido enviados, parte por radio y parte en algún correo especial, a Moscú. De la operación se hubiera encargado el propio Gordon Lonsdale y un matrimonio canadiense que vivía en un suburbio de Londres, los Kroger. Cuando les detuvieron los tres opusieron gran resistencia a que sus huellas dactilares fueran enviadas a Ottawa para comprobar su verdadera personalidad, ya que Lonsdale también afirmaba ser canadiense. Como muchos tenían en el registro de Ottawa no estaban sus huellas. Sus pasaportes eran falsos y ellos no eran canadienses.



The Old Vic, teatro londinense, en el que fueron detenidos Harry Houghton, Ethel Gee y Gordon Lonsdale



Sir Reginald Manningham-Buller, fiscal en el caso de los espías ingleses

Averiguar la identidad de estas gentes sobrepasaba en realidad las posibilidades del propio Scotland Yard. El F. B. I. se encargó de averiguar quiénes eran los Kroger, y cuando lo averiguó, todos comprendieron que se trataba de una pareja buscada durante bastantes años. Claro que entonces no se llamaban John y Helen Kroger, sino Morris y Lola Cohen.

EL JUGADOR DE RUGBY

Hace pocos días un entrenador de un equipo de rugby de la Universidad de Alabama llamó al F. B. I. para decirle que había visto la fotografía de Kroger en

los periódicos y que creía saber de quién se trataba.

—Yo le conocí cuando jugábamos en un equipo de rugby de esta ciudad. Claro que entonces no se llamaba Kroger, sino Cohen.

El F. B. I. recibió otros informes semejantes, todos procedentes también de antiguos jugadores de rugby. Aquellos datos sirvieron a los agentes para saber que estaban sobre la verdadera pista en sus averiguaciones sobre Cohen-Kroger. Ahora han podido reconstruir parte de su vida. Todo, al parecer, concuerda perfectamente.

Morris Cohen fue siempre muy aficionado al rugby. Empezó a ju-

garlo en su barrio, el inmenso Bronx neoyorquino, caracterizado por su feroz izquierdismo. Después pasó a estudiar a la Universidad de Alabama y se unió a otro equipo.

Cuando los comunistas y los "compañeros de viaje" organizaron la brigada "Abraham Lincoln", Cohen se enroló inmediatamente. Así vino a España porque la "Lincoln" era una de las brigadas internacionales que se reclutaron en todo el mundo por orden de Moscú. En 1938 se hallaba de regreso en Nueva York y prácticamente desde entonces ha estado mezclando más o menos intensamente en actividades de espionaje. En 1957

el F. B. I. no logró probar su complicidad en las actividades del espía soviético Rudolph Abel, que fue condenado a treinta años de prisión, pero los Cohen comprendieron que no iba a pasar mucho tiempo antes de que fueran detenidos. Via Canadá llegaron a París, donde de un modo muy oscuro se procuraron unos pasaportes neozelandeses que les permitieron entrar en Inglaterra. Sin embargo, en Londres se hacían pasar por canadienses.

Cuando la Policía registró su casa encontró en un cajón secreto los dos pasaportes neozelandeses.

EL FUTURO DE LONDS-DALE

Si Gordon Lonsdale no fuera condenado por la Justicia británica como reo del delito de espionaje, tendría que enfrentarse con un grave peligro, porque sobre él gra-

vita la responsabilidad de que Scotland Yard tenga las pruebas de quién era la potencia que se beneficiaba de ese espionaje. Cuando los agentes comenzaron a observar las idas y venidas de Portland a Londres de la pareja Houghton-Gee sospechaban, naturalmente, que se trataba de individuos al servicio de la U. R. S. S., pero no tenían pruebas. La primera de ellas la encontraron en casa de los Kroger. Era una carta que empezaba: «Querida Galyushia...» La carta estaba escrita por Lonsdale y en ruso. Los Kroger estaban encargados de enviar la carta junto con las informaciones del espionaje y hacerla llegar a la familia de Lonsdale, que reside en Moscú, porque Lonsdale no es canadiense ni inglés como pensaban algunos al principio, sino un ciudadano soviético a quien se han encontrado, además, varias de las cartas recibidas de Moscú y escritas por su mujer.

«Te felicito en este 43 aniversario de la Revolución de octubre. Estamos muy tristes porque no te hallas con nosotros, pero sabemos que estás cumpliendo con tu deber. A ti te agrada ese trabajo y has de realizarlo a conciencia.» Este párrafo corresponde a una de las cartas. Mientras era leído ante el tribunal, Lonsdale no dejaba de sonreír. Es un hombre acorralado que ha anunciado que no declarará absolutamente nada. En realidad, lo mejor que puede ocurrirle es que las rejas británicas le libren de la venganza soviética por haber mantenido una correspondencia que ha resultado comprometedor.

«AMERICANOS» EN UCRAINA

Cuando se comenzó a hablar de Vinitza hubo muchos que dudaron de su existencia, pero Vinitza existe y es una pequeña aldea de Ucrania. Claro que la denominación de aldea no es la más adecuada, pero tampoco le acomoda otra de las que sirven para designar a una pequeña comunidad. En Vinitza hay «night clubs», cines, «Drugstores», estaciones de Metro por las que nunca ha pasado un ferrocarril. Vinitza es una ciudad fantasma al estilo de las que construyó en la costa de Crimea Potemkin o como las que se levantan en los estudios cinematográficos de Hollywood.

Pero en Vinitza viven muchas personas. Visten trajes confeccionados en serie, pagan todos sus gastos en dólares y hablan en inglés con acento americano. Vinitza es una ciudad de entrenamiento para la gigantesca máquina del espionaje soviético en los Estados Unidos.

Uno de los mayores obstáculos que tiene que salvar siempre un espía es el de su aclimatación en el país donde opera. Puede hablar el idioma sin ningún fallo, conocer una ciudad como si hubiera vivido siempre en ella y disponer de unos papeles perfectamente falsos que justifiquen su personalidad. Pero el simple hecho de olvidar, sólo por un momento, que en Inglaterra, por ejemplo, se conduce por la izquierda o que en Estados Unidos no se dice «tramway», sino «streetcar», puede delatar su origen extranjero ante cualquier agente del contraespionaje. Para evitar todos

esos fallos, los rusos construyeron Vinitza, una ciudad americana que es la antesala definitiva para los espías que se dirigen a los Estados Unidos.

En los campos de deporte de Vinitza se juega al base-ball, en los cines se proyectan «westerns» de mejor o peor calidad y la bebida que se sirve corrientemente en los bares es whisky. No hay más que discos americanos y comida americana. Hay muchos agentes que, tras de comprobarse su incapacidad de adaptación, son retirados de Vinitza sin llegar a salir de Rusia.

Vinitza es una empresa que cuesta mucho dinero al año, pero es un dinero que resulta rentable a los comunistas. De allí salen anualmente unos 1.000 agentes hacia los Estados Unidos. Ahora, según todas las informaciones, Vinitza ha experimentado una profunda transformación. Ya no es sólo una «ciudad americana»; parte de su área se ha dedicado a la construcción de una típica ciudad británica. En vez de bares hay «pubs», en vez de dólares, libras, y en lugar de inglés con acento americano, un inglés oxfordiano, «cockney» londinense o de Edimburgo.

De esa sección de Vinitza pueden haber salido algunos de los agentes que operaban sobre el área de Portland. De la americana salieron posiblemente otros.

LA RUTA DE LA TRAICION

Peter y Helen Kroger escaparon de los Estados Unidos cuando el F. B. I. estaba ya sobre sus pasos. Solamente el hecho de huir por la frontera canadiense acredita su habilidad como espías porque desde que Igor Gouzenko delató a los miembros de la red del espionaje atómico en Ottawa, esa frontera es objeto de particular vigilancia. En realidad, cuando un espía al servicio de la Unión Soviética (nacido en Rusia o en los Estados Unidos) intenta escapar al verse en peligro, escoge la frontera mejicana.

Desde California a Tejas la frontera está mal vigilada y hay además accesos muy fáciles. Una vez traspuesta, los espías se dirigen indefectiblemente a Méjico capital, donde reside un grupo de filocomunistas norteamericanos siempre dispuestos a amparar a los «perseguidos» por el F. B. I. De Méjico van a Tampico o a Veracruz, de allí a La Habana, donde esperan un barco que les lleve al Mediterráneo, y preferentemente a Yugoslavia, cubriendo más tarde por vía aérea el trayecto Belgrado-Praga.

Esa es precisamente la ruta que siguieron Mauricio Halperin, antiguo director de la Sección de América Latina en el «Office of Strategic Services», la que pensaban utilizar en 1950 Julius y Ethel Rosenberg para lo que entregaron cinco mil dólares a David Greenglass, la que usaron los espías Alfred y Martha Dodd Stern en 1957 y recientemente Ignacy Witezak, que operaba en California. Esa es también la utilizada por Martin y Mitchell en 1960.

William Martin y Bernon Mitchell son dos individuos ligados por una relación nefanda, la misma que existía entre Donald Maclean y Guy Burgess, los dos funcionarios del Foreign Office británico que en 1951 huyeron a la



Jacob Lyomson, traductor de las cartas en ruso de la señora Kroger



El capitán George Osborne Symonds y el comandante Maitland

Unión Soviética. Martin y Mitchell trabajaban en Washington en la «National Security Agency», en un departamento encargado de captar día y noche las más diversas transmisiones de radio. Si los mensajes captados se hallaban en clave era preciso descifrarlos; naturalmente, estaban en posesión de las principales claves utilizadas por los Estados Unidos y puede comprenderse la magnitud de la

traición que cometieron. Como Maclean y Burgess, Martin y Mitchell fueron calurosamente recibidos en Moscú, donde se les brindó hasta la posibilidad de una conferencia de Prensa.

El espionaje practicado por Bernon y Mitchell había sido descubierto por el F. B. I. Los dos traidores tuvieron apenas tiempo de huir. Su caso tuvo mucha menos resonancia que el del «U-2». Na-

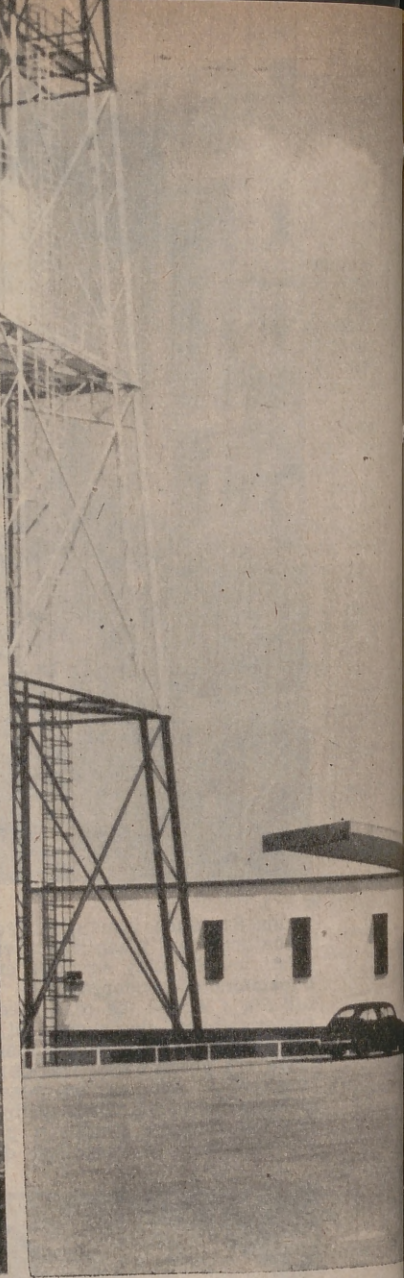
turalmente, para la propaganda soviética, Bernon y Mitchell eran dos idealistas que deseaban refugiarse en el paraíso soviético.

Guillermo SOLANA

(Fotos: Europa Press y Keystone-Nemes.)



Izquierda, H. Frederik Houghton; derecha, Gordon Lonsdale. Los dos están acusados de espionaje en favor de Rusia



LA VOZ DE ROMA EN TODO EL ORBE

LOS TREINTA AÑOS DE RADIO VATICANA

DIA Y NOCHE LAS ANTENAS DE LA CIUDAD ETERNA EMITEN EN 29 IDIOMAS

EL ESPAÑOL.—F&g. 8

POCOS minutos antes de las cuatro y media de la tarde del 12 de febrero de 1931, el senador Guillermo Marconi, el gran científico italiano que el 1 de enero de 1900 había inaugurado el siglo XX con el primer puente-radio entre Europa y América, anunciaba ante los micrófonos por él mismo instalados el primer radiomensaje pontificio: "Tengo el altísimo honor de anunciar que dentro de breves instantes el Sumo Pontífice inaugurará la estación radiofónica del Estado de la Ciudad del Vaticano. Las ondas electromagnéticas llevarán a todo el mundo, a través de los espacios, su palabra de paz y de bendición. Esta es la primera vez que la voz del Papa podrá ser percibida simultáneamente sobre toda la superficie de la tierra". A las cuatro y media de aquella misma tarde, Pío XI pronunciaba el primer radiomensaje pontificio, que iniciaba con estas palabras. "Nos, que por arcano designio de Dios hemos sucedido al Príncipe de los Apóstoles, es decir, de aquellos cuya doctrina y predicación, por divino mandato, está destinada a todas las gentes y a todas las criaturas, siendo el pri-

mero que podemos valernos desde este lugar de la admirable invención marconiana, nos dirigimos en primer lugar a todas las cosas y a todos los hombres..." Consciente del momento histórico y de las inmensas posibilidades divulgativas de la radio, el Papa proseguía el mensaje dirigiéndose a todas las categorías de personas, como si las tuviese presentes ante su mirada. Junto al Papa se hallaban los cardenales Pacelli y Gasparri, el senador Marconi, ideador y constructor de la Radio Vaticana y el padre jesuita Giuseppe Gianfranceschi, primer director de la emisora.

LA RADIO, MEDIO INCOMPARABLE DE APOSTOLADO DURANTE LOS PONTIFICADOS DE PÍO XI, PÍO XII Y JUAN XXIII

La transmisión de aquel mensaje papal duró exactamente catorce minutos, y el Papa habló en latín. Cuando al final del mensaje se difundió la fórmula de la bendición "Urbi et Orbi", centenares de millares de fieles la recibieron de rodillas. En los días sucesivos, la

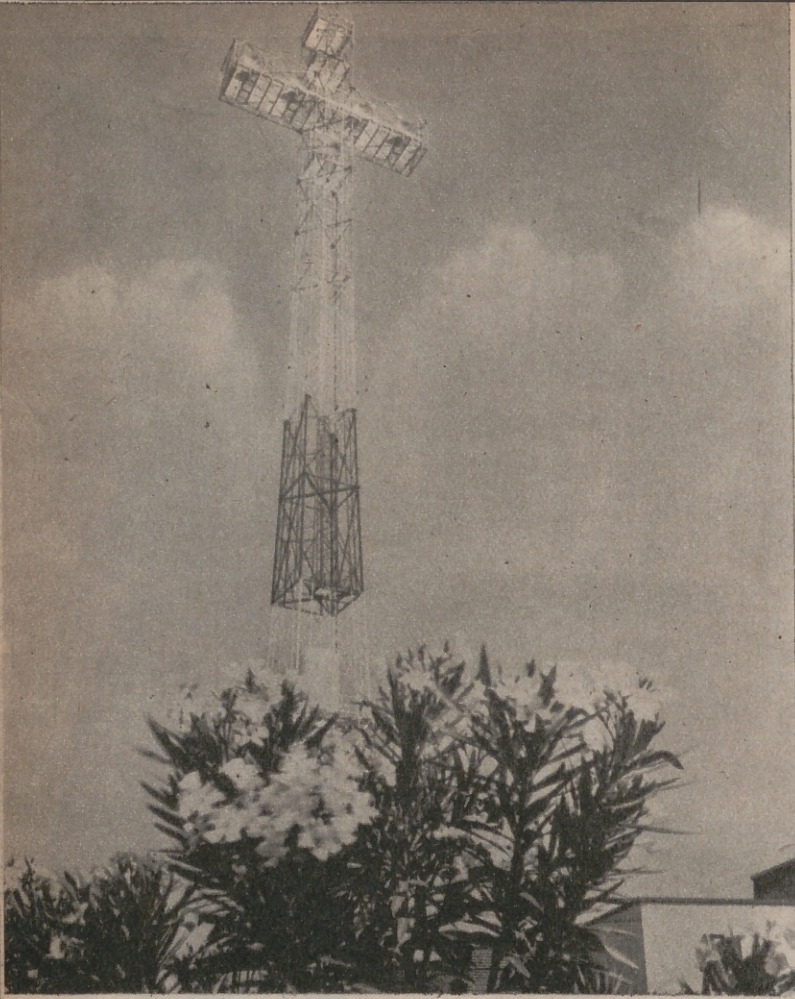
Radio Vaticana repitió el primer saludo del Vicario de Cristo, traducido en las principales lenguas.

Pío XI había podido constatar ya la misión insustituible y las increíbles posibilidades de la Radio Vaticana como vínculo de unión entre el padre y sus hijos esparcidos por todos los rincones de la tierra. Aquellas posibilidades intuidas por Pío XI se convirtieron en realidad bajo el pontificado de Pío XII, con una amplitud de proporciones superior a toda expectativa. Las grandes ceremonias religiosas en la basílica vaticana, las históricas manifestaciones en la Plaza de San Pedro, que sellaron los días más faustos del gran Pontífice, tuvieron a través de la radio millones de participantes. Los más importantes congresos internacionales se vieron honrados con un radiomensaje del Papa. Bajo Pío XII pasaron a formar parte de las tradiciones de la Roma católica los radiomensajes de Navidad y de Pascua. Las entidades radiofónicas, interpretando el vivo deseo de los pueblos, comenzaron a conectan en tan solemnes ocasiones con la emisora vaticana para la difusión simultánea de la pa-

En Santa María Galeria se hallan emplazadas las nuevas instalaciones de la potente emisora vaticana. En la foto, una vista del moderno edificio, con la imagen del arcángel San Gabriel, patrono de la Radiodifusión. A la izquierda, S. S. Juan XXIII en los micrófonos de Radio Vaticano

labra del Papa. Durante los días más difíciles y sangrientos del conflicto mundial, Pío XII pudo proclamar libremente con su voz, ante el mundo, la necesidad absoluta de una paz tan anhelada, indicando a los pueblos extraviados y casi sin esperanza las condiciones de una armónica convivencia política y social en el ámbito de las comunidades nacionales e internacionales.

España guardará siempre grabado en lo más profundo de su alma católica el radiomensaje que Pío XII dirigió a nuestro país el 16 de abril de 1939, cuando España entregaba su espada victoriosa a la Iglesia. Fue un radiomensaje memorable, en el que Pío XII manifestaba su paternal regocijo por la paz conquistada, y rendía su agosto homenaje a los mártires de nuestra Cruzada. «Ya que el arco iris de la paz ha vuelto a res-



Una torre en forma de cruz efectúa el enlace hertziano entre las emisoras en Santa María Galería y los Estudios. Abajo, las instalaciones en la «Torre Leonina», de la Ciudad del Vaticano

plandecer en el cielo de España, unámonos todos de corazón en un himno ferviente de acción de gracias al Dios de la Paz.» Durante todo el periodo de la

guerra mundial, Pío XII puso la radio al servicio de las dolorosas necesidades de sus hijos, trasformándola en un instrumento de caridad y de amor, en la búsqueda

El agregado de Prensa de la embajada de España, visita las instalaciones de Radio Vaticana, acompañado del Padre Pérez, S. J.

de los prisioneros, de los dispersos, de los prófugos. Todas aquellas experiencias vividas alimentaron en Pío XII aquel alto y noble concepto de la radio en el campo del apostolado que él tan profundamente expresó en sus alocuciones y en particular en la Encíclica «Miranda prosus», sobre las modernas técnicas de difusión. Juan XXIII, cuya alta estima por los valores espirituales de los modernos medios de difusión, está documentada en el «Motu proprio» «Boni Pastoris», de 22 de febrero de 1959, en que dictaba nuevas y estables normas a la Comisión Pontificia para el Cine, la Radio y la Televisión, ha infundido a la Radio Vaticana un ritmo todavía más intenso de actividad. Hasta esta fecha, la Radio Vaticana ha difundido más de 50 mensajes y más de 30 discursos de Juan XXIII. Con un mensaje personal inauguró, el 18 de febrero de 1959, las transmisiones de la Radio Vaticana destinadas al Japón. El 31 de enero de 1960, en el discurso pronunciado en la Basílica de San Pedro, en el acto de clausura del Sínodo Romano, citó expresamente a la Radio Vaticana por la contribución prestada al feliz éxito de la obra.

una fidelidad cada vez mayor, en una adaptación cada día más amplia a la misión y a las tareas en que siempre se ha inspirado. Hoy día, la Radio Vaticana puede ostentar instalaciones técnicas que figuran entre las más eficientes del mundo. En el nuevo centro transmisor de Santa María de Galería, a pocos kilómetros de Roma, se encuentran las nuevas instalaciones y los nuevos transmisores. Es una sugestiva escenografía hecha de torres metálicas y cables de cobre que enlazan las antenas. Existen veinticuatro de estas torres en una superficie que, aproximadamente, podríamos calcular equivalente a diez veces el territorio de la Ciudad del Vaticano. Pues éste, al parecer desordenado, bosque de torres es hoy día el que podríamos llamar corazón de la Emisora Vaticana, y cada antena y cada cable están regulados al milímetro por las necesidades de las transmisiones; orientadas sobre tres ejes, con una dirección aproximada hacia el Oeste, el Nordeste y Surdeste, pueden dirigir las siete longitudes de onda de que dispone la Radio Vaticana, hacia los países a los que la emisión está destinada, a fin de que no se pierda la potencia utilizable. Mas para llegar a estos modernos establecimientos, aunque todavía incompletos, numerosos han sido los sacrificios y lento el desarrollo, desde el primer micrófono instalado por Marconi en 1931, con un solo transmisor «Marconi» de la potencia de 10 kilovatios. Confiada a la Compañía de Jesús, la Radio Vaticana tuvo en un principio una sola finalidad: la difusión de la palabra del Papa siem-

pre que el Pontífice considerase oportuno dirigirse a la catolicidad sirviéndose de la emisora vaticana. Por lo demás, la emisora se limitó durante muchos años a emisiones experimentales, que, con el pasar del tiempo y el empleo de una más adecuada dotación, se convirtieron en programas fijos, aunque todavía no diarios.

Del primer transmisor «Marconi» de 10 kilovatios se pasó en 1937 a un «Telefunken» de 25 kilovatios, para onda corta, y en 1939, a la entrada en función, en el llamado Palacio de León XIII, de los nuevos Estudios, que disponían de cabinas de transmisión, de un «auditorium» y de una central de amplificación. Después de la guerra, nuevos transmisores se fueron instalando. En 1952 se concluyen los trabajos de ampliación de la estación transmisora y de la sede del Palacio de León XIII. El 27 de octubre de 1957, inaugurado por Pío XII, entra en función el moderno centro transmisor de Santa María de Galería, al que antes hemos aludido, y en junio de 1959 fue utilizado un nuevo conjunto de oficinas y Estudios en el antiguo Museo Petriano, entre la columna de Berinini y el Palacio del Santo Oficio; aquí han sido instaladas las oficinas del «Diario hablado» y Estudios para la transmisión y grabación.

Al desarrollo de las instalaciones técnicas corresponde un progresivo perfeccionamiento de las emisiones. Si el primero fue un periodo de experimento y de orga-

INSTALACIONES TECNICAS DE PRIMER ORDEN Y DESARROLLO PROGRESIVO DE LAS EMISIONES EN LAS DISTINTAS LENGUAS

Treinta años de vida para una institución no son muchos, pero son más que suficientes para documentar su valor y significado, sobre todo si han transcurrido en



nización, ya en 1935, a petición del Episcopado católico, la Radio Vaticana incrementa notablemente su actividad. Aquel mismo año, al fallecer el P. Pianfranceschi, es sustituido por el P. Soccorsi en la dirección de la emisora. En 1939 se constituye el Servicio de Informaciones Católicas y comienzan las transmisiones bisemanales en las principales lenguas europeas. Sigue después un período de emergencia, durante la guerra mundial, cuando la emisora fue absorbida casi totalmente por la Oficina de Informaciones Vaticanas para los prisioneros y dispersos durante el conflicto.

PUENTE INSUSTITUIBLE CON LA IGLESIA DEL SILENCIO

Al terminar la guerra, las emisiones en las distintas lenguas recobran su fisonomía original y nuevas lenguas se añaden a las anteriores, de tal manera que en 1948, la Radio Vaticana trasmite ya en 19 idiomas: árabe, checo, croata, etíopico, francés, inglés, italiano, leton, lituano, holandés, polaco, portugués, rumano, esloveno, español, alemán, ucraniano y húngaro. El año siguiente añaden el blanco-ruteno, el búlgaro, el estón (hasta 1952), el latín y el ruso; en 1950 el chino, en 1951 el albanés, en 1954 el danés, el noruego y el sueco, y en 1959 el japonés, alcanzando así un total de 29 lenguas. En 1953, entra a dirigir la Radio Vaticana el padre Antoni Stefanizzi, actual director, que con incomparable dedicación perfecciona los distintos sectores de la emisora, hasta lograr el alto nivel de la actual estructura, designando un director de programas, el padre jesuita mejicano J. Ramírez,

y 29 directores de las distintas secciones lingüísticas. Detalle digno de relieve es que de estas 29 lenguas, 17 son de países situados detrás del «telón de acero», y documentan la particular atención dedicada a la Iglesia del Silencio. Esta posición de privilegio está más que justificada. La Radio Vaticana constituye un puente insustituible, y muchas veces único, entre el centro de la catolicidad y la Iglesia del Silencio. Los regímenes comunistas, mediante una potente red de estaciones, violan las convenciones internacionales, efectuando una interferencia de tal potencia que sólo un servicio intenso y el empleo de las antenas dirigidas logran superar parcialmente. Los temas de las transmisiones tienden a satisfacer las exigencias de una población que vive en la imposibilidad completa de recibir una educación religiosa y se ve diariamente ahogada por una propaganda que se vale de todos los instrumentos técnicos y psicológicos para imponer la ideología del partido, intentando presentar cualquier fe religiosa como un mito o una superstición, valiéndose a tal fin de una dialéctica pseudo-científica y pseudo-cultural. La Radio Vaticana, en sus emisiones para la Iglesia del Silencio, se propone ofrecer a los católicos que sufren bajo el yugo comunista, expuestos a la tentación de una visión de la Iglesia en prolongada agonía y casi en trance de sucumbir, un testimonio de su exuberante vitalidad, informándoles de sus crecientes afirmaciones en el mundo libre y de sus constantes conquistas en el frente misionero. Con particular insistencia se computan los errores teóricos y prácticos

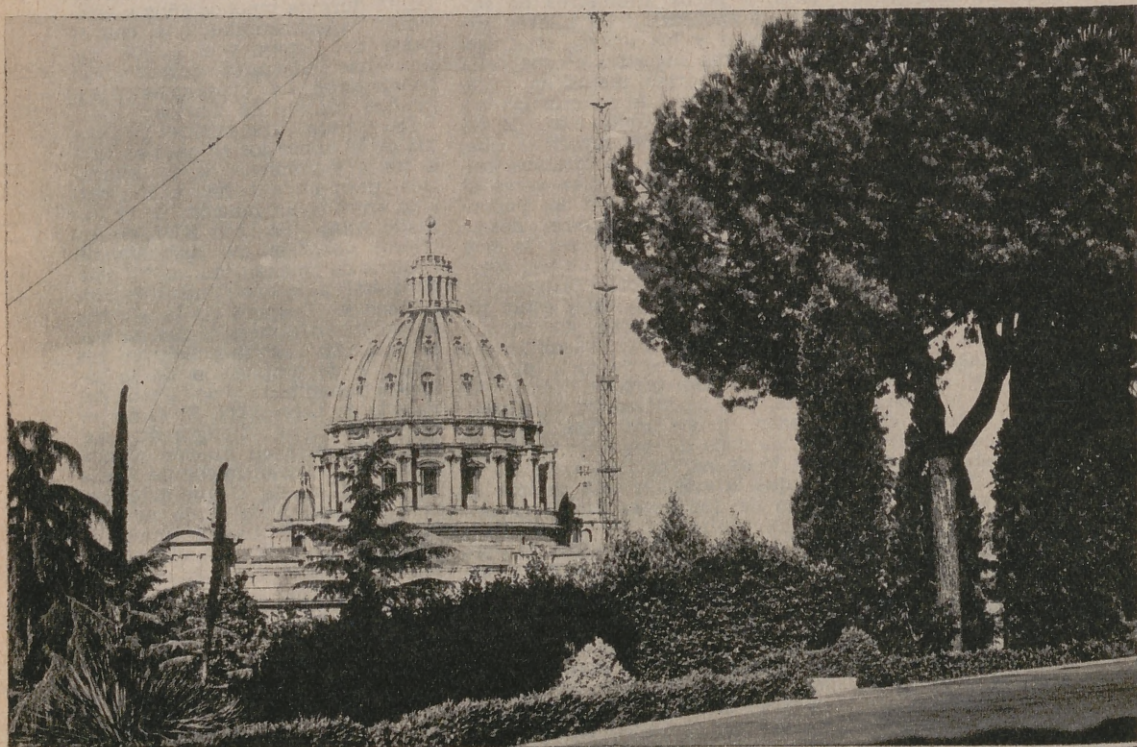
del comunismo, contraponiéndoles la doctrina social cristiana.

LA SECCION DE LENGUA ESPAÑOLA: FUNDADA COLABORACION CON RADIO NACIONAL DE ESPAÑA

Dirige los programas de lengua española el reverendo padre Angel Topete, S. J. con la colaboración del reverendo P. Pérez, S. J.; del sacerdote don Jesús Irigoyen, y como locutor y traductor, don Agustín García.

Subrayemos, en fin, la preciosa colaboración que se ha venido desarrollando en todo momento entre la Radio Vaticana y Radio Nacional de España. Esta última figuró también el pasado día 12 de enero entre las numerosas emisoras que conectaron con Radio Vaticana para transmitir los actos conmemorativos del trigésimo aniversario de la fundación. Pero, aparte estas conexiones saltuarias, a las que siempre ha acudido puntualmente nuestra emisora nacional, la Radio Vaticana conecta con R. N. E., en transmisión directa, todos los martes para transmitir el programa "La palabra del Papa", siendo la única emisora nacional extranjera que tiene en sus programas una conexión semanal por línea con la emisora vaticana. Además, Radio Nacional de España, hasta el 1957, en que entraron en función los transmisores de Santa María Galería, sirvió de puente para las emisiones que desde Radio Vaticana se destinaban a Hispano-América, siendo grabadas en los Estudios de Radio Nacional en Madrid, y desde éstos transmitidas a los distintos lugares de destino.

Benjamín ALARCON DIAZ



La voz de la Iglesia es escuchada hoy en todo el mundo. Junto a la cúpula de San Pedro, las antenas propagan la verdad en el orbe



CIEN AÑOS DE LEY HIPOTECARIA

EL DESENVOLVIMIENTO DEL CREDITO TERRITORIAL Y EL ASEGURAMIENTO DE LA PROPIEDAD INMUEBLE HAN SIDO SUS OBJETIVOS FUNDAMENTALES

LA Ley Hipotecaria cumple cien años. La Ley Hipotecaria es la base, la piedra angular del moderno Derecho registral.

¿Importancia de la Ley Hipote-

caria? En los últimos diez años se han inscrito en el Registro español la transmisión de casi seis millones de fincas, con un valor declarado de cerca de 93.000 millo-

nes de pesetas e hipotecas representativas de más de 80.000 millones de pesetas.

¿Qué es una hipoteca? La hipoteca es, ante todo, una institución



Numerosas construcciones han sido realidad gracias a los cauces de la Ley Hipotecaria

jurídica de garantía por la cual se sujetan directa e inmediatamente ciertos bienes en cumplimiento de una obligación sin que éstos salgan del poder de su propietario, pero autorizándose al acreedor para enajenarlos, cualquiera que sea su poseedor cuando la obligación no haya sido satisfecha. Cuando estos bienes son inmuebles—casas, fincas, etc.—en los que se dan caracteres de permanencia, identificación y pueden ser enajenables, la hipoteca no sólo se convierte en el más importante derecho de garantía, sino que acaba siendo la plataforma de lanzamiento del crédito, sobre todo del territorial y del agrícola. Su utilización por los hombres hace que su principal objeto sea el de obtener importantes capitales, prestados a interés módico y generalmente a largo plazo, los cuales permitan obtener a la industria, comercio e incluso particulares provechosos resultados, haciendo movable el valor que representen los inmuebles sin necesidad de que sus propietarios se deshagan de ellos.

Es preciso advertir que, pese a lo dicho, se debe tener cautela en la utilización del mencionado derecho de garantía. Sobre todo para quienes no tengan en cuenta la seriedad de la obligación que contraen o carezcan de fuerzas económicas suficientes para soportar la hipoteca. La sabiduría popular, con sus máximas nacidas de la experiencia vivida y sufrida, nos cambia un aforismo hartamente conocido dándole una significación jurídica equivalente poco más o menos a "quien mucho hipoteca, mal acaba".

Todo lo concerniente a estos actos adquirió tanta importancia que acabó por llenar de contenido al Derecho privado, formándose de éste una de sus principales ramas: el Derecho Hipotecario.

Históricamente los sistemas más importantes del Derecho Hipotecario podemos reducirlos a tres: el romano, germánico y el francés o mixto. Desarrollar aquí las características de cada uno y su evolución a través del tiempo no lo creemos necesario. Bástenos decir que el romano tuvo una definitiva influencia perdurando y manteniéndose hasta la promulga-

ción del Código de Napoleón en Francia, y en nuestra Patria, hasta la publicación de la Ley Hipotecaria de 1861, cuyo centenario ahora conmemoramos.

Ahora bien, la Ley Hipotecaria no es la Ley que regula y resuelve exclusivamente lo relativo a las hipotecas en el sentido que se ha mencionado, sino que su ámbito también se extiende y de manera primordial al régimen registral de la propiedad inmueble.

La importancia adquirida por el Derecho hipotecario y su influencia en el moderno inmobiliario es tan notoria, sobre todo en su aspecto registral, que el tratadista Morell y Terry, en sus "Comentarios a la Legislación hipotecaria" nos dice que la Ley Hipotecaria está disfrazada en su nombre, correspondiéndole mejor el de Ley del Registro de la Propiedad Inmueble.

LA LEY HIPOTECARIA DE 1861

Esta Ley cuyo centenario conmemoramos es el principio informador del Derecho Hipotecario español y la infraestructura orgánica del Derecho positivo patrio vigente en esta materia. Por tanto, como homenajeada, justo es que hagamos su semblanza, como se dice ahora, y destaquemos los hechos más importantes de su vida legal desde su nacimiento hasta nuestros días. Y para ello hagamos un poco de historia.

La Ley Hipotecaria nace durante el reinado de Isabel II y tiene un nombre; su fecha, 8 de febrero de 1861. La exposición de la Comisión de Códigos, de fecha 6 de junio de 1860, sobre sus motivos y fundamentos empezaba con estas palabras: "La Comisión de Codificación tiene la honra de elevar a manos de V. E. el adjunto proyecto de Ley de Hipotecas..." Y terminaba: "... si se acepta el proyecto será un gran progreso en nuestras instituciones civiles, precursor de otras que, dando unidad a nuestro Derecho en todas las divisiones territoriales, aproximen la época en que llegue a ser una verdad el principio escrito en la Constitución de que un solo Código Civil rija en toda la Monarquía." Firmaron Manuel Cortina, Presidente; Pedro Gómez de la Serna, Manuel García Gallardo, Francisco de Cárdenas, Pascual Bayarri, José de Ibarra, Juan González

Acevedo, Alejandro Díaz Zafra, Secretario.

En la exposición de motivos mencionada se destaca y justifica la conveniencia de la inscripción o transcripción en el Registro como algo que no hay que poner en duda, acudiendo sus autores a citas de tiempos de Don Carlos y de Dona Juana—accediendo a las peticiones del Reino en las Cortes de Toledo—como ésta: "Nos es fecha relación—decían los Reyes—que se excusarian muchos pleitos, sabiendo los que compran los censos y tributos que tienen las heredades que compran, lo cual encubren y callan los vendedores."

La Ley Hipotecaria de 1861 se publicó en 416 artículos, distribuidos en 15 capítulos.

Sus materias principales fueron: el establecimiento de Registros en los pueblos cabezas de partido; los títulos sujetos a inscripción; los bienes que se reputan inmuebles a los efectos de la Ley; la forma y efectos de la inscripción; la revocación de donaciones; retracto legal en las ventas; impago del todo o parte del precio de la cosa vendida; doble venta; lesión enorme o enormísima; efectos de la restitución "in integrum"; enajenaciones en fraude de acreedores; anotaciones preventivas—antiguas hipotecas judiciales—; anotación preventiva de títulos; extinción de las inscripciones y anotaciones preventivas; las hipotecas; bienes que no pueden hipotecarse; usufructo, uso y habitación; hipotecas voluntarias; hipotecas legales; aseguración de bienes de mujeres casadas; hipoteca para bienes reservables; hipotecas por razón de peculio; hipoteca por razón de tutela y curaduría; hipotecas a favor de la Administración y asegurador; modo de llevar los Registros rectificación de asientos del Registro; dirección e inspección de los Registros; publicidad de éstos; nombramientos, cualidades y deberes de los Registradores; responsabilidad de éstos; honorarios de los Registradores; liberación de las hipotecas legales; inscripción de las obligaciones contraídas y no inscritas antes de la publicación de la Ley, y libros de Registros anteriores a la Ley y su relación con los nuevos.

Al igual que ocurre con casi todas las cosas de la vida, la Ley Hipotecaria de 1861 también fue criticada. Algunos autores tildaron de estar inspirada en textos y doctrinas hipotecarias extranjeras. Roca Sastre nos dice que Oliver, en su obra "Derecho inmobiliario español", achaca a la Ley Hipotecaria de 1861 de estar influida principalmente por el sistema registral prusiano. Ello por lo siguiente: 1.º El anteproyecto de Luzuriaga era casi una reproducción exacta del proyecto de Ley Inmobiliaria del Cantón de Ginebra de 1827, basado a su vez en las Legislaciones hipotecarias de Prusia, Baviera y Württemberg, y 2.º Un trabajo comparativo con el régimen hipotecario vigente en Prusia (coexistencia de la Ordenanza Hipotecaria de 1783 y el Código de Derecho Común de 1794) demuestran el parentesco de ambos sistemas.

A pesar de que conmemoramos el centenario de la Ley Hipotecaria de 1861 no nos creamos por este

acontecimiento que sobrevive íntegramente. Muy al contrario. A pesar de haber informado toda la Legislación hipotecaria española, fue objeto de muchas modificaciones sufridas desde su publicación. En consecuencia, fue reformada por: Leyes de 21 de diciembre de 1869, 2 de diciembre de 1872, 15 de agosto de 1873, 21 de julio de 1876, 17 de julio de 1877, Real Decreto de 20 de mayo de 1880, por el propio Código Civil de 1889; Ley Hipotecaria de 16 de diciembre de 1909, Ley de 3 de agosto de 1922, Real Decreto-Ley de 13 de junio de 1927, Ley de 27 de agosto de 1932, Leyes de 8 de septiembre de 1932, 26 de octubre de 1939, 11 de julio de 1941; Ley de reforma de 30 de diciembre de 1944, Ley Hipotecaria de 8 de febrero de 1946, y Reglamento hipotecario de 14 de febrero de 1947, Decreto de 10 de diciembre de 1949 para territorios de África y disposiciones concordantes.

EL CATASTRO

Como algo trascendente calificaba al Catastro el señor Iturmendi en su discurso cuando, con razón sobrada, manifestaba que "de haber existido entonces, probablemente no tendríamos planteada aún la falta de su concordancia con el Registro". Efectivamente, la ausencia de tan principal auxilio fue el mayor inconveniente para la aplicación práctica y efectiva de la Ley Hipotecaria en los comienzos de su vigencia, ya que la Ley Básica del Catastro parcelario no aparece en España hasta el 23 de marzo de 1906.

Hagamos también un poco de historia del Catastro. Felipe II encargó a Pedro Esquivel, profesor de Matemáticas de Alcalá la descripción exacta de los pueblos y tierras de España, lo que cumplió en 1575 a medias, quedando paralizada dicha labor hasta que, en tiempos de Fernando VI, el marqués de la Ensenada ordenó realizarla, gastando cuarenta millones de reales y consiguiendo un ensayo meritorio y básico para futuros trabajos.

La Reglamentación tributaria de 1845 dictó algunas disposiciones para la formación del Catastro, pero ni estas disposiciones ni otras posteriores inmediatas produjeron resultado efectivo alguno.

Implantar el Catastro en España no sólo era una necesidad por las ventajas generales que trajera consigo, sino un medio de evitar que el reparto del cupo contributivo sirviera de arma al caciquismo. No obstante, el Catastro quedó sustituido por los *amillaramientos*, documentos no muy exactos que hasta hace poco han constituido la base impositiva de la contribución territorial en la mayoría de las provincias.

Durante el Gobierno de Maura se sentaron las bases de lo que más tarde sería la Ley del Catastro parcelario de España de 23 de marzo de 1906, modificada en parte por la reforma de la Contribución Territorial de 29 de diciembre de 1910. Según esta Ley el Catastro habría de llenar no sólo el ámbito fiscal, sino el jurídico y todas las otras aplicaciones de carácter económico, social y jurídico.

En un principio el Catastro tendría carácter parcelario y debía contener la enumeración y descripción literal y gráfica de los predios rústicos y forestales, pertenencias mineras, solares, edificios, salinas, etc., con expresión de superficies, situación de linderos, cultivos o aprovechamientos, calidades, valores, beneficios y demás circunstancias que den a conocer la propiedad territorial y la definan en sus diferentes aspectos y aplicaciones. Esto se verificaría en dos operaciones o periodos llamados de *avance catastral* y de *conservación y rectificación* progresiva de éste hasta obtener el catastro parcelario.

Los trabajos topográficos y geodésicos del primer periodo se realizaron entonces por el Instituto Geográfico y Estadístico, encargándose el Ministerio de Hacienda, por medio de funcionarios agrónomos, de los evaluatorios de la riqueza rústica de cada parcela, auxiliados por una Junta pericial creada en cada Ayuntamiento que comprobaba sobre el terreno los gastos y productos (revisables cada diez años) de cada una, participando el líquido imponible al respectivo Ayuntamiento con exposición al público de sus detalles para que pudieran formular reclamaciones. La evaluación de la riqueza urbana se practica por planos de los edificios, en hojas por calles, y una hoja declaratoria de cada edificio o solar que

llenará el propietario y será comprobada por los arquitectos de la Hacienda. El conjunto de planos forma el Registro Fiscal.

Los trabajos de la conservación del avance catastral son de carácter puramente topográfico y tendentes a la representación gráfica de cada parcela, inscribiendo en los planos los límites de las fincas y los signos convencionales que representan los cultivos para la formación de las cédulas parcelarias. En un principio, los cuantiosos gastos del avance catastral dieron origen a que se dictaran medidas de preferencia para la formación del catastro a las provincias o municipios que abonasen al Tesoro los gastos del avance, del Registro fiscal o del Catastro parcelario. Una Ley de 1910 sostuvo esta preferencia; pero la de 1906 impuso a los pueblos la obligación de reintegrar al Estado, mediante un recargo que no podría exceder del 1 por 100, los gastos mencionados.

Una idea del costo del Catastro parcelario nos la da el hecho de que una sociedad francesa particular presentase al Gobierno español un proyecto para realizar en España en un plazo de diez años el citado Catastro, por lo que pedía la importante cifra de 450 millones de pesetas (9 pesetas por hectárea) pagadera en papel de la Deuda amortizable en cincuenta años al interés del 5,47 por 100,

¡Mucho ojo!



aspirina

SOLO HAY UNA

ASPIRINA

«Bayer»



El producto de fama mundial

Contra, dolores, gripe,
resfriados, reumatismo

Cada tableta contiene 0,5 gr. de Aspirina

proposición que, por los motivos que fueran, no prosperó.

EL REGISTRO DE LA PROPIEDAD

Es el Registro una oficina pública en la que consta individualizada la propiedad inmueble, su condición legal y todo el historial de transmisiones o actos que la afectan. En el Registro de la Propiedad se inscribe y hace constar públicamente el dominio y los derechos que del mismo se desprenden. Podríamos decir que el Registro de la Propiedad es al Registro Civil como la custodia de los actos relativos a los *derechos reales* es a la de los *personales*. Entendiendo derechos reales en la acepción de derechos sobre las cosas.

En la época del Fuero Real hay algo parecido a los Registros. Sin embargo, su creación e implantación es obra de la genialidad de los legisladores de 1861.

Antes de la Ley Hipotecaria de 1861 el cargo de Registrador se proveía por nombramiento del Ministerio de Gracia y Justicia. Felipe V, por auto de 11 de diciembre de 1713, los estableció en todas las municipalidades colocándolos a cargo de los Ayuntamientos hasta que Carlos III los trasladó a los partidos judiciales en cuyas cabezas de partido quedan ubicados definitivamente.

La Ley de 1593 disponía: "Que el tal Registro no se muestre a persona alguna, sin que el Registrador pueda dar fe si hay o no algún tributo o venta a pedimento del vendedor", lo que nos hace descubrir el carácter secreto que los primitivos Registros tuvieron.

El registrador es el depositario de la fe pública registral, y su cometido encierra tanta responsabilidad y trascendencia que requiere una excelente preparación jurídica y aprobar una de las más difíciles oposiciones de la rama jurídica. El cargo es incompatible con el de juez, alcalde, notario concejal, diputado a Cortes y magistrado.

Para inscribir no basta con la simple presentación en el Registro, pongamos por ejemplo, de una escritura pública de compraventa de un piso, porque el registrador puede denegarla por algún defecto de fondo o forma jurídicos. En el sistema registral español no se consiguen tan contundentes efectos como en el alemán, donde el Registro lo es todo, y para transmitir la propiedad basta con que su titular declare y manifieste este deseo en dicha oficina.

En España, donde todavía estamos apegados a la doctrina del *título* y del *modo*, la verdad está en el título —escritura— y en la entrega de la cosa que se transmite —modo—, por lo que, si estos elementos son imperfectos, no hay inscripción en el Registro.

Respecto a los otorgantes, la transmisión o el gravamen los produce igualmente el contrato, ya que la inscripción sólo es precisa para el acto que perjudique a tercero. De modo que si el antiguo dueño de la finca (A) vuelve a enajenarla a C, y este segundo adquirente inscribe la enaje-

nación en el Registro de la Propiedad antes que el primero (B), la Ley protege a C, que la inscribió, dejando a B en libertad para reclamar y repetir contra A. Esto resulta de la aplicación de uno de los más importantes principios hipotecarios: el de la *protección registral*.

No olvidemos por último, que el principio de *legitimación registral* y el de *fe pública registral* en el sistema español mantienen la protección del Registro solamente en favor de terceros adquirentes.

LOS JURISTAS ESPAÑOLES EN EL SALÓN DE GRADOS

El acto inaugural del centenario tuvo lugar el día 8 de los corrientes en el Salón de Grados de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid y estuvo presidido por los Ministros de Educación Nacional y Justicia. Asistieron el presidente del Tribunal Supremo, rector de la Universidad, directores generales de Registros y del Notariado, de Asuntos Eclesiásticos y del Instituto de Cultura Hispánica; decanos de la Facultad de Derecho y Colegio de Registradores de la Propiedad, presidente de la Junta de Decanos de los Colegios Notariales y otras personalidades. Entre los asistentes destacaban, en su mayoría, juristas, notarios, registradores y profesionales del Derecho.

Abierta la sesión intervino en primer lugar el decano de la Facultad de Derecho, don Leonardo Prieto Castro, explicando la significación del acto. Proclamó la justicia del homenaje que los registradores españoles tributaban a los juristas que redactaron el texto de una Ley cuyos beneficios de nadie son desconocidos, indicando que la Facultad de Derecho no titubeó en asociarse a los deseos de conmemorar este suceso, homenaje justo de una nación entera a un grupo de preclaros juristas. Con ello se honra a la Universidad, y ésta se honra con que se vuelva a ella como se vuelve a la propia casa.

El Ministro de Justicia, don Antonio Iturmendi, resaltó a continuación como la Universidad imprime carácter. «Además de informarnos, nos forma, nos provee de una correcta escala de valores que se incorporan para siempre a nuestra vida, a nuestra conducta a nuestro modo de ser y de pensar, y eso es lo que valoramos verdaderamente quienes en silencio queremos sentirnos universitarios, y es lo que también en silencio deploran quienes no supieron asimilar a su tiempo —¡un tiempo irreproducibile!— el espíritu de la Universidad, que los años fecundan en el corazón del hombre, que, por lo que a nosotros, juristas, se refiere, hizo del Derecho profesión de vida para esa vida perenne.

Es en base a estas consideraciones mejor o peor hilvanadas, pero sinceramente sentidas, por lo que nos esforzamos en promover y registramos con orgullo esta vuelta a la Universidad de los profesionales del Derecho».

Asimismo es justo destacar la alta vocación científica de los registradores de la Propiedad y del Notariado. «Me veo en la grata obligación de resaltar la alta vocación científica de los Cuerpos de Registradores de la Propiedad y del Notariado, en cuyo seno tantos jóvenes juristas han tenido ocasión de fructificar el inicial acervo recibido en estas aulas con provecho y honor para ellos y para el Derecho Privado patrio.»

La vieja Ley Hipotecaria es cañamazo del moderno Derecho Hipotecario. Efectivamente, la vieja Ley Hipotecaria, cuyo centenario se celebra justamente en esta fecha, fue como el cañamazo sobre el que montaron la elaboración científica del moderno Derecho Inmobiliario. Obligado es reconocer que en buena parte se han logrado los dos más fundamentales propósitos de la Ley: el desenvolvimiento del crédito territorial y el aseguramiento de la propiedad inmueble.

Si esos beneficios no se extendieron a todo el área inmobiliaria fue, en parte también, por faltarle algunos auxilios necesarios. Faltaba asimismo en aquella época algo trascendental: el Catastro. De haber existido entonces, probablemente no tendríamos planteada aún la falta de su concordancia con el Registro ni habría que vencer dificultades para conseguir el deseable acuerdo.

La doctrina reclama un sistema de publicidad realmente eficaz y público, y la sociedad está interesada en clasificar la verdadera situación jurídica del patrimonio nacional inmueble. «El ingrediente público de la seguridad general tenía ocasión mínima de actuar. Apenas cabe descubrir su remota presencia en los mecanismos de la hipoteca legal, y aun eso sin decisión ni eficacia. Cien años de vigencia lo han probado hasta la saciedad, y frente a ese planteamiento inicial reacciona ahora la doctrina reclamando un sistema de publicidad realmente eficaz y público. El tercero no puede ser ya y sólo el acreedor del titular inscrito ni el futuro adquirente: es la sociedad toda, interesada en clarificar la verdadera situación jurídica del patrimonio nacional inmueble.

Los intereses que el Registro protege no son sólo los estrictamente privados. La seguridad jurídica general también debe serlo en cuanto valor inmediato de la máxima significación para el tráfico jurídico sobre los inmuebles, y sobre todo, en cuanto mediata condición para la realización de la justicia y de la paz social.»

El Ministro terminó su discurso diciendo: «Descansemos en la confianza de que de la Universidad seguirán saliendo esos honestos y estudiosos relevos en quienes hayamos de depositar la antorcha de nuestros pequeños anhelos y la de nuestro deber de consagrarnos de verdad al ideal de la justicia, síntesis armónica de todas las energías jurídicas, ya que, en definitiva, la vida del Derecho es vida de paz y de lucha continua contra su peor enemigo: la injusticia.»

Luciano GARCIA MOPENO

Si

polyglophone

CCC

usted quiere aprender "idiomas"
nosotros podemos enseñarle

con mayor rapidez
con más seguridad
con absoluta garantía

CENTRO AUTORIZADO
POR EL MINISTERIO DE
EDUCACION NACIONAL

FRANCES INGLES ALEMAN

Por el sonido y la imagen. Con discos o sin discos

APROVECHE SU TIEMPO

En cualquier idioma, y en cualquier país, "EL TIEMPO ES ORO". Para seguir y asimilar nuestros cursos de idiomas, no son precisos más que unos minutos cada día. En su propia casa, cómodamente, y a las horas que mejor le acomode, podrá convertir el estudio en una grata y amena distracción. Estudiará cuando, como y donde quiera... ¡DELEITANDOSE!

ECONOMICICE DINERO

El coste francamente asequible de los cursos Polyglophone CCC (unas dos pesetas por día) será rápidamente amortizado con los beneficios que un nuevo idioma habrá de reportarle. Nuevos conocimientos suponen nuevas oportunidades... Mayores ventajas... Más consideraciones... ¡Innumerables posibilidades! Esto está prácticamente a su alcance, porque con idiomas todo es más sencillo.

CONSIGA SUPERIORES RESULTADOS

Le garantizamos que, aun cuando al comenzar no conozca una sola palabra del idioma que elija, llegará a dominarlo en muy poco tiempo a su total y completa satisfacción. Será para usted como si durante varios años hubiera vivido en el país cuyo idioma estudió. Porque Polyglophone CCC le enseñará a comprender, leer, escribir y... ¡HABLAR! correctamente en FRANCES, INGLES o ALEMAN.

CCC ENSEÑA A HABLAR POR CORRESPONDENCIA

Otros cursos CCC: ENGLISH LITERATURE · FRANÇAIS LITTERAIRE · LATIN SOLFEO · ACORDEON · DIBUJO · RADIOTECNIA · RADIOMONTADOR TELEVISION · JUDO · MECANOGRAFIA · TAQUIGRAFIA · SECRETARIADO REDACCION COMERCIAL · CORRESPONSAL · CONTABILIDAD · CONTABLE ADMINISTRADOR · CALCULO MERCANTIL · TRIBUTACION · CULTURA GENERAL · ORTOGRAFIA · Para la mujer CORTE Y CONFECCION *Femina* CCC

CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON

Deseo información GRATIS sobre el curso de _____

Nombre _____

Señas _____

Población _____ Provincia _____

Remítase a CCC · APARTADO 108-Z-156 · SAN SEBASTIAN

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA CCC APARTADO, 108-Z-156 · SAN SEBASTIAN

DELEGACIONES

MADRID
Pecriados. 11

BARCELONA
Av. de la Luz. 48

VALENCIA
Gral. Sanmartín. 6

ZARAGOZA
Alfonso I. 28

MALAGA
Tomás Heredia. 1

ALICANTE
Pascual Pérez. 81

LOS LACANDONES, TRIBU INDIA DE SIERRA MADRE

RITOS Y COSTUMBRES DE LOS DESCENDIENTES DE LOS MAYAS

«Nak obik kah, kah nak obik»
(Dios de dioses sana, sana
Dios de dioses.)

Estos suplicantes vocablos, entre cantar y susurro, se repetían angustiosamente en el ámbito denso, estrecho, enano, de la choza atiborrada de humo maloliente con sabor a entraña misteriosa de árbol milenario. El cantar carraspeante, carente de enérgico entusiasmo, del santón hechicero Chanuk, se ahoga en su propia garganta atorada con el humo policoloro de la resina de copal, encendida sobre una piedra rustiquísimamente tallada en la que se podía distinguir una figura entre bestia y humana que hacía de ara al sortilegio de cuanto el santón suponía virtud curativa en el ánimo. Era éste, Chanuk, un hombre sin hombre en la voluntad de la humana sabiduría.

«Ecc... Ecc oa yey yooo...»

Estas diferentes palabras pertenecían a otro dialecto de tribu extraña, pero llegadas ha de los tiempos a la nación lacandona como a nosotros puede llegarnos una medicina extranjera. Chanuk, mitad convencido y mitad dudoso la aplicaba esperanzado. Pero los cantos, manidos, enclenques, requerían la ayuda mímica para la curación del enfermo. La patética del trance hacía precisos ademanes igualmente alusivos a una imploración más de mendigo que de devoto y Chanuk los prodigaba para ahuyentar el espíritu demoníaco de Metzabook que, según proclamaba, era principal estorbo en su ceremonia. Chanuk escupía con gestos de sobresalto temeroso y proyectaba puñados de tierra a través de la puerta sin puerta, perendegueada con briznas anudadas de palma colgantes con que se techaba la cabañeta, hacia el bosque para, según él, limpiar de maleficios la «divina estancia». Chanuk con un palo removía el fuego sagrado y con las manos encaminaba al humo hacia la depauperada imagen de un niño corto de edad y raído de chichas, acurrucado frente a él y apoyado en un pie derecho que también sostenía la morada de los dioses la-

candones, unos mayas, otros aztecas y todos inconcretos en la divinidad que se les suponía.

Cuando el niño, por los efectos vomitivos del humo, demudaba el rostro en arcadas angustiosas, Chanuk se esforzaba en elevar la vieja voz con la que rogaba al omnipotente Hachakyum salud para el agonizante atacado de fiebre mortífera, producto de la picadura de un languicornio. Cuando la sesión terminase la repetía en otro y otro enfermo, que fuera esperaban riguroso turno más de media docena de seres sin humana expresión y sin sentido de la gracia.

TUXTLA, CIUDAD INDIA

Habíamos llegado en avión a Tuxtla, Gutiérrez, capital del Estado de Chiapas en el sur central de la selva por donde debe pasar la raya de Guatemala y Méjico, para informarnos de cómo podíamos llegar y partir con aquellos indios conocidos únicamente por los decires de quien tampoco les había visto. Un español, curtido en el sol del trópico, con tan buena voluntad como años de residencia allá, intentó persuadirnos.

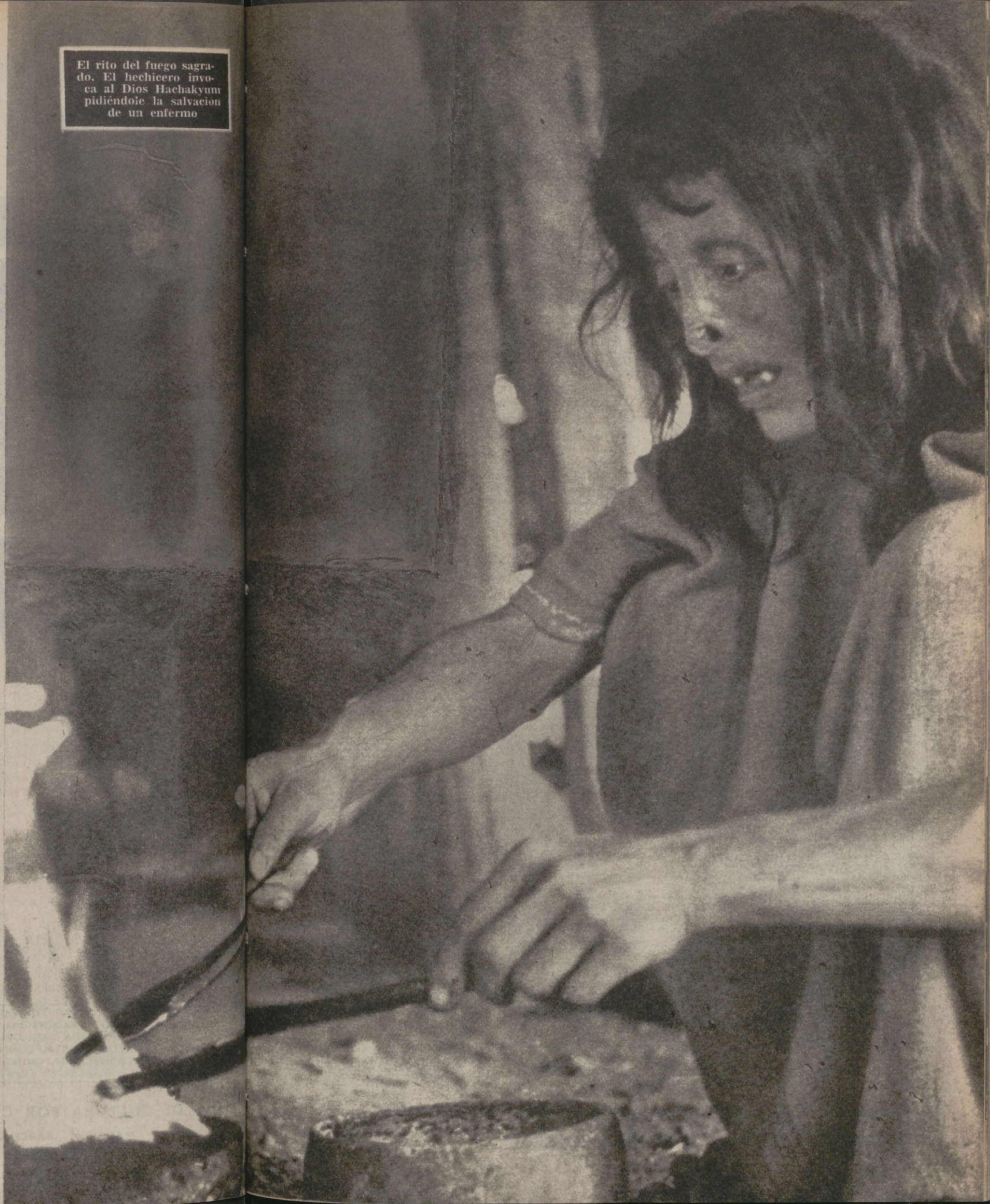
—¿Para qué va usted a ir a Lacandonia? No soportará el espectáculo. Es volver a la prehistoria, paisano, y usted parece hombre culto a quien le afligirá mucho la terrible verdad.

Le convencimos y el buen hombre, más temeroso que satisfecho, se opuso a que fuésemos sin él.

—Para mí sería un cargo de conciencia dejarle ir solo.

Nos condujo en «jeep» a la ribera del Ouapas. En un punto donde unos pescadores chiapanecos tenían instalada una especie de «factoría» trocamos el vehículo por una canoa remada a pértiga hasta el lugar más próximo a la fratria habitante del jacal de palma y estacas cerca del tranquilo lago Naja (Agua florida, en maya) en donde las montañas se miran las crestas desnudas sin el atavío de la vegetación abundante, feroz, en

El rito del fuego sagrado. El hechicero invoca al Dios Hachakyum pidiéndole la salvación de un enfermo





Todos los lacandones se dejan errecer el cabello. La pesca en la laguna de Naja es uno de sus escasos recursos

faldas y bajos, ya selva tupida e impenetrable.

No era cosa de preguntar a nuestro asturiano el por qué aquella huida de un puñado de seres reminiscentes del imperio maya a lugar tan remoto y oculto sin nada en él que ayudase a la vida. Lo sabíamos por la experiencia de nuestras visitas a otras tribus. Ellos eran descendientes de «macheuales» (obreros y esclavos del imperio azteca) prestos al holocausto de la rogativa, privilegio de los poderosos «pillis» (nobles sacerdotes y mercaderes) quienes les utilizaban para el sacrificio en los templos. Ellos, los lacandones, son los que a la llegada del español se vieron libres del martirio al que a través de los siglos venían sometidos; ellos los que abandonaron la región de la mano del fraile, camino de la ciudad y de la iglesia, y ellos los que más sufrieron el impacto de la independencia.

Pero ¿son los indios lacandones la única fratria que en territorio mejicano, hundida en la profundidad inhóspita de la selva, vive aún al margen de la civilización? No, ni mucho menos.

A través de la Sierra Madre en Méjico, convivimos con los tarahumaras completamente desnudos, refugiados entre los mezquinos matorrales de los parajes inhospitales de la fría sierra, cara al desierto y a leguas y leguas de la carretera, del simple borrico, de la radio, del comercio tendero—el poblado con alcalde más próximo es San Antonio, a treinta leguas de trocha—e incluso de los pantalones y no hablemos ya de otras vestiduras de todo punto inasequibles para el indígena.

REVOLUCION EN MEJICO

Nuestra preocupación por «la indiada», como despóticamente la llama el mestizo, nos llevó al estudio de esa amarga situación. Comprobamos que la medida tomada por los gobernantes de 1824 al 1884—cuarenta y cinco presidentes en sesenta y un años puestos y depuestos por igual número de revoluciones—de absorber en el mestizaje a todas las tribus, nos pareció la más cristiana y hemos tenido para ella frases alentadoras —y en ella los hombres de buena fe tuvieron la esperanza de no ver más por los caminos aztecas gentes de espaldas a cuanto el progreso regala cada día—. Pero aunque en parte lo autóctono al convertirse en mestizo arrastra las taras y consecuencias del cambio —tras ese siglo negro entre la independencia y la revolución, el mestizaje se ha ido convirtiendo en otro tipo de problema; problema nuevo por mal enfocado—ello es preferible a que prevalezca el desentendimiento de lo que aún vive como resto de lo que fue paternidad de la actual población.

Los nuevos gobiernos revolucionarios—desde 1911—abandonaron la idea del mestizaje, lo que por medio de propaganda se había conseguido fácilmente. Terminado el «cruce» casi obligatorio, el indio volvió al lugar de origen. El indio que no tuvo la suerte de alcanzar el cuarterón de sangre ajena no sólo quedó relegado a su suerte, sino que fue el blanco de todos los desprecios. El mestizo se sintió «mentalidad superior» a la de su inmediato congénere y



Mujer india. Las maquinas fotográficas no les asustan, pero sienten siempre recelo de todos los extranjeros

fue displicente con él. El blanco se desentendió o se deshizo del «puro indio» porque el mestizo le servía mejor—poco mejor y al correr del tiempo las exigencias han superado a los servicios—, por lo que el pobre aborigen se autorrecluyó en lo más apartado de la sierra o de la selva entreteniendo la existencia vegetativa en aquello que la tierra o los árboles le dan abundantemente, nunca abundante y siempre a merced del reptil y de la inmensa cantidad de insectos epidémicos como los lucanos de tenaza ponzoñosa, necróforos con la carroña de sus nidos en la boca ávida de mordiscos nuevos.

Los muchos miles de indios—de razas y color diverso—que aun quedaron en pureza indígena, salvaje, fueron cayendo en su mayoría. De aquí que antes de que

desaparezcan nos dispusiéramos a la visita. Porque la tribu de los lacandones que contaba en el 1800 con una población de 165.000 seres se halla en la actualidad reducida a 96 y como es natural pocos años pasarán sin que el último de ellos perezca.

Mi nuevo amigo, Ulpiano Suárez, sabía de aquellos seres lo que la leyenda le venía diciendo y el trance de la curación le sobrecogió hasta el tormento.

—Y ¿ahora qué hacemos, paisano?

—Esperemos. Interrumpirles podría irritar al brujo y lo peor es que nos privaríamos de lo que precisamente deseamos conocer.

—Bueno..., usted quizá lo desee, pero yo... maldita la gracia que me hace. ¿Cree usted que va a curar al chico con ese maldito humo?

—La sugestión tiene propiedades curativas en las mentalidades menegadas y todo es posible.

—Es que aunque lo curase..., como está tan canija la criatura, no creo yo que valga para maldita la cosa.

—Quién sabe. Puede llegar a ser un héroe, un poeta...

—¿Quién, ése?

El señor Suárez hizo un gesto displicente y miró en derredor ya plagado de indios de toda edad y sexo observando nuestros gestos. Pelos largos sobre los hombros y espaldas; pómulos enormes como montañas guarnecían las narices grandes y algo aquilinas, bocas grandes prestas a la mueca de una sonrisa inconclusa, temerosa, cuatro pelos desde el labio superior, les caían punzantes continuando las comisuras. Los niños, ventru-

dos, de ombligo tan por de fuera, desnudos, todos con alguna infección cubierta de moscas, no aceptaron nuestros caramelos hasta que el patriarca no lo ordenó. Algunos mayores se cubrían algo que el pudor impone y los menos vestían el «itipi», largo sayón, cubierta del famélico cuerpo.

El patriarca o cacique se llamaba Chankin y hablaba algo español según la tradición. Los demás nada y se jactaban de ello porque significaba pureza.

DESCENDIENTES DE LOS MAYAS

El cacique nos explicó la razón de todo aquel ceremonial que Chankin realizaba con liturgia escandalosa. El humo de la resina de copal quemada por Chankin curaba los males que en la tribu hubiese. No así a quien no fuese lacandón o lo fuese a medias por mezcla con tribus extrañas que quizá combatieron a sus mayores. De pronto el cacique se quedó como asustado en espera de no sé qué. El curandero enfurecido insultaba a algo invisible y le daba con el palo de hurgar la resina ardiendo. El señor Suárez me agarró el brazo y me dijo:

—Este tío nos mete el ascua por un ojo.

—No tenga miedo, paisano. Un tiro al aire de mi pistola sería suficiente para empavorecer a todos.

El santón reparó en nosotros y se vino hacia donde estábamos. Dijo algo que no debió de ser bueno, a lo que contestó Chankin no sé si ordenando o prohibiendo. El hechicero volvió a la choza y a su canto. Inmediatamente, Chankin nos invitó a pasar a su morada y nos ofreció asiento sobre tocones de árbol. Unas indias tejían frente a nosotros una especie de estera de una fibra morena y rebelde al parecer.

Nos habló el cacique de la historia lacandona.

—Somos lo único puro descen-

diente de la raza maya. El nombre de lacandón nos lo pusieron porque vivimos en este valle entre las montañas lacandonas desde que nos separamos de la colonia por la muerte de Pedro de Alvarado, a quien servimos y nos hizo merced de no pagar impuestos. Y el rey de España nos hizo de él.

Suárez estaba embohecado escuchándole. Yo sabía bien que estos caciques conocen su historia de su pueblo desde que en ella se empezó a señalarla con los primitivos geroglíficos. Se la van «pasando» de generación en generación y la cuentan como si el tiempo no hubiese transcurrido.

El indio continuó:

—Nuestra tribu fue la más feroz del imperio y nuestras gentes, bajo el mando del cacicato, no se mezclan jamás con otra tribu. Sólo el blanco puede cohabitar con nuestras mujeres. En ciudades de blancos muchos caciques (alcaldes, autoridades) son de nuestra raza cruzados con blancos, pero ninguno mestizo de otros indios, nuestros enemigos. Cuando el blanco nos negó (cuando se acabó el mestizaje oficial) nos volvimos a la selva.

Hablaba contento y pausado. Nos ofreció un cigarro puro de a dos palmos hecho con hojas de un tabaco cultivado por ellos. Tabaco fuerte que adormece la boca y la garganta. Nos habló de su «gobierno». Según la hereditaria tradición, el sistema es patriarcal y practican la poligamia, por lo que sin excepción, todos padecen hemofilia y ninguno llega a los cuarenta años, especialmente las mujeres, que a los veinte años son viejas y a los treinta ancianas.

—Pero yo he establecido que sólo tres mujeres debe tener cada hombre—presumió, pragmático, de su innovación.

UNA FAUNA FASCINANTE

El matrimonio se decide cuando la hembra cumple los nueve

años de edad y por acuerdo mutuo con los padres. La ceremonia del desposorio es sencilla. El marido ata en el pelo de la niña unas plumas de tuacán y el patriarca lo da por hecho. Las dos esposas mayores crían y cuidan a la joven hasta que aparece la pubertad. Después de los primeros síntomas pasarán cinco lunas. Luego ya es esposa. A los veinte años habrá tenido nueve o diez hijos de los que sobrevivirán quizá dos, lo más probable ninguno. La mujer abunda, porque no va a la guerra ni a la caza en donde el hombre muere por múltiples causas que ellos sintetizan en «razones de la selva».

Cuando el santón terminó las curaciones vino a saludarnos. Chankin, el patriarca, salió para ordenar a las mujeres nos sirvieran pozol, lo que hicieron diligentes, trayéndolo en unas toscas escudillas de barro negro. Lo tomamos y alabamos. Pronto ellos, sin mandato alguno, pusieron sobre cuatro piedras que les servían de hogar una cazuela del mismo barro que las escudillas y en él depositaron agua, un mono de buen tamaño y tres pescados. Era nuestra cena. De nada sirvió el que les dijéramos que llevábamos viandas abundantes. Lo ritual era aceptar aquello y después ya se comería lo nuestro, y se comió, vaya si se comió, mejor dicho se lo comieron.

La noche lunada invitaba a la meditación del sosiego, del silencio conmovedor.

—Parece que estamos en el limbo—argüí sin dirigirme a nadie.

—¿Qué será de mi «jeep»—recordó el de Llanas.

El farol, que en lo alto de la verga de la tienda de campaña alumbraba un círculo bastante amplio, se vio concurrido por múltiples mosquitos. El cacique sentenció.

—Esa es nuestra desgracia. No hay un volátil que no lleve en su trompa la fiebre que mata.

Le preguntamos de qué se servía la tribu para su alimentación.

—La caza del mono abunda, pero es difícil, porque sabe más que nosotros. La pesca, que sólo en temporadas es fácil: en otras, no. El pescado del lago Naja pasa meses en el fondo y otros sube a la superficie. Plátanos salvajes y el poco maíz que se cosecha. Pero nunca llegamos a la satisfacción de una buena comida.

Terminó la velada y nos acostamos. ¿Dormir? Imposible. El «zancuo» (zancudo: mosquito trompetilla de gran tamaño que pasa ruidoso y no con el pitido que nuestros humildes mosquitos nos molestan. Más que «pitar» parece que ladrar, y nada de la picadura de la que sale un haba. Aquellos muerden) se impuso la tarea de no dejarnos. Encendimos otra linterna en el interior para evitar la invasión del murciélago.

A la aurora se le anticipó el despertar de todas las especies ornitológicas y aquel piar, cantar a voces, graznar y cuanto con la garganta pueden hacer los pájaros, trocó el entenebrecido silencio en algarabía casi demoníaca. Bandadas de loros pasaban por sobre nosotros con todo el escándalo de su letanía gutural...

El «jeep» estaba donde lo dejamos y Tuxtla, Gutiérrez, nos pareció a la vuelta la mejor de las ciudades del mundo.

A. ALCAZAR DE VELASCO



Una niña de las tribus de los lacandonas. Es la esposa más joven del cacique

ALVARO DELGADO, PINTOR Y DIBUJANTE

BODEGONES, FIGURAS Y PAISAJES EN LA OBRA DE UN ARTISTA MADRILEÑO

La más reciente producción
en la Exposición de "Biosca"

LO mejor que puede suceder en una Exposición de pintura es que ésta tenga éxito de público y de venta. El pintor muestra su labor, que puede ser muy valiosa en cuanto a valores pictóricos, pero si los atrayentes letreritos de "Adquirido" no ponen su optimista nota blanca y discreta sobre la superficie coloreada, el pintor suele quedar muy triste. No era este el caso de Alvaro Delgado, que en su Exposición de la Galería Biosca había logrado dar en la diana con asiduidad. Pero no sólo de dineros vive el artista y malo es cuando éste queda conforme con todo lo realizado. Por eso sus últimas palabras en esta noche de febrero con calidades de primavera anticipada podrían parecer una paradoja que en realidad no lo era:

—Nos ha tocado vivir en un mundo muchas veces absurdo, que se empeña en clasificarnos, en comprometernos con determinadas actitudes, que muchas veces no compartes, porque un artista nunca está contento con nada, ni con lo que consiguen, ni con lo que querías conseguir.

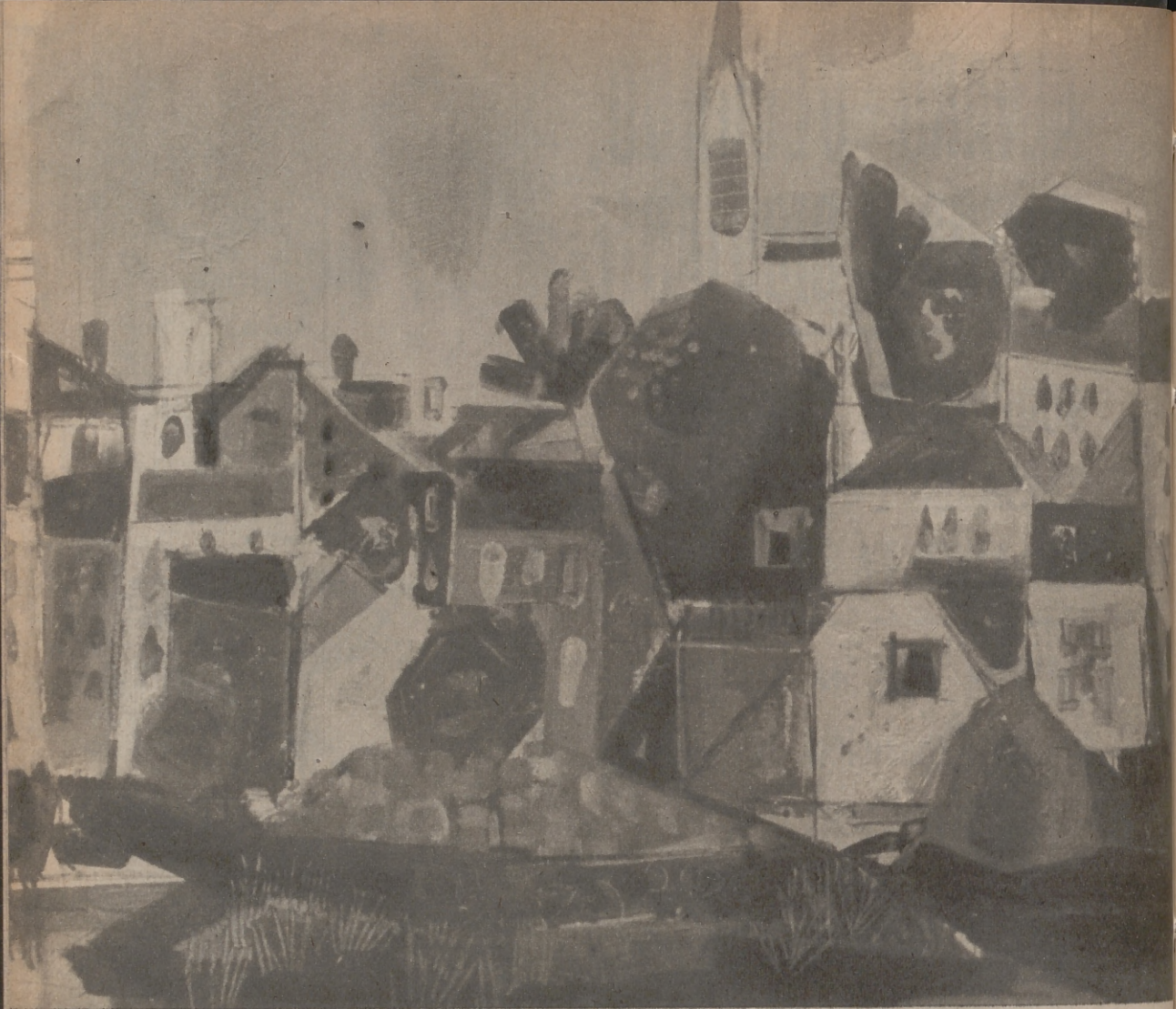
Estas palabras podrían parecer de un amargado o de una persona que viene del fracaso. Al contrario, eran de un pintor que había tenido eso que se llama un gran éxito en su última Exposición.

UN ESTUDIANTE DE CO- MERCIO QUE LA GUERRA DESVIA

Ningún antecedente artístico en la familia. Es curioso cómo los artistas brotan no de los terrenos cultivados y que parecerían más propicios para ello, sino de lo más imprevisto y en realidad apartado de la creación artística.

Así este madrileño, Alvaro Delgado, hijo y nieto de madrileños,





Los paisajes del norte español son los temas últimos en las obras de Alvaro Delgado

que se encontraba estudiando en la Escuela de Comercio cuando estalló, como la más imperiosa amapolina del verano, la guerra española de 1936. Es cierto que el muchacho había tenido ciertas aficiones dibujísticas, pero en la medida que podría tenerlas todo estudiante de los primeros años del bachillerato con alguna inquietud intelectual.

—A mí lo que verdaderamente me interesaba era la literatura; leer toda clase de obras.

Julio de 1936 torció este destino como tantos otros por los derroteros más inesperados. La Escuela de Comercio dejó de funcionar, y en el Madrid de la guerra Alvaro comenzó a frecuentar, matriculado, la escuela de pintura que funcionaba en los locales que actualmente ocupa el Museo de Arte Moderno, en los altos de la Biblioteca Nacional.

Vázquez Díaz, Botey, eran profesores de un reducido grupo de muchachos que allí encontraban un remanso de paz creadora. Grupo en el que se encontraban nombres que luego serían conocidos en los medios artísticos: Carlos Lara, San José, Gregorio del Olmo...

LEYENDO A GOETHE ENTRE LAS BOMBAS

Era un mundo el que les había tocado vivir que no comprendían. Aquellos muchachos apenas asomados a la vida se habían visto envueltos en los más desatados torbellinos que eran imposibles de explicar. Por ello preferían salir a contemplar un crepúsculo, meditar sobre un texto de "Fausto", porque los problemas más intrincados de la naturaleza o de la creación literaria les parecían más lógicos que lo que sucedía a su alrededor.

El aprendizaje tuyo su fruto, Alvaro Delgado consiguió en poco tiempo tener una gran facilidad dibujística que le valió premios extraordinarios, tanto en la Escuela de Artes y Oficios que frecuentaba como en la Escuela de Pintura mencionada. Pero las contradicciones son compañeras inseparables de toda vida humana. Aquel muchacho que había tenido al parecer un gran aprovechamiento en el dibujo es suspendido cuando al llegar la paz tiene que revalidar sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.

—Además que el ambiente de la Escuela me ahogaba. Era demasiado academicista para mi temperamento y en el momento que me suspendieron por primera vez, ya no volvía a insistir.

LA LLAMADA "ESCUELA DE VALLECAS"

El suspenso de San Fernando

no desanima al futuro pintor. Algo tiene el arte que cuando es gustado de verdad ya no puede uno de dejar de pertenecerle, aunque muchas veces el pago no sea precisamente generoso por su parte.

Era por el año 1941. Alvaro, junto con San José y Luis García Ochoa, ambos pintores igualmente, conocen al pintor Benjamín Palencia, de inquieta maestría. En el pueblecito de Vallecas comienzan a laborar frente a un paisaje nada amable, sino descarnado y a veces cruel (casi como la vida misma).

El aprendizaje duró pocos años, por múltiples razones que no hacen al caso, pero el hecho cierto es que de aquellos tres aprendices salieron tres pintores estimables. En un cerro cercano a Vallecas, llamado cerro de Almodóvar o de la Artesa (por su forma de artesa invertida) había un sencillo monumento que no llegaba al metro de altura. El monumento estaba dedicado a los "Plásticos puros", y consistía en un paralelepípedo de ladrillos recubiertos de cemento, en cuyas cuatro caras estaban escritos los siguientes nombres: "Giotto, El Greco, Zurbarán, Picasso."

El monolito había sido levantado unos años antes por un grupo encabezado por el propio Palencia y Maruja Mallo. El tiempo lo había deteriorado, pero los jóvenes componentes de la Escuela de Vallecas se ocuparon de repararlo en el tiempo que duró su pertenencia a la misma.

NACE LA "ESCUELA DE MADRID"

Lo que se llamaría "Escuela de Madrid" fue invención del librero judío alemán Buchhol, que había instalado una librería y galería de arte en Madrid. Dicha galería se orientó desde el primer instante hacia el arte más vivo y nuevo, aparte del otro, consagrado y académico. En 1945 realiza una Exposición que habría de tener su trascendencia y como había que denominar de alguna manera. Para justificar la diversa procedencia de sus componentes se le llamó "La joven escuela madrileña".

En esta Exposición primera de la llamada Escuela figuraron como escultores José Planes y Carlos Ferrerira, y como pintores, la suiza vecindada en España Juana Faure, Luis García Ochoa, Antonio Lago, Pedro Palazuelos, Pedro Bueno, Juan Antonio Morales, José García Guerrero, Pérez Aguilera, García Miranda y Alvaro Delgado.

De los doce nombres mencionados, cuatro han desaparecido de la circulación del arte, casi la mitad, lo cual viene a demostrar cuán efímera es a veces la voluntad humana, o qué poderosos motivos obligan a separarse de un camino emprendido.

La "joven Escuela madrileña", que más tarde se abreviaría hasta quedar en "Escuela de Madrid", no tuvo nunca límites de componentes muy precisos, ni siquiera unos principios normativos que pudieran justificar lo de "Escuela", solamente podría señalarse como su distintivo lo que suponía de ansias renovadoras en unos medios artísticos demasiado apegados al academicismo.

"LA ESCUELA DE MADRID SIRVIÓ PARA PREPARAR EL AMBIENTE ARTÍSTICO ACTUAL"

Alvaro Delgado es especialmente sensible para registrar las paradojas que constantemente surgen en la vida; las registra, pero para ellas no encuentra ninguna justificación, tal vez porque no la tengan o porque escapan de la comprensión inmediata.

Recordando ahora la génesis de esos años suyos decisivos no acierta a comprender, por ejemplo, cómo los dos grandes enemigos de la última guerra europea, nazis y soviets, defendían en cuestiones de arte los mismos postulados de realismo socialista, condenando en bloque todo lo que no fuera del figurativismo más directo.

—Como tampoco tiene explicación aparente que de un país que se suponía aislado de todas las corrientes audaces surgiesen unos pintores que últimamente han ganado mucho por el mundo. Pintores a los que se les ha concedido el máximo apoyo oficial. Creo firmemente que todas las tendencias surgidas en estos años han sido posibles gracias a la labor sin descanso que realizó la Escuela de Madrid. Escuela que ha agrupado, además de los nombres dichos anteriormente, a Juan Guillermo, Martínez Novillo, Redonda, Menchu Gal y otros más. La actividad desplegada sirvió para preparar el ambiente artístico actual, en el que han sido posibles todas las audacias.



Retratos de trazos esquemáticos y perfil anguloso. Bodegones de gamas frías, en las que aún laten las conquistas del cubismo



Un estudio previo de la obra que realiza para la Fundación March

UN PREMIADO QUE NO CONCEDE IMPORTANCIA A LOS PREMIOS

Mucha gente concede a los premios conseguidos una importancia decisiva. Alvaro Delgado no es de éstos; no es que desprecie los premios, naturalmente, pero tampoco se envanace de los que ha obtenido. Ni siquiera sabe con exactitud los que le han dado.

—Pronto vi que los mismos premios los tenían gentes para mí muy valiosas y otros muy poco estimables. Por lo que acabé en no concederles más importancia que la satisfacción que pueden proporcionararnos de trabajar con desahago unos cuantos meses.

O sea, que Alvaro Delgado parece tener muy presentes aquellas nociones económicas que aprendió en la Escuela de Comercio, sin que le deslumbren los oropeles que siempre parece llevar consigo un galardón.

Y los premios que ha alcanzado ya son de los más importantes a que pueda aspirar un artista español. Como por ejemplo: Premio de la Bienal Hispanoamericana de La Habana, Gran Premio de la Bienal de Alejandría 1955, Premio de la Bienal Mediterránea de Alicante 1960, Primera Medalla en Dibujo de la Exposición Nacional, Beca de la Fundación "March".

Aun hay otros premios de menor cuantía, alcanzados en años

más juveniles, pero que Alvaro ni siquiera quiere relacionar.

UNA RIGUROSA ACTITUD AUTOCRITICA

En la última Exposición, Alvaro Delgado presenta obras de sus temáticas más queridas: bodegones y figuras. A ellas ha unido ahora una modalidad nueva en él: los paisajes y las composiciones de gran formato.

—Todo artista debiera someterse a una rigurosa actitud autocrítica, para determinar qué era lo que debiera continuar haciendo y qué es lo que tiene que desechar, aunque esto último sea lo que más fácil le resulte. Personalmente siempre he procurado atenerme a esta norma.

Con ello quiere indicarnos Alvaro Delgado que no es posible mantenerse siempre con la misma receta aprendida, que es indispensable evolucionar, aunque ello suponga mutilaciones o mutaciones de lo que en un momento tuvo éxito.

—Picasso nos ha obligado a ello, con su poder asombroso de invención, que por otra parte a tantos desorienta. No quiere esto decir que cada momento haya que estar cambiando de manera de pintar radicalmente. Pero hoy ya nadie puede repetir indefinidamente una fórmula, si es consciente a lo que le obliga el momento en que vive.

Fiel a su pensamiento, Alvaro Delgado procura en lo posible encontrar nuevos cauces a su manera expresiva peculiar. Por ello desde su última Exposición celebrada

hace ahora tres años, ha laborado en una faceta nueva en su temática: el paisaje.

—Son paisajes de mi tiempo de veraneo en la costa cantábrica. Paisajes elaborados en mi interior y no atendidos a la sola referencia externa.

TRES TEMATICAS PARA UNA OBRA PICTORICA

Tres son, pues, los temas preferidos en su obra pictórica: primeramente los bodegones, las figuras, después, y ahora, los paisajes ciudadano-rurales.

Los tres entonados con gamas frías en las que predominan casi con exclusividad los verdosos-grises y los amarillentos-blanquecinos. Una ausencia muy marcada de azules y de rojos.

La composición de los bodegones es sencilla y directa: una mesa frontal con algunos objetos encima. Fruteros, cartas de barajas desparramadas, jaulas de pájaros, botellas, floreros, un pescado sobre un plato, un cuadro al fondo, algunas veces que repite la composición del primer término.

Sus figuras siempre son melancólicas, como abatidas por algo que no se pueden sacudir de encima, como gravitando bajo un enorme peso invisible. Su tristeza quiere a veces enmascararse con un disfraz, pero pronto se ve que el arlequín no es tal, sino un pobre muchacho desamparado que no puede ver con claridad su destino.

Tal vez por ello los ojos de estas figuras siempre son ciegos, cegados por una neblina que impide concentrar la vida en esas pupilas, que quedan opacas, sin brillos.

Paisajes siempre de ruralismo menor, casas pueblerinas humildes a las orillas del agua o de los caminos. Alguna barca de pesca, alguna red.

En estos tres temas la misma esquematización intencionada, el mismo trazo incisivo y nervioso para abreviar en lo posible, dejándolo todo con los menores trazos. El decorativismo acecha siempre y hay que ponerse en guardia.

UN TEMA AMBICIOSO A DESARROLLAR

De la Exposición que venimos comentando de Alvaro Delgado, destacan unos grandes dibujos que son esbozos de una obra ambiciosa que el pintor tiene aún que realizar:

—Es un gran lienzo para el que se me ha concedido la Beca "March", de claros antecedentes en los «Fusilamientos del 2 de Mayo», de Goya, y en el que quiero atestiguar mi protesta contra la planificación de la muerte. Porque hoy se ha llegado a planificar no sólo la industria y la agricultura, sino hasta la muerte. Y hay muchos países con listas bien determinadas a quien hay que matar, con varios años por delante. Esto es una de las mayores monstruosidades de nuestros tiempos y quiero contribuir con esa obra mía a denunciar esa horrible verdad.

El pintor está ahora en esa tarea, tal vez en su próxima exposición, dentro de algún año, podremos ver ya los logros conseguidos en tan ambicioso empeño.

RAMIREZ DE LUCAS

Dos vistas de la moderna Tarrasa, el parque San Jorge y el monumento al conde de Egara



TARRASA, VERTICE DEL TRIANGULO TEXTIL ESPAÑOL

DE LOS TELARES A MANO A LAS MEDIAS DE NYLON

Una tradición laboral compartida con Barcelona y Sabadell

TARRASA y Sabadell son las «columnas de Hércules» de la industria textil española. Estos dos Municipios, tan próximos y con tantas cosas comunes dentro de su respectiva personalidad, representan dos alzazas importantes en la gráfica de la producción industrial de Barcelona, la provincia española industrial por excelencia, y que prácticamente, como es sabido, monopoliza en nuestro país el sector textil.

Los nombres de Tarrasa y su vecino Sabadell los asocia cualquier español inmediatamente a los tejidos, como las conservas a Vigo o los vinos a Jerez. Son ciudades importantes y famosas que, aun no teniendo el rango de capitales de provincia, re-



presentan en la economía nacional mucho más que algunas de éstas, meros centros administrativos provinciales.

Pero Tarrasa en su aspecto exterior no da idea de núcleo industrial. Tradicionalmente no concebimos la industria sin humos, sin suciedad y sin escorias, y he aquí una ciudad limpia, cuidadosamente urbanizada, con magníficos edificios, arbolado y jardines, bajo el luminoso azul del cielo mediterráneo.

Estamos en pleno centro de la ciudad, sólo a cuarenta y cinco minutos de ferrocarril de la mismísima plaza de Cataluña, de donde hemos partido, atravesando Barcelona subterráneamente primero, para después correr entre valles y montañas sobre la tierra rojiza del Vallés.

Las Planas, Valldrera, San Cugat, Rubí, Las Fonts..., pequeños hitos del maravilloso paisaje que une la capital catalana con Tarrasa, blanquean entre olivos y pinos; unos, domésticos, en hileras, sometidos a una explotación milenaria; los otros, salvajes, formando bosques hasta la cima de las montañas.

El centro de Tarrasa puede decirse que comienza en una plaza amplia, donde está la estación de los FF. CC. Catalanes, y en la que convergen por una parte, la calle Mayor, y por otra, la avenida del Caudillo, paralela a la vía del tren que acabamos de dejar.

La avenida del Caudillo es un pequeño bulevar, lugar de paseo y reunión, sin duda versión local de las Ramblas barcelonesas, tantas veces multiplicadas a lo largo de toda la geografía catalana.

Como confirmación, allí están dos bares con nombres típicamente barceloneses: La Polar y el bar Pompeya.

Esta avenida es una de las calles más largas de la ciudad —tiene más de cien números—, con tráfico intenso que regula un guardia municipal.

La calle Mayor nos lleva al casco urbano más antiguo, donde están la iglesia del Santo Espíritu, los Museos Soler y Textil, el Ayuntamiento, etc. Es una verdadera «city» londinense: en pocos metros, unos enfrente de otros, aparecen los depositarios de las riquezas locales: Banco Comercial y Transatlántico, Banco Hispano Americano, Banco Español de Crédito y, por último, la Caja de Ahorros. La calle Mayor, pues, en sentido materialista, tiene razón de llamarse así.

Más adelante se llega a la Iglesia del Santo Espíritu, con su atrio umbroso tras la verja de entrada, recoleta y modesta, frente al monumento al conde de Egara.

La iglesia, fundada en 1575, ha sufrido una pérdida irreparable, su retablo, obra de dieciocho años de trabajo, magnífica creación del barcelonés Mompeo, fue destruida en unos instantes durante el tráfico 1936.

Como sustitución, merced al interés y a las aportaciones locales, dos artistas modernos también catalanes, Monjo (escultor) y Vila Arrufat (pintor), han dejado una buena muestra de su talento en el ábside, que palia en parte lo perdido.

El monumento es el homenaje de la ciudad a un hijo ilustre, don Alfonso Sala Argemí. Su efigie, esculpida en un medallón, destaca sobre el mármol, bajo una dioncella sentada lánguidamente. Fue un hombre de su época, activo y emprendedor, cuando aún no se había perdido la fe en el progreso y cuyas actividades políticas, entre otras muy variadas, le valieron el título de conde de Egara, nombre antiguo de la ciudad donde nació.

Siguen después la calle de Fuentevieja, calle estrecha y comercial, con anuncios, muestras y escaparates; San Pablo, Cruz, San Antonio y otras más en cuesta y soleadas.

Tarrasa es una ciudad moderna, y por ello sin nada destacable fuera de lo que hemos dicho; lo pintoresco está fuera de lugar; todo es práctico, moderno y limpio, pero sin sello especial, igual que en muchas ciudades. Es el signo de nuestra época, que tiende a la uniformidad. Los magníficos edificios que hay en esta ciudad, tales como el Colegio Mayor «Alfonso Sala» o la llamada Ciudad Sanatorial, recuerdan arquitecturas similares de otros sitios, incluso el parque tiene un cierto aire gaudiano, como el Parque Güell, de Barcelona.

La excepción a todo lo que venimos diciendo es el Monumento a los Caídos. En otros sitios, no siempre han ido unidas la devoción y el arte, aquí sí. La sensación de recogimiento, de oración silenciosa que dan el soldado antiguo y el moderno, cabizbajos, guardianes del obelisco, produce mucho más efecto que las actitudes bélicas, las trompetas y las banderas desplegadas. El monumento es un minuto de silencio en piedra; la ciudad ha sabido honrar a sus muertos.

Así es, a grandes rasgos, el aspecto exterior de la Tarrasa de hoy, pero hay más, naturalmente: todo lo que ha hecho surgir esta

ciudad de 80.000 habitantes, que es historia próxima o remota de la que han quedado importantes huellas y restos.

EL PASADO MEDIEVAL

Tarrasa, a través de sus monumentos, no tiene un pasado muy remoto. No existen aquí como en tantos lugares de la costa catalana, restos romanos que aparecen todos los días con excavar un poco, los escasos hallazgos figuran como complemento de artes posteriores que han aprovechado materiales ya existentes. Hay testimonios escritos de la Tarrasa romana, la antigua Egara, pero nada más. Se sabe que un pretor de Cataluña, Serennio Granico, era hijo de la ciudad y que posteriormente con los visigodos fue sede episcopal, pero es en la Edad Media cuando Tarrasa, ya con este nombre que algunos hacen derivar de «terra rasa» porque fue asolada por los moros, cuando entra con pie firme en la Historia.

Hay en ello algo de predestinación. Una ciudad como ésta, eminentemente industrial, hija por tanto del siglo pasado, el del maquinismo, sólo puede aspirar a una aristocracia del trabajo que se inicia con los gremios medievales. Así, aquí como en tantas ciudades de Europa, serían los gremios, entre los que figurarían con rango especial los «teixedors a ma», los que más tarde se transformarían en obreros mecanizados, haciendo de la artesanía una industria.

La importancia de Tarrasa en el Medioevo puede deducirse de los magníficos restos que han quedado y aún se conservan: Las iglesias visigótico-románicas y los dos castillos.

Estas iglesias forman un maravilloso conjunto, separado de la ciudad por un amplio foso convertido en jardín, en el que la vegetación ascendente, mezclada con las viejas piedras, le da un aire legendario y romántico de Opera wagneriana.

El conjunto es monumento nacional, está compuesto de la iglesia de Santa María del siglo XII que a sus méritos arquitectónicos une el albergar en su interior magníficas pinturas murales gótico-románicas, representando escenas de la Virgen y los bienaventurados y, sobre todo, mosaicos de gran valor. También posee una Virgen gótica de talla y tres retablos del siglo XV.

El baptisterio de San Miguel, que se remonta al siglo XI, muestra una curiosa mezcla de estilos, de los que destacan las columnas que poseen elementos romanos aprovechados de antiguos restos.

Por último, la iglesia de San Pedro, también del siglo XII, como Santa María, ha sido la que ha sufrido más transformaciones, pero aún quedan algunas pinturas murales y un primitivo retablo de piedra.

De los castillos sólo uno merece el nombre de tal, el de Valparadis, el otro, más antiguo, ha quedado reducido a una torre, último resto del que fue castillo de Tarrasa en torno al cual se formó la ciudad. A esta torre la llaman la Torre de Paláu (palacio en catalán) y emerge con sus almenas dentadas en pleno centro de la ciudad, recordando a todos su abo-

Adquiera todos los sábados

El Español



Colegio Mayor "Alfonso Sala", sede de los estudiosos textiles

lengo, como una dama aristocrática venida a menos. Fue calabozo de la Inquisición y allí tuvo lugar un proceso contra unas brujas locales que en su día fueron tan famosas como las de Salem, que inmortalizó Miller en su conocida obra teatral.

El castillo de Valparadis tiene una historia más apacible, pues su dueña, la dama catalana doña Blanca de Centellas, lo cedió a los cartujos y sólo mucho después volvió a ser propiedad privada, poseyéndolo la familia Sentmenat durante once generaciones. Hoy está en obras para transformarle en futuro museo de la ciudad.

Este brillante pasado medieval de Tarrasa no está muy explorado a pesar de existir el Archivo Histórico de Tarrasa, donde puede encontrar el historiador un amplio material, como demuestra un libro reciente de un tarrasense ya fallecido, «Terrasa medieval. Visto histórica», de don Salvador Cardus, interesantísimo estudio de esta época de la ciudad con abundancia de datos, planos, etc.

Aún perdura lo medieval en Tarrasa, oscurecido cada vez más por la industria expansiva; todavía existen aquí talleres artesanos en los que se suceden padres e hijos, fieles a lo que cada día por su rareza y perfección va transformándose en verdadero arte. Las alfombras, el mosaico y el vidrio cuidadosamente trabajados, han dado a la ciudad un prestigio internacional del que está tan orgullosa como de sus tejidos, fabricados por los procedimientos más modernos.

LA INDUSTRIA TEXTIL, ORIGEN DEL PRESENTE

Los tejidos son en Tarrasa el

origen de todo, lo que ha hecho célebre a esta ciudad en toda España, hasta en esa consagración popular que en nuestro país es el chiste.

Uno entre tantos, ya viejo, confirma lo que decimos. Muchos conocerán el caso tantas veces contado del catalán que se agarra a las solapas del traje de su contrincante, dispuesto a llegar a las manos y al sentir en las suyas expertas, el contacto de la tela exclama con emoción: «¡Tarrasa!»

El suceso, desprovisto de la faceta cómica, no deja de ser una realidad, porque con toda seguridad los trajes que vestimos los españoles o son de Tarrasa o de Sabadell, como cabezas de esta región que pudiera denominarse el Yorkshire español.

«La lana no tiene sustitutos», fue el lema de los fabricantes de las dos ciudades en la pasada Feria de Muestras barcelonesa y, efectivamente, la lana ha sido su vida hasta hace poco, porque a pesar del lema, Tarrasa, en época reciente, se ha lanzado al «nylon» y hoy es un fundamental centro productor de calcetería de esta materia.

Las primeras noticias de la actividad textil de Tarrasa se remontan al siglo XII, se sabe que entonces había un establecimiento dedicado a la elaboración de paños, siglos después al aparecer la mecanización Tarrasa es la segunda ciudad española que introduce el vapor en sus fábricas y llega a producir 8.000 piezas de tela anuales.

La industria textil tiene mucho de arte en su técnica, no en vano está relacionada con la literatura griega, puesto que Penélope, la es-

posa fiel de Ulises, hacía de su telar el símbolo de su virtud, y mucho después Velázquez, en su inmortal cuadro «Las hilanderas», representa por primera vez, plásticamente, un taller de hilado.

El interior de una fábrica de tejidos sugiere la idea de «un ballet». Los husos en fila giran vertiginosamente como bailarinas en la danza clásica y las lanzaderas con su golpe rítmico constante parecen marcar el compás como la palmada del coreógrafo. Entre tanto, los hilos mezclados en aparente desorden van dejando aparecer la tela, hecha misteriosamente.

Todo este complicado mundo mecánico da a Tarrasa una producción mensual de unos 100.000 kilos de tejidos entre corrientes y especiales.

Pero esto no es bastante, la industria tarrasense cada vez se perfecciona más y busca nuevos horizontes y así, como decíamos anteriormente, la tradición lanera se ha visto acompañada de las nuevas fibras. La calcetería de «nylon» ha convertido a Tarrasa en un núcleo importante de producción de medias y calcetines cuya media mensual rebasa las 35.000 docenas de pares, buena parte de ella destinada a la exportación.

Todo este complejo industrial arrastra a una gran masa de población compuesta de técnicos, obreros y múltiples industrias auxiliares, así lo demuestra la demografía local.

En 1787 había en Tarrasa 587

familias, puede calcularse a cinco miembros cada una, lo que nos da una población de unos 3.000 habitantes. Un siglo después, en 1900, son 16.000, en 1930, 40.000, y hoy, en vísperas del Censo de Población, la última cifra conocida son 80.000 habitantes, que será rebasada ampliamente en el Censo. Es decir, en estos últimos treinta años, Tarrasa ha duplicado su población con un crecimiento realmente americano, situándose muy por encima de muchas capitales de provincia.

Su población activa está compuesta, según datos recientes, de más de 2.000 patronos y 28.000 asalariados, de los que 22.514 se ocupan en la industria. Pocas ciudades españolas dan un porcentaje semejante y, sin embargo, Tarrasa es también una ciudad agrícola. Nadie podría imaginar que aquí se dieran en abundancia esos dos pilares de la economía agrícola española que son el vino y el aceite. Efectivamente, 24.000 olivos y una producción anual de 400.000 litros de vino, nos dan una idea de lo que es la agricultura tarrasense,

sin tener en cuenta su superficie forestal de más de 2.000 hectáreas cubiertas principalmente de pinos.

Pero no cabe duda que lo textil priva, sobre todo, y el tópico popular de Tarrasa es una realidad, un poco oculta al exterior, pero cada vez más firme a medida que se va conociendo la ciudad. Por eso, entre estos olivos que rodean el valle de Sant. Lloret del Munt, donde se asienta Tarrasa, fijándose con detenimiento, se ven chimeneas medio ocultas que lanzan un humo vertical al cielo límpido, como la voluta de un cigarrillo, y en las calles en cuesta de la ciudad, a veces, al fondo, se encuentran también las chimeneas como en otras partes, las torres de la catedral o el mar.

Por eso la ciudad cuida y estudia su principal fuente de riqueza. La Escuela Superior de Ingenieros Textiles forma promociones de técnicos que anualmente salen con una excelente preparación y en grado menor la Escuela de Peritos Industriales, la de Trabajo y la de Artes y Oficios comple-

mentan los cuadros de técnicos y obreros especializados.

A estos centros se unen el Instituto Industrial con su rica biblioteca especializada en lo textil y el Colegio Mayor Alfonso Sala que completan esta auténtica Universidad Textil que le ha valido a Tarrasa el título de «muy ilustre» y la corbata de Alfonso el Sabio.

Su actividad industrial de gran tradición, como hemos visto, ha dado a Tarrasa una mentalidad típica derivada de su circunstancia. Es una ciudad que ha creído y cree en el progreso con el entusiasmo de haberlo visto de cerca, lo que lleva anejo una serie de concepciones que evidentemente a veces no han correspondido a las esperanzas puestas.

Tarrasa, por tanto, ha sido siempre ciudad del presente, hija de su tiempo con sus aciertos y sus errores. En la guerra de la Independencia, un fabricante, don Joaquín Sagrera, dejará sus telares para formar una partida pagada con su propio peculio. En las Cortes de Cádiz estará presente con un diputado, don Salvador Vinyals y Gal, y después se defenderá heroicamente del sitio carlista con su Milicia Nacional, para culminar en la ofrenda de sus hijos en la Cruzada de Liberación que corona la tormentosa historia de nuestro país a lo largo de este siglo.

UN MUSEO UNICO EN SU GENERO

Para el especialista o simplemente para el amante del arte en todas sus manifestaciones, Tarrasa posee un museo de rango internacional y que como no podría ser por menos, tratándose de esta ciudad, es de telas.

Situado en medio de un jardín entre palmeras tiene el inconfundible sello del edificio americano fin de siglo.

Fue su fundador don José Biosca y para honor suyo se le ha dado el nombre oficial de «Museo Textil Biosca». Sólo un 25 por 100 de su depósito se muestra al público por falta de espacio, pero sólo es suficiente para darse cuenta de las riquezas que atesora.

Quinientos cuadros cuyo lienzo no necesita los pinceles del artista, nos muestran la evolución del tejido en las más variadas geografías.

Partiendo del centro de la sala principal pueden admirarse primero las telas coptas, de los siglos III al VIII, confeccionadas en su mayor parte con lino, con dibujos que recuerdan en su hieratismo el arte bizantino y ruso.

Las telas hispano-árabes y sus afines, mudéjares, granadinas y marroquíes, reflejan el monótono arte árabe, a base de figuras geométricas e inscripciones coránicas, realizadas por la seda y un colorido brillante.

La sección de tejidos orientales es posiblemente la más bella, puesto que nadie ha superado a estos pueblos en finura y fantasía, haciendo de sus sedas algo legendario, siendo particularmente valiosas las sedas chinas y persas.

Hay también tejidos americanos de procedencia precolombina y de la dominación española y, sobre todo, una colección de terciopelos,



Baptisterio de San Miguel, con capiteles romanos, aprovechados de otras construcciones



brocados, damascos, etc., de la época visigótico-renacentista que es la más numerosa del Museo.

Por último, los ornamentos litúrgicos, los estampados franceses y españoles de los siglos XVIII y XIX y los tejidos populares de punto, ganchillo, etc., completan esta magnífica muestra de lo que ha realizado el hombre a través del tiempo, usando el tejido como expresión de su arte.

Sinceramente, creemos que este Museo es la joya de Tarrasa por encima de otras riquezas artísticas que ya hemos mencionado, no sólo por su interés, sino por su originalidad.

No puede comprenderse la muestra viva industrial textil que esta ciudad sin ver antes el Museo Biosca, que reúne para Tarrasa el valor de una pinacoteca, un archivo y un blasón. Un blasón que

El Ayuntamiento de la ciudad, en el arrabal de José Antonio

podría ser una obra de misericordia entre ramos de olivo: Vestir al desnudo.

Antonio AMOR

Fotos: Ediciones Zerkowitz



Ciudad Sanatorial, es llamado por sus proporciones este edificio sanitario de Tarrasa.

200 AÑOS DE CIRUJA

DE LA CAUTERIZACION CON EL FUEGO A LAS INTERVENCIONES CARDIACAS

SOLO EL BISTURI PERMANECE EN LA NUEVA TRAUMATOLOGIA

AHORA se conmemoran los doscientos años de progreso quirúrgico, que han convertido lo que era un oficio en manos de barberos, saludadores y buhoneros, que iban anunciándose de pueblo en pueblo al toque de un silbato, en una de las ramas de mayor prestigio de la noble ciencia de salvar a los enfermos. Hace dos siglos apenas había cirujanos. No los había por dos razones: porque de cada cien operados, se moría la mitad, y porque los unos no querían ser tratados como unos asesinos y los otros no estaban dispuestos a ser inmolados como unas víctimas. Solamente en los casos desesperados, cuando no había otro remedio, se sometían con humilde resignación o con berridos de todo acosado a la cuchilla del maestro barbero o sangrador.

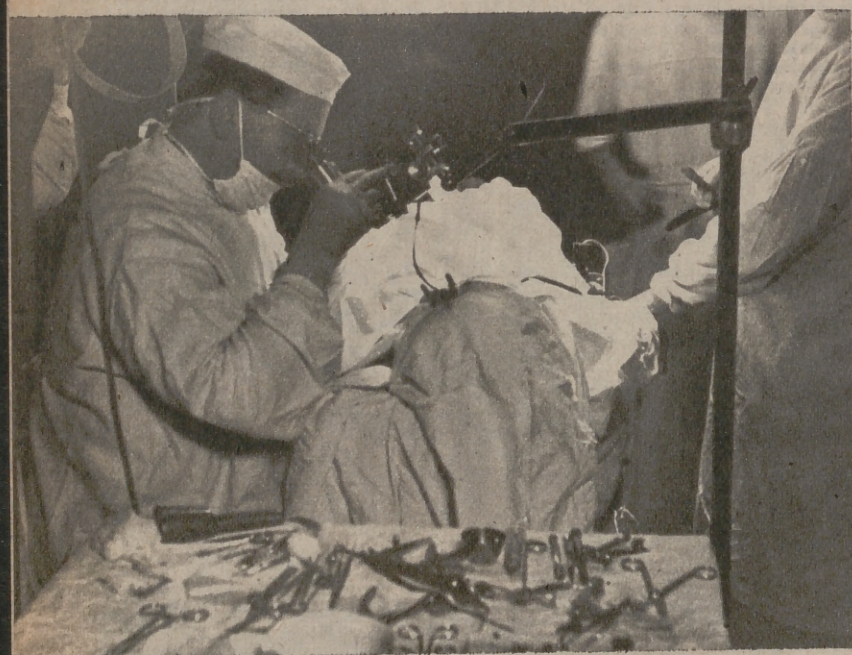
Al inaugurarse los modernos

servicios de cirugía, los grandes centros quirúrgicos a fines del siglo pasado y principios de éste, en algunas intervenciones la mortalidad registrada, aunque no tan tremenda como en el siglo XVIII, fue inicialmente alta, llegando al 25,50 por 100, según declaraciones del doctor Gómez Durán. Pero en los últimos cincuenta años esta cifra ha ido descendiendo gracias a la puesta en práctica de una serie de factores conjugados: perfección técnica, anestesia, quimioterapia, cuidados pre y postoperatorios, transfusión, etc. En los últimos veinte años, de una manera global, se puede admitir que la mortalidad quirúrgica ha descendido aún más bajando de un 8 por 100 a un 3 por 100, y en muchos casos a un riesgo operatorio todavía menor.

En suma: el balance que a cualquier profano le interesa saber de



El cerebro ya no es un secreto para los cirujanos. El bisturi hoy llega a todos los rincones del organismo. A la izquierda, examen de un paciente en el quirófano. Arriba, a la izquierda, un grabado de la época que recoge la primera intervención quirúrgica practicada por Lister con su pulverizador de fenol. A la derecha, otro grabado que muestra la amputación de una pierna en el siglo XVIII.



estos doscientos años de progreso quirúrgico es que de cada cien operados, en 1761 se morían cincuenta, y en 1961, de uno a dos y medio por ciento.

Ahora bien, ¿cómo se ha conseguido eso? El cirujano Gómez Durán responde:

Primero. Gracias a los progresos en la preparación, anestesia y tratamiento post-operatorio de los enfermos.

Segundo. Mejor formación y capacitación del cirujano, tanto desde el punto de vista doctrinal como técnico; y

Tercero. Diagnósticos más correctos y precoces de las enfermedades quirúrgicas.

En el siglo XVIII, y todavía durante muchos lustros del siglo XIX, los cirujanos barberos, que eran cirujanos empíricos, sin que ningún estudio académico y menos aún universitario garantizara su capacidad, efectuaban dos operaciones importantes sin que el médico tuviera la menor intervención. Era la reducción de fracturas y la extracción de cálculos de la vejiga urinaria. En aquella época la cirugía puede decirse que estaba reducida a la amputación de miembros, extirpación de tumores externos, algunas autoplastias de la cara, fístulas y la talla perineal, o sea la extracción de cálculo.

Pero en el siglo XVIII la cirugía da un gran paso adelante gracias a Petit, Chopart, Ritche, Hunter, Scarpa y otros. Los progresos de la anatomía patológica fueron probablemente el origen de este avance. Morgagni era el promotor y decía:

—La autopsia sola no significa gran cosa, pero la aproximación de la clínica y del estado anatómico permite corrientemente alcanzar el origen mismo de la enfermedad.

Desde el punto de vista anatómico, los cirujanos estaban preparados a fines del siglo XVIII para dar el salto. Pero les faltaba vencer el dolor, eliminar la infección, cortar la hemorragia. Estas tres claves básicas de la cirugía, son alcanzadas y dominadas en el siglo XIX mediante la anestesia, la antisepsia y la hemostasia.

Pero en el siglo XVIII estaba aún todo por demostrar. El padre Feijóo, testigo de excepción, escribe hacia el 1760: «Otro error notable es el poco aprecio que se hace de la medicina quirúrgica en comparación de la farmacéutica. Pónese mucho cuidado en la elección de médico. Para no errarla se toman muchos informes y se le brinda con un buen salario. Al contrario, a un cirujano apenas le dan con qué subsistir, y así aceptan por tal al primero que se presenta.»

LA VICTORIA SOBRE EL DOLOR

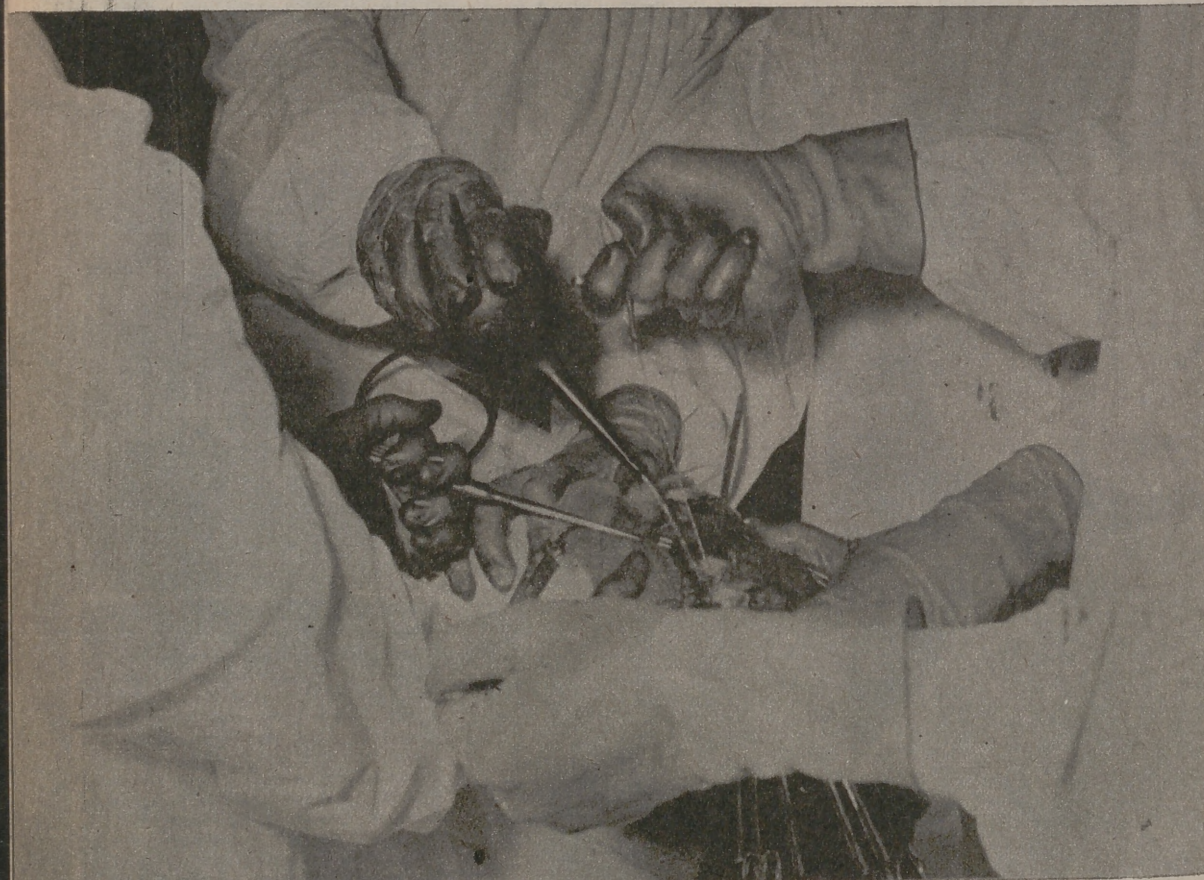
En un jardín público de Boston hay un monumento que conmemora «el descubrimiento de que la inhalación de éter produce la insensibilidad al dolor», pero no se menciona el nombre del descubridor. Esto quiere decir que no se sabe aún a ciencia cierta el autor de este descubrimiento que cambió radicalmente el destino de la cirugía. A mayor abundamiento,

el Congreso de Estados Unidos ofreció al inventor 100.000 dólares. Long, Morton, Jackson y los parientes de Wells, que ya había muerto, se apresuraron a reclamar el cuantioso premio. Pero no estarían claros sus derechos cuando la entrega del premio no se efectuó nunca.

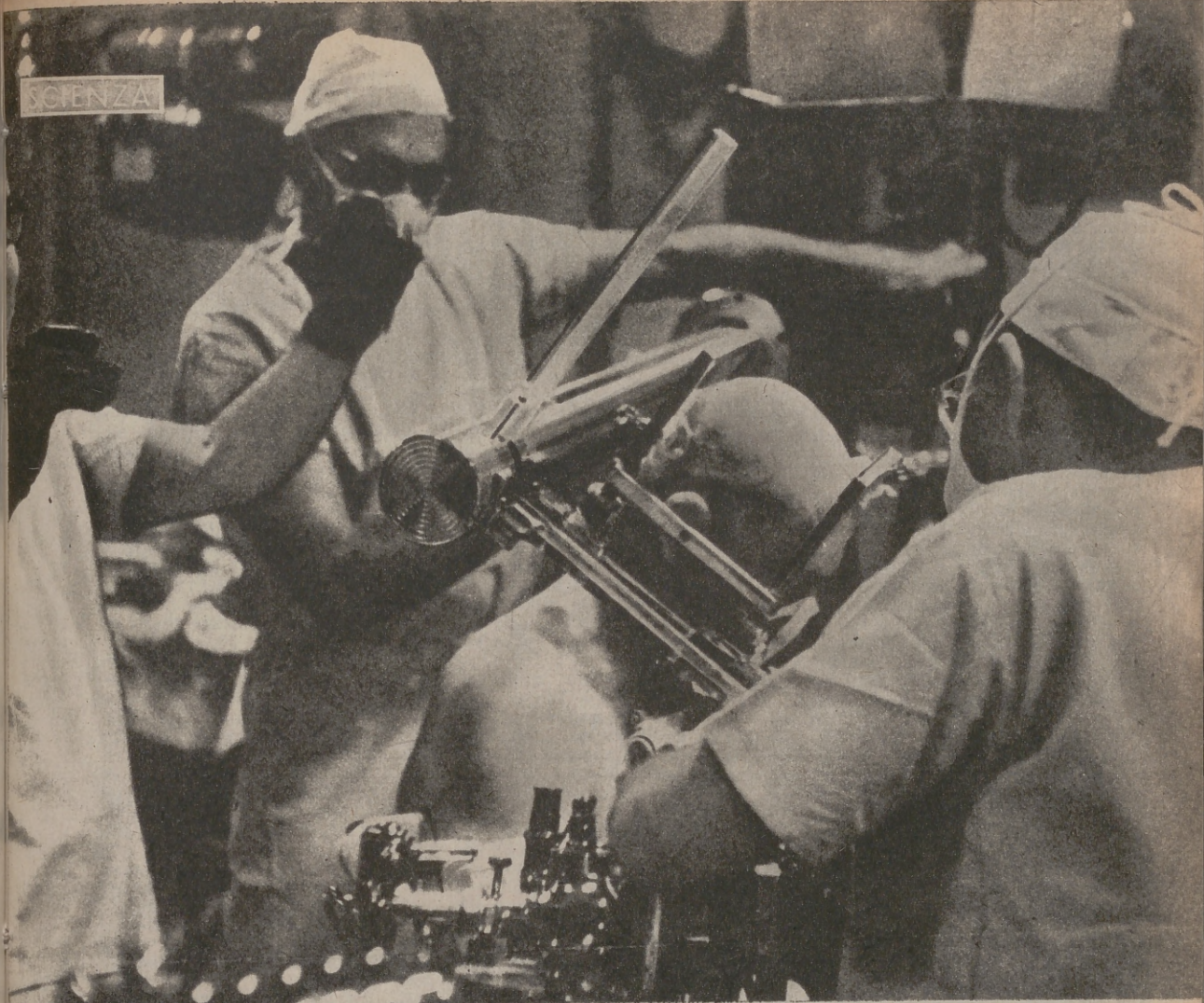
Los antecedentes de la anestesia hay que buscarlos en el laboratorio de sir Humphry Davy, quien observó en 1799 el efecto tóxico del óxido nitroso o «gas hilarante», como se le llamó. Davy dijo que «era, al parecer, tratar de suprimir el dolor y que probablemente podría usarse con ventaja en las operaciones quirúrgicas».

En la actualidad existe la tendencia de atribuir el título de inventor de la anestesia a Long (1815-1878), de Jefferson (Georgia), que advirtió al participar en los «juegos con éter» que los golpes o contusiones que se sufrían en aquel momento eran indoloros. Decidió entonces administrar el éter a un niño llamado James Venable, y pudo extirparle sin dolor un tumor que tenía en el cuello. Según parece, la primera extirpación de un gran tumor, mediante anestesia no se verificó en una clínica universitaria, sino en la cocina de una casa de campo de Kentucky.

Mientras que los americanos hacían pruebas con el gas hilarante y el éter, en Edimburgo, James Young Simpson ensayaba una sustancia descubierta en 1831 y llamada cloroformo por Dumas. Entonces, nadie creía que tal sustancia pudiese tener utilidad prácti-



Un momento de la operación denominada lobotomía, practicada en ciertas formas de locura



Nuevas técnicas en la cirugía cerebral. El cráneo es abierto y el bisturí opera libremente

ca, pero a Simpson se le ocurrió probarla con un grupo de amigos una noche, y todos cayeron al suelo sin sentido. Cuando Simpson recobró el conocimiento y vio a sus colegas bajo la mesa, exclamó:

—¡Esto es más fuerte que el éter!

Durante los cincuenta años siguientes, el cloroformo fue el anestésico generalmente usado en Inglaterra. Simpson recibió el título de nobleza en 1866, pero no fue enterrado en la abadía de Westminster, porque su familia declinó este honor.

A continuación, fueron introduciéndose otras técnicas de anestesia. Los experimentos de Henri Bowditch fueron el fundamento de un método para lograr la anestesia local, más tarde perfeccionada por Crile. Marin Theodore Tuffier (1857-1929) fue el primer cirujano que empleó la anestesia raquídea. Luego fueron apareciendo la anestesia epidural, rectal e intravenosa.

Según Borrás, cuando en 1848 empieza a ser empleada la anestesia, el progreso de la cirugía no se hizo notar, pues los operados continuaban muriendo por la infección de la herida operatoria. Con la anestesia solamente varió el temperamento del cirujano; antes era todo audacia, rapidez y energía para dominar al enfermo a quien se le apostrofaba, se le gritaba para convencerle y se dejara operar, como si no bastaran cuatro o más enfermeros, que oían casi siempre a vino, para sujetarlo en la mesa de operacio-

nes. Ahora, con la anestesia, el cirujano se ve obligado a operar sobre un cuerpo inerte y no había motivo ya para gesticular, ni era preciso emplear energías para dominar y reducir al paciente. La nota definitiva la da Leriche en su «filosofía de la cirugía», en la que refiere la impresión de un cirujano de aquella época: «Cuando apareció la anestesia y se vio ante un hombre inerte, tendido, sin conocimiento, sin resistencia, al que no tenía que dominar con la voz y el gesto, operó con su rapidez habitual, pero en silencio y sin vivacidad. Y cuando hubo terminado, declaró:

—La anestesia va a matar la cirugía, se acabó el temperamento quirúrgico.

Lo que terminaba era la gloria de esos cirujanos habilísimos que eran capaces de extraer una piedra del riñón en cincuenta y cuatro segundos. Tal vez moría el cirujano artista al estilo de Dieffenbach, pero nacía el cirujano científico, que es el que llevaría a la cirugía al mayor esplendor y prestigio.

LA ANTISEPSIA Y LA ASEPSIA

La historia de la guerra contra la infección de las heridas se desarrolla en dos episodios: el primero trágico, y el segundo glorioso. A estos dos actos, que transcurren en lo que pudiera llamarse «era antiséptica», tienen un epílogo todavía actual, que es la «era aseptica».

La primera escena comienza en

en el hospital de Maternidad de Viena, en donde actúa en calidad de primer interno Ignacio Felipe Semmelweis (1818-1865), que es un húngaro de agudo espíritu de observación. Por lo pronto nota que en las salas abiertas a los estudiantes había más mortalidad que en aquellas que únicamente se permitía el acceso a las matronas. También las parturientas lo habían observado y todas querían ser asistidas por las comadronas. Extrañado de esta notable diferencia, Semmelweis no lograba explicarse la causa. Por desgracia, su amigo Kolleshka, profesor de medicina legal, cayó enfermo y murió de una herida que se produjo en un dedo durante una autopsia. Semmelweis reparó que los síntomas así como las lesiones encontradas tanto en su amigo como en las mujeres eran idénticos. Deduciendo que eran los estudiantes los que llevaban el morbo mortal en sus manos desde las salas de autopsias a la cama de las parturientas, ordenó que todos se lavasen las manos antes de entrar en la sala maternal con una solución de cloruro de cal. Inmediatamente bajó de un 18 por 100 a un tres por 100 la cifra de mortalidad en las salas colocadas bajo su cuidado, y luego al 1 por 100. Éxito tan claro y manifiesto, no convenció a los enfatuados médicos de Viena, que le hicieron la vida imposible en la ciudad impe-

rial trasladándose a Budapest. Allí, hace justamente un siglo, en 1861, publicó su gran obra «La causa y prevención de la fiebre puerperal», sin que lograra vencer a sus enemigos. Acabó volviéndose loco, y murió de una herida aséptica en un dedo, víctima de la misma dolencia contra la que había luchado tanto tiempo.

El segundo acto de esta historia sucede en Inglaterra. El protagonista es José Lister (1827-1912). Sus estudios sobre la inflamación le inspiraron la sospecha de que la descomposición o putrefacción, como a veces se le llamaba, era la causa de la supuración e infección de las heridas y que esta causa se debía a algo transportado por el aire. Por entonces Pasteur había demostrado que la putrefacción era una formalización ocasionada por organismos microscópicos que podían ser transmitidos por el aire. Para Lister, los descubrimientos de Pasteur fueron una revelación. E inmediatamente se puso a buscar el medio de destruir esos microorganismos que eran los culpables de que las heridas se llenasen de pus. Escogió el ácido fénico, que ya había sido utilizado por otros médicos, aunque no lo sabía Lister. Este cirujano nunca afirmó haber descubierto el ácido fénico ni ningún otro antiséptico. Lo que descubrió fue el principio de la prevención y curación de la sepsis o putrefacción en las heridas. De aquí el nombre de antiséptico, o sea anti-putrefactivo. Lister empleó el método antiséptico por primera vez en marzo de 1865, en un caso de fractura complicada de pierna. Este caso se prestaba al ensayo del nuevo método, pues el estado del paciente no podía ser peor, y si el tratamiento tenía éxito podía salvarse el miembro. Gracias al empleo de la antiseptia, la sangre se coagulaba en lugar de licuarse y tornarse pútrida, permanecía intacta y, finalmente, se reorganizaba.

Pero los líquidos antisépticos no sólo mataban a los microorganismos productores del pus. También irritaban y destruían los tejidos de la herida. La antiseptia de cirugía fue pronto sustituida por la asepsia, introducida por Ernest von Bergmann (1836-1907). A este profesor de Berlín, que estuvo en cuatro guerras, se le ocurrió la idea de esterilizar todos los objetos que se utilizan en una operación, por medio del vapor. También mejoró la disposición de las salas de operaciones. Desde ese momento las modernas salas quirúrgicas han sido cerradas a los antisépticos. Los instrumentos se esterilizan en seco o por la ebullición, el material de cura es esterilizado y el operador adopta generalmente los guantes, la máscara y la bata estériles. Recientemente, con el invento de las sulfamidas y de los antibióticos, la protección contra la infección de las heridas quirúrgicas ha sido prácticamente eliminada, si bien no totalmente vencida, puesto que aún existe, aunque muy remota, la posibilidad de que se infecte algún punto o alguna herida.

TRIUNFA LA CIRUGIA

Hasta este momento los cirujanos se habían limitado a cortar una pierna, sajar un flemón o a practicar la talla o litotomía, es-

decir la extracción de los cálculos del riñón. Pero nadie se había atrevido a abrir la caja del pecho, ni la del vientre, ni la de la cabeza. Lo consideraban demasiado arriesgado. Pero no tardaron en atreverse a más al poseer el recurso de la anestesia y el de la antiseptia, y gozando de una mayor cultura quirúrgica, merced a las escuelas que se iban creando. En España, por ejemplo, se fundaron los Colegios de Cirujanos de Cádiz, en 1748; Barcelona, en 1764, y de San Carlos, en Madrid, 1764.

El médico que estableció la realidad de que la apendicitis es una lesión concreta fue Reginald Heber Fit (1843-1913), de Boston. Su obra llamó la atención sobre la enfermedad y su relación con la peritonitis mal comprendida entonces. Fue el primero en aplicarle el nombre de apendicitis. Entre los cirujanos norteamericanos que contribuyeron a que se conociera la apendicitis figuran: Carlos Mac Burney, de Nueva York, que ideó la incisión que lleva su nombre, Blair de Aver, Sen Murphy y otros.

El triunfo apoteósico de la cirugía norteamericana fue la fundación por los hermanos Mayo de la clínica de Rochester (Minnesota), que lleva su nombre. William James y Charles Horace se elevaron a la fama como un solo hombre. «Mi hermano y yo», era la frase que ambos empleaban con frecuencia. La clínica Mayo se convirtió pronto en el foco quirúrgico de los Estados Unidos y centro de estudio de los cirujanos del mundo entero. La fundación Mayo, para el progreso del estudio de la cirugía fue otro ideal conquistado con pleno éxito por los dos hermanos.

Sedillot realiza la primera gastrotomía o extirpación del estómago. Billroth, en 1872, efectúa la primera resección de esófago y la resección del píloro por cáncer. Rivera y Sans (1852-1912) eminente cirujano de Granada, autor de la ligadura elástica de abdomen, practica la desarticulación interileoabdominal y la extirpación de todo el estómago.

Para el tratamiento de las estrecheces de recto no cancerosas, Rivera idea el procedimiento que denominó colostomía valvular imaca para el ano artificial.

LA TRAUMATOLOGIA

Hasta el siglo XIX, con los fracturados sólo cabían dos recursos: la amputación del miembro traumatizado, si la fractura era abierta y complicada, o el reposo absoluto, si no lo era, porque el reposo era entonces el único medio eficaz de calmar el dolor. Como tratamiento complementario se empleaban bálsamos, aceites y hierbas de diversas clases, que se aplicaban a la zona herida. Así se obtenían curaciones que la mayoría de las veces eran deficientes, a causa de las deformidades residuales, ya que no se podían corregir bien las lesiones de los huesos.

Como tantas otras ramas de la cirugía, con el descubrimiento de la anestesia, a mediados del siglo pasado, recibió el primer fuerte impulso. La supresión del dolor permitió ampliar el número y grado de las manipulaciones en las heridas, y en las fracturas la corrección de las deformidades ven-

ciendo la contractura de los músculos.

Una vez resuelto el problema del dolor y de la reducción de las fracturas, se planteó entonces la necesidad de mejorar los métodos de contención de una fractura una vez reducida. Nada se conseguía colocando los huesos en su sitio (reducción de la fractura), si no se arbitraba una técnica para fijar, para inmovilizar los huesos rotos. Entonces, en 1846, Vanzetti sugirió el uso de los vendajes rígidos (vendas de cola), idea que fue perfeccionada por el médico belga Antonio Mathysen (1805-1878), que inventó el vendaje ensayado en 1851, introduciendo así en cirugía un sistema de inmovilización que debía transformar radicalmente todo el tratamiento de las fracturas. Por su parte, Uthugh Owen Thomas (1834-1891), de Liverpool, ideó la férula que lleva su nombre, que ha salvado muchos miembros, consiguiendo que la mortalidad por fractura complicada del fémur descendiera de un 80 a un 20 por 100.

Thomas, a la habilidad de curandero para «componer los huesos», arte que había sido practicado por sus antecesores por espacio de siete generaciones, unía un conocimiento profundo de la cirugía. Pasó una gran parte de su vida profesional en calidad de cirujano, practicó en el distrito de los muelles de Liverpool y estaba convencido de la importancia que en el tratamiento de las fracturas tiene el reposo absoluto y prolongado, e ideó aparatos para la corrección de las enfermedades y tratamiento de las lesiones, entre las que descuella su famosa férula.

El descubrimiento de los rayos X por Conrado von Röntgen, al permitir que se vieran los huesos a través de su pantalla facilitó la posibilidad del diagnóstico y de la comprobación inmediata del efecto de las maniobras de reducción.

La aplicación de la extensión continua directa sobre los fragmentos óseos contribuyó a evitar los acortamientos, antiguamente corrientes en las fracturas del fémur, y el enclavamiento intramedular de Küntscher, que consiste en unir dos huesos rotos, introduciendo en el hueco de su médula un clavo, mostró la gran utilidad en ciertas fracturas diafisarias (de huesos largos), consiguiendo una restauración anatómica perfecta, así como el acortamiento de los días de inmovilización.

Excusamos al lector de la historia de los avances en cirugía cardíaca, cirugía del pulmón, injertos, pues se trata de modernísimas adquisiciones cuyo relato ya hice en estas mismas páginas en otras ocasiones. Pero antes de concluir, creo necesario hacer un resumen de las victorias obtenidas por los cirujanos contra la muerte en los últimos cincuenta años. Antes, las heridas penetrantes del corazón causaban una mortalidad de un 90 por 100. Ahora sólo de un 22,49 por 100. La extracción de cuerpos extraños introducidos en la cavidad del corazón o de los grandes vasos sanguíneos ha tenido un gran desarrollo y obtenido grandes progresos durante la segunda guerra mundial. Por otra parte, los enfermos del conducto arterioso persistente para los que no



Una oclusión intestinal. Las manos del cirujano actúan con seguridad y precisión sorprendentes

existía la posibilidad de una operación, morían noventa de cada ciento. Desde que Gros se atrevió a operar al primero, en 1938, las cosas variaron. Ahora mueren sólo seis de cada ciento.

Los pacientes que sufren la enfermedad cardíaca llamada tetralogía de Fallot, que antes de 1943 poquísimos pasaban de los diez años, desde que pudieran operarse su futuro cambió, y ahora, en la operación, sólo hay un 1,6 por 100 de muertes.

En la úlcera gastroduodenal, la mortalidad es de un 2 por 100. En el cáncer del esófago se salvan la mitad. Antes morían todos. En el cáncer del estómago mueren noventa y nueve enfermos de cada cien antes de los cinco años. Sólo son operables un 12 por 100. Como se ve, ésta sigue siendo la operación más difícil. Por último, conviene decir que en una operación

modernísima la resección pulmonar, que consiste en cortar pedazos de pulmón enfermo, la mortalidad es sólo de un 2,50 por 100.

Hasta hace pocos años, escasos cirujanos se atrevían a intervenir a las personas de edad. Temían que se muriesen en la mesa de operaciones y a las complicaciones fatales. Hoy tales riesgos han desaparecido. En un hospital estadounidense, una serie de 109 enfermos de edades comprendidas entre los setenta y los noventa y cuatro años no presentó mayores problemas quirúrgicos que los restantes operados más jóvenes. La única diferencia fue la de que en los ancianos casi todas las intervenciones eran de importancia. Sólo cuatro enfermos requirieron una operación de las comprendidas en la cirugía menor. La mortalidad global en los viejos fue de un 6,4 por 100, análoga a la de

los jóvenes. Desde luego, las personas de edad necesitan un mayor cuidado que las otras, debido a que sus tejidos son más fácilmente vulnerables.

La importancia de estas operaciones y el gran adelanto que suponen se comprende más si se sabe que hasta hace poco tiempo estaban vedadas y que atreverse a realizarlas equivalía a un asesinato premeditado. En cambio, ahora está justificado emprender operaciones que ningún cirujano hace veinticinco o cincuenta años podía haber imaginado siquiera. Antes, la cavidad craneana, la torácica y la abdominal, constituían verdaderas santas santorum, que solamente unas manos geniales podían atreverse audazmente a traspasar.

Doctor Octavio APARICIO



HISTORIA DE INVIERNO

NOVELA por Florencio MARTINEZ RUIZ

I

A las dos, después de comer, salió el sol. Una luz cruda de mediodía estalló como un crujido sobre los tejados. El frío se hizo más penetrante, más claro, y, por unas horas, las nubes, desplazadas en grandes manchas hacia el lado de la sierra, tomaron un claro color ceniza. La gente llevaba ya dos meses seguidos encerrada en las casas en torno al fuego bajo de la cocina, donde ardían incesantemente gavillas de sarmientos y espuelas de paja. Bajaba desde la sierra el mismo viento cortante de todos los días, más cernido y seco. En la solana de los tapiales, resguardados del viento, no se estaba mal. Un grupo de hombres charlaban al abrigo del muro del huerto de las Monjas. Los niños se dedicaron a patinar sobre la nieve en los solares de enfrente. Al fondo, por donde espejaba el río, la luz arrancaba reflejos violetas sobre la nieve del prado.

—¡Papá!...

La niña abandonó el grupo y fue corriendo al encuentro del hombre. Luis acababa de salir de su casa y la puerta permanecía todavía abierta. Volvió la cabeza y se encontró con los ojos negros y redondos de Tere. Alargó los brazos y la aupó hasta su misma altura.

—A ver qué quiere la señorita...

La niña se entretuvo doblando las solapas de la chaqueta de pana de su padre. Le miró a los ojos otra vez por encima del entrecejo y se cogió la larga cola de caballo.

—Mamá ha dicho que no me lo compra, que no tiene dinero.

—¿Qué es lo que no quiere comprarte mamá?

—Pues todo eso, el bastidor, los lápices, el cabás...

Luis sonrió.

—¡Es que pides tanto!...

—Mamá dice que todos los meses tengo que estar cambiando, que a ella le duró la Enciclopedia hasta que salió de la escuela.

La niña siguió jugando con su cola de caballo, e insistió:

—Dofia Fina ha dicho que si mañana no llevo el cabás que no vaya.

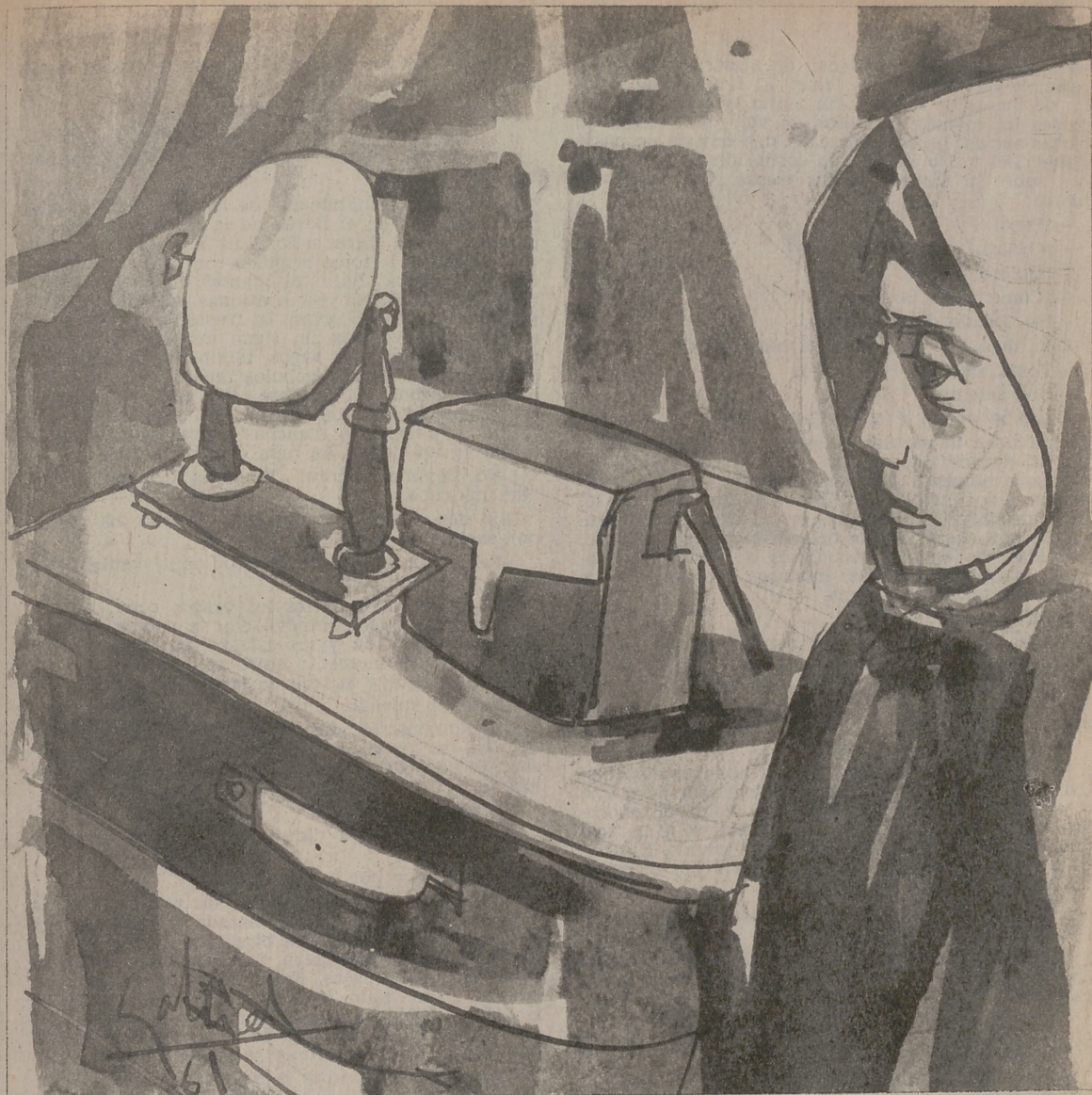
—Caray con doña Fina. Como si la escuela fuese un colegio de paga.

La niña rodeó con sus brazos el cuello de su padre.

—Bueno, papá, ¿me los vas a comprar?

Luis tuvo que volver a sonreír y decir que ya veremos. La puerta se cerró detrás de Tere, y Luis fue a unirse al grupo de hombres que charlaban en la solana del huerto de las Monjas. A primeros de enero la siembra apenas apuntaba en el campo cercano. Pequeños rogaes de verde salpicaban el color rojizo de la tierra, más honda y más oscura por la humedad de las últimas nieves. Los hombres hablaron del tiempo y de la tierra, del invierno aquel y del frío que insistía sobre el pueblo como una peste.

—Hogaño tendremos que rejacar en mayo...



—A este paso, la mitad de la siembra se va a quedar en barbecho...

—Mi cebada, la de las Escombreras, parece que va despuntando...

—Hombre, es que eso está más resguardado.

Hacia las cinco las nubes se fueron agrupando hasta cerrar todos los claros. El cielo, completamente encapotado, tomó un color gris, muy cargado y se mantuvo redondo encima de las casas y los huertos de las afueras. De pronto, hizo más frío. De la parte de la sierra, ya invisible, un río de niebla baja y espesa avanzó hasta el pueblo. En la portada de las Monjas no quedó nadie.

II

El convento estaba al lado de la carretera, en un extremo del pueblo, cercado por una barriada de casas nuevas. Las casas eran de una sola planta, con tejados a dos aguas, zócalos de yeso en la fachada y chimeneas de rasilla. Desde el alero al zócalo se veían grandes manchas verticales de color tierra, producidas por la lluvia. Luis rodeó el huerto y fue a salir a la carretera por la espalda de la barriada. La carretera atravesaba el pueblo de norte a sur, y cada cien metros, intercaladas en las dos filas de casas, las bombillas municipales hacían un hueco en la niebla. Luis siguió andando calle abajo con las solapas de la pelliza pegadas a las orejas. En sentido contrario, buscando la salida a la general, le cruzaron un coche y una moto. La iglesia quedaba a la derecha, y parecía una inmensa mole de sombra anclada en el corazón del pueblo. La cercaba un pretil de ladrillo. En cada uno de los cuatro ángulos había una torreta de cemento, la esfera del reloj parroquial, instalado en la torre cuadrada, estaba a oscuras. Luis no pudo enterarse de la hora. De las tres bocacalles que daban a la iglesia aflúan, al toque del Rosario, mujeres de pelerinas, chales y pañuelos negros. Las muchachas acudían con el velo y el devocionario en la mano. Frente al Casino Artesano se cruzó con el cura.

—Buenas noches.

—Adiós, don José.

El cura llevaba un bonete de cuatro picos y una bufanda de lana negra liada al cuello. Se perdió detrás del pretil, y el hombre entró en el estanco. A cada lado del mostrador se apilaban cajas yacías de las últimas sacas. El estanco estaba medio a oscuras. Dos hombres sentados encima de las cajas, a este lado del mostrador, hacían tertulia con la estanquera. Luis dio las buenas noches y pidió un librito de papel de fumar.

—¿Cuál?—inquirió la estanquera.

—Bambú.

—¿Nada más?

Luis se registró el bolso derecho del pantalón, y calculó un momento.

—Sí, trae también una cajetilla.

El paquete verde de cuarterón y el librito rosa de papel rodaron sobre el mostrador mientras la estanquera se cobraba de un duro de papel.

En la planta alta del Casino Artesano lucían todas las bombillas. Desde la calle, Luis conoció a los cuatro ocupantes de la mesa pegada al balcón del centro. Se detuvo un momento, dudó, y al fin echó a andar. En las Cuatro Esquinas no vio a nadie. De tarde en tarde cambió con alguien un saludo distraído y apático. Por la casa del cura empezaron a caer los primeros copos. A las seis de la tarde la noche estaba ya sobre el pueblo como una mano brusca y amenazante. El cielo parecía hundido, y del empedrado de las calles subía una oleada lenta de niebla.

En la acera de la izquierda, la taberna del Tuerto estaba entreabierta. La luz de dentro proyectaba en la calle una sombra vercosa. Encima de la puerta, una bombilla alumbraba el rótulo. El rótulo, en letras negras sobre una tabla de fondo verde decía: «Vinos». Le golpearon el hombro por detrás, y de pronto, se vio acodado sobre el mostrador, delante del Tuerto, con un vaso de vino blanco. El mostrador estaba pegado a la puerta, a la izquierda, según

se entraba. Un humo denso de cigarro y de vaho caracoleaba bajo el cielo raso. El fondo estaba lleno de mesas de madera sin pintar, y encima de las mesas un montón de vasos de vino, de manos, de cartas sucias. La radio atacaba una música de pasodoble. Del fondo llegaba un estruendo de golpes secos sobre la madera de las mesas y de voces tajantes:

—¡Pasol...

—¡Ordago!

—¡Quierol...

—¿Cómo va el tanteo?

—No. Déjalo. Yo le espero.

Luis dejó un duro sobre el mostrador.

—Toma, cóbrate.

—Una setenta.

Cogió la vuelta y salió. Tres puertas más arriba se metió en la papelería La Pajarita. No había nadie. El dependiente, dentro de un guardapolvos claro, hacía números sobre el mostrador. La papelería estaba empacutada de libros, de revistas, de tebeos, de cajas amontonadas en un desorden absoluto. De una cuerda tirada de pared a pared colgaban infinidad de juguetes: caballitos de cartón, de madera, escopetas, pistolas, muñecos, aviones. El dependiente terminó la suma.

—Usted dirá.

—Mira a ver si tienes algo para la chica.

Luis echó una ojeada por la estantería, y en el rincón de la izquierda vio amontonados los cabás. Los bastidores colgaban ensartados del anaquel de arriba.

—A ver, un cabás de éstos.

El dependiente descolgó tres y los puso encima del mostrador. Luis los examinó detenidamente, uno a uno. El primero, pintado de un color de chocolate claro, con un perrito en la cubierta, le pareció pequeño. El segundo, excesivamente grande. El otro, de un tamaño intermedio, no le gustó por el color, un marrón oscuro, sin dibujo.

—Este mismo tamaño, pero más claro—dijo al dependiente señalando al tercero.

El dependiente descolgó otro del mismo tamaño, en verde claro, con un patito blanco pintado en la cubierta.

—Sí. Está bien. Creo que éste le gustará.

—¿Cuántos años tiene?

—Siete, una chiquilla.

—Sí. Entonces está bien.

Luis sonrió y volvió a mirar a los bastidores.

—Trae también un bastidor y una caja de lápices de color. Ya voy a llevarme el completo.

Luis abrió el cabás y metió en él la caja de lápices. El bastidor no cabía.

—A ver si tienes otro más pequeño.

—Es que va a ser demasiado pequeño.

—Bueno, déjalo. Tendrá que llevarlo en la mano.

—Traiga que se lo envuelvo.

El dependiente colocó el cabás y el bastidor sobre un pliego de papel de estraza, lo dobló perfectamente y lo sujetó con una cuerda. Despidió a Luis en la puerta de la papelería.

—Mal tiempo, ¿eh?

Luis estaba ya andando, con el paquete bajo el brazo, dentro de la peliiza.

III

Llegó a su casa con las hombreras de la peliiza y la boina cubiertas de copos de nieve. Se buscó la llave inútilmente por los bolsillos y, al final, tuvo que golpear el llamador. Salió a abrirle su mujer. Pasaron a la cocina y Luis dejó el paquete encima de la mesa.

—¿Qué traes ahí?

—Nada, unas cosas para Tere. Como tú no se los quieres comprar...

La mujer se puso a abrir el paquete con una cara de circunstancias.

—A ti te da todo lo mismo. Después, si no hay, soy yo la que tengo que saber cómo me las arreglo.

—¿Dónde está?

—He tenido que acostarla hace un momento. Está un poco...

—¿Qué le pasa?

—Me ha dicho que le dolía un poco la cabeza. Seguramente ha cogido frío. Ha estado toda la tarde en la calle.

Luis pasó a la habitación de la niña. Dio la luz y fue a sentarse en el borde de la cama. La niña, al parecer, estaba durmiendo. Luis le puso una mano en la frente y le tomó el pulso con la otra, sujetándole la muñeca. Bajo las mantas, el cuerpo de la niña se estremecía en continuas sacudidas. Luis mantuvo su mano sobre la frente, y al retirarla, movió la cabeza con un signo de abatimiento. La niña abrió unos ojos vagos, terriblemente extraños, en los que le flotaba nebulosamente, sin sitio, una mirada perdida. El hombre, asustado, cogió entre sus manos la cara de la niña, y al separarlas, vio en las mejillas unas manchas rojizas que tenían la forma de los dedos. La niña comenzó a hablar:

—No. Déjame... Tonto... Ya verás mi papá. ¡Papá! Trae mi cabá...

Dijo dos o tres palabras más, y sacó los brazos por encima de la colcha.

—Pero, hija, si soy yo. Si estoy aquí, contigo. ¿No me ves? Si soy papá...

La niña volvió a meter los brazos como convulsionada y se quedó inmóvil con la cabeza doblada sobre la almohada y un extraño parpadeo en los ojos. En aquel momento entró la madre con el cabás, el bastidor y la caja de lápices de color.

—Está durmiendo, ¿no?

Luis no contestó, absorto en la mirada perdida de la niña, en los acelerones del pulso, en la respiración precipitada y sorda, en el color grisáceo de la piel.

—Pero ¿qué pasa?

La niña empezó a dar arcadas y quiso incorporarse.

—Cógela, voy por la palangana.

La mujer volvió al segundo con una toalla y la palangana. Luis mantenía sentada a la niña, con una mano en la nuca y la otra bajo la barbilla. La mujer acercó la palangana. Las sacudidas se hacían cada vez más bruscas. Esperaron durante unos segundos y Luis notó, bajo su mano, que la nuca de la niña se doblaba con dificultad, que estaba casi rígida. Al fin, la niña devolvió un líquido verdoso, muy espeso. La acostaron y se quedó más tranquila.

—Deben ser bilis—dijo la madre.

—No sé, no sé. Esto me da mala espina. Voy a llamar al médico.

Cogió la anguarina y salió.

A las nueve sonaron las campanadas largas del toque de ánimas. A las nueve en punto salió de su casa el sereno de noche; a las nueve y cinco pasó por la casa del cura y a las nueve y diez llegó al Ayuntamiento. En el Ayuntamiento no había nadie. El día se había marchado cinco minutos antes dejando el capote y la gorra colgados de una percha, en el cuarto de la izquierda. El cuarto de la izquierda, en la planta baja del edificio consistorial, era el cuarto de los alguaciles, de los serenos, de los alcabaleros y de las llaves. Las llaves colgaban en manojo en la pared de la derecha. En el centro había una mesa y un sillón. Pegadas a las paredes, tres sillas y una percha. En el rincón del fondo ardía una estufa de latón.

El sereno de noche vació en la estufa un cubo de serrín y la estufa soltó una bocanada de humo gris que le obligó a abrir la puerta y la ventana. Cuando se pasó, cerró la puerta y se puso a mirar por la ventana. Copos enormes de nieve venían a romperse contra los cristales turbios de un vaho espeso y blanquecino. La percha caía a la altura de la ventana. El sereno cambió la boina por la gorra. La gorra tenía en la visera dos iniciales en chapa dorada, una G y una M que querían decir guardia municipal. El capote tenía un color pardo, indefinido. La estufa tiraba bien, y el sereno, hundido en el sillón, se puso a descabezar el primer sueño.

A las diez y media abandonó el Ayuntamiento y salió a dar una vuelta por el pueblo, por si acaso. Subió y bajó por la calle Real y se detuvo en la esquina de la casa del cura. En una habitación de arriba vio la luz encendida. La noche era de perros. Seguía nevando y la nieve se metía por los ojos y congelaba hasta los huesos. Se subió las solapas del capote con la cabeza hundida entre los



hombros y echó a andar de vuelta al Ayuntamiento. No vio a nadie. Ocho o diez bombillas encendidas abocetaban la silueta larga y postrada del pueblo.

A la altura de Correos se dio de boca con los últimos clientes de la taberna del Tuerto. Eran siempre los mismos. El Tuerto apuraba los escasos jornales del invierno a base de truques y de litros.

—Mala noche, amigo—dijo uno de los clientes.

—Mala noche para cantar el serenoooo...

—Anda, que la nochecita...—oyó a su vecino Facó, el barbero.

El sereno de noche permaneció en la esquina de Correos hasta que los clientes del Tuerto doblaron la fachada del cura. El último caminaba a

traspíes, con los brazos caídos y la cabeza ladeada. Se detuvo en la portada de El Brillante y recostó la cabeza sobre el codo apoyándose en el canto de la tapia. El sereno de noche lo observó mientras orinaba tranquilamente. Dio dos ó tres pasos y estuvo a punto de llamarle la atención. Probablemente estaría borracho y, en fin de cuentas, sólo lo había visto él. Del otro lado de la calle llegó una voz:

—¡Chicooo!

El borracho se despegó de la portada y echó a andar por mitad de la calle.

—Ir andando. Ya voy yo.

—Cuando el borracho dobló la casa del cura el

sereno dio media vuelta y atravesó la plaza. La nieve había formado ya una capa de algunos centímetros, y bajo las bombillas del quiosco de los músicos la luz dibujaba círculos blanquecinos y grises.

IV

La estufa de latón estaba al rojo. El serrín despedía un olor picante y el sereno terminó por carraspear. Dobló la solapa del capote y volvió a hundirse en el sillón. Mientras dormía, la frente se le llenó de arrugas, en un sueño difícil. A la media hora creyó oír unos golpes en la puerta, después en la ventana. No consiguió despegar los ojos y volvió a dormirse. Por fin una mano giró el picaporte y abrió la puerta. Levantó la cabeza y vio frente a él un hombre con los nudillos apoyados en la mesa. La luz le dio de golpe en los ojos y tuvo que restregárselos.

—¿Qué hay?

El hombre permaneció en pie, sin moverse, con la cara cruzada por un ramalazo de terror. El sereno se incorporó. Volvió a mirar al hombre, reconociéndole, y se le ahondaron aún más las arrugas de la frente.

—Vamos. Hay que avisar al médico—dijo el hombre.

—¿Qué pasa? La chica, ¿no?

—Sí. No sé, vamos. La otra vez...

El sereno apagó la luz del cuarto, y una vez fuera los dos, cerró también la puerta. El hombre llevaba una anguarina de paño marrón. Nevaba cada vez con más ganas y la capa de nieve, en la plaza, había ganado altura. El chalet del médico caía en un ala del pueblo y tenía un jardincillo delante encuadrado por una alamporada. Al abandonar los soportales una bocanada de aire frío les recorrió la sangre. Bajaron la escalinata de la fuente y siguieron calle arriba. El sereno sacó la linterna y la encendió enfocándola hacia el suelo para no resbalar contra el bordillo. En la acera de la derecha había ya practicada una pequeña pista y los dos hombres caminaron en fila india. El sereno, que alumbraba delante con la linterna, se volvió para romper el silencio.

—Lo de la otra vez, ¿no?

—Sí, lo mismo. Pero esta vez, no sé. Creo que está peor.

—¿No la llevasteis a Madrid...?

—Sí; este verano. Pero ya sabes... Lo de siempre. Que no era nada de cuidado; medicinas, y que con el crecer se le pasaría. Claro que estos meses estaba tan bien, que quién iba a esperar lo de esta noche.

El hombre caminaba encorvado detrás del sereno con las manos en los bolsos delanteros de la anguarina y los ojos clavados en el chorro de luz de la linterna. La luz de la linterna avanzaba en zigzag como una mancha redonda y rosa sobre la capa de nieve. La calle desembocó perpendicularmente en otra más ancha y torcieron a la derecha. La nieve caía oscura, imperceptible, y a la altura de las bombillas, bajo los aleros, formaba espesos remolinos blancos. Había desaparecido la pista y los hombres avanzaban de prisa, pegados a los muros y asíndose de vez en cuando al enrejado de las ventanas. Al contacto de las manos y la humedad se desprendían de las paredes trozos de cal y yeso que iban a caer sobre la nieve. El empedrado de la acera era muy irregular y el andar se hizo cada vez más difícil. Frente a la casa del veterinario, el reloj de la parroquia dio la una. Por fin desembarcaron en la carracera, frente al chalet del médico. Un farolillo sobre la puerta alumbraba los macizos redondos del pequeño jardín de entrada. El sereno empujó la verja y golpeó los cristales de la ventana. Una voz llegó desde dentro hasta el hombre.

—Un momento. Voy en seguida.

Los hombres se miraron en silencio y esperaron unos minutos. Oyeron correr el cerrojo de la puerta y se adelantaron hasta el cerquillo. El médico apareció embutido en un albornoz.

—Pasen, por favor.

Pasaron y el médico cerró la puerta detrás de ellos.

—¡Vaya nochecita!

El sereno sacudió la nieve de la gorra sobre las rodillas. El hombre quiso hablar, pero el médico se le quedó mirando y se le adelantó.

—La pequeña, ¿no? ¿Qué le ocurre?

—Lo de este verano. Está otra vez igual. Pero ahora...

—Vaya, hombre. No se preocupe. Pásese por la farmacia y llévese dos ampollas de suero.

El médico sacó una libreta y se puso a hacerle la receta.

—Tome; ya verá como esto no es nada. Avise también al practicante. En más casas nuevas, ¿no?

—Sí; detrás de las Monjas.

—Estoy allí en seguida.

En la puerta le dio una palmadita en la espalda:

—Sí, sí. Ya verá como esto no es nada.

V

La farmacia quedaba en la misma calle, casi en el centro del pueblo.

—Yo puedo avisar al practicante—dijo el sereno—. Me coge al paso.

Luis se lo agradeció.

—Bueno, que no sea nada.

—Dios lo quiera. Gracias.

En la carretera asfaltada la nieve cuajaba más difícilmente y era posible andar con menos precauciones. Luis bajó por medio de la calzada, y en un momento estuvo frente a la farmacéutica. Le alargó la receta y la señorita rubia salió inmediatamente con las dos ampollas y unas gomas.

—¿Para quién son?

—Para una niña.

—¿Su hija?

—Sí.

—Bien, está bien. Estas valen...

Junto a la iglesia resbaló y estuvo a punto de caer. Tuvo que apoyarse en el pretil con la mano libre, porque la nieve se iba amontonando en la acera y había borrado ya la línea del bordillo.

Su mujer seguía en la habitación, sobre la cabecera de la niña. Luis entró con las ampollas y se quitó la anguarina chorreando nieve.

—¿Cómo está?

—Ahora parece que está más tranquila. Pero me he llevado un susto hace un momento.

—¿Qué ha pasado?

—No, nada. Ha devuelto otra vez y después se me ha quedado como muerta. Yo creo que debe ser el vientre. No hacía más que quejarse y llevarse las manos. ¡Dios mío...!

La niña seguía inmóvil, boca arriba, con los ojos cerrados. Su piel, de un color rosa pálido, tenía una maravillosa tersura. De repente, la respiración se hizo más violenta, más rápida, y una especie de escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Después permaneció postrada y los ojos volvieron a abrirse fijos en la luz de la lamparilla.

—¿Y el médico?

—Ahora viene.

El cuarto estaba en penumbra, casi a oscuras. La mujer envolvió la bombilla en un papel rojo de celofán y las paredes enjabelgadas se llenaron de sombras. La cómoda, el espejo de marco dorado, el crucifijo, la muñeca, las litografías de la Sagrada Familia y de San José se reflejaban borrosamente en el cielo raso y en los ángulos de la alcoba. La nieve seguía amontonándose en el poyo de la ventana. El hombre y la mujer esperaron, sentados a la cabecera, la llegada del médico y del practicante. De vez en cuando un ¡Dios mío! de la mujer llenaba todo el silencio. Encima de la mesilla esperaban las inyecciones. El hombre y la mujer empezaron a impacientarse.

—Sí, mujer. Me ha dicho que venía en seguida.

—¿Y el practicante?

—Ya lo ha avisado el sereno. No creo que tarde.

Luis cogió la muñeca de la niña. Tardó un momento hasta dar con el latido cada vez más débil, más espaciado. La fiebre había desaparecido. Comenzaron otra vez las convulsiones, cada vez más bruscas, más prolongadas. La niña respiraba con una enorme dificultad. Dijo unas cuantas palabras ininteligibles y quiso incorporarse. Su madre le pasó el brazo por detrás de la nuca y la cola de caballo le colgó un momento sobre la almohada. Volvió a caer de lado, con los ojos inmóviles mirando hacia la cómoda.

El hombre y la mujer sólo tuvieron tiempo de abrazarse, de cambiar su dolor en una palabra muerta.

—¡Hija...!

Entró el médico. Un minuto después, el practicante. El médico bajó la cabeza abatido y no pudo decir nada. El practicante, dijo:

—Lo siento.

En la ventana había cada vez más nieve. Encima de la cómoda estaban el bastidor, la caja de lápices de color y el cabás con un patito blanco pintado en la cubierta gris claro. Las inyecciones esperaban en la mesilla.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

INTRODUCCION A LOS MEDIOS DE DIFUSION

Por E. Emery, P. H. Ault y W. K. Agee

TRES especialistas han reunido sus esfuerzos y su competencia para escribir un interesante libro — "Introduction to Mass Communications"—, en el que se condensan y sistematizan todas las cuestiones referentes a los medios de difusión en general y particularmente en los Estados Unidos. Tema de candente actualidad y de importancia vital en la existencia de los Estados modernos, nuestra obra de esta semana abarca todos los aspectos, desde los meramente históricos a los de carácter técnico y especializado, aunque ello lo haga en un lenguaje ameno y al alcance común. Se trata de un libro que interesa a cualquiera, pues los ya avezados en este terreno dispondrán de una síntesis sugeridora de nuevas ideas y para los profanos se les abre con su lectura toda una serie de horizontes nuevos que ellos ni imaginaban en las horas que dedicaban a leer su periódico habitual o a contemplar tranquilamente las emisiones de televisión. Para nuestro trabajo de presentación hemos seleccionado las ideas del capítulo dedicado a la propiedad de los medios de difusión, aunque ésta sea sólo una de las muchas cuestiones que en el libro se abordan.

EMERY (Edwin): «Introduction to Mass Communications» (en colaboración con Philip H. Ault y Warren K. Agee.) Dodd, Mead and Company. Nueva York, 1960.—438 páginas. 5 dólares.

LOS periódicos, la radio y la televisión se han convertido en los Estados Unidos en unos medios de difusión de uso casi universal. Nueve de cada diez americanos leen de manera regular y diaria un periódico. Entre los que no los leen, una gran mayoría adquiere un semanario. Radios hay en un 97 por 100 de los hogares, y aparatos de televisión, en un 86. Esto quiere decir que la población adulta estadounidense se encuentra muy próxima al cien por cien en todos estos terrenos.

LOS HOGARES, INVADIDOS POR EL PERIÓDICO, LA RADIO Y EL CINE

La lectura de revistas no está muy lejana de estas proporciones. Las investigaciones disponibles realizadas a este respecto revelan que de un 60 a 70 por 100 leen regularmente alguna de esta clase de publicaciones de manera regular. Aproximadamente un 50 por 100 de los americanos consultados han afirmado que vieron una película por lo menos durante el mes anterior a la pregunta, y una cuarta parte había estado una o más veces por semana. Solamente un 25 por 100 había leído un libro el mes anterior, y la lectura de obras librespas se estima que corresponde a un 30 por 100 de la población adulta norteamericana.

Estas cifras son todo un tributo y también al mismo tiempo un desafío para los medios de difusión. Lo primero que ellas revelan de una manera inequívoca es el apoyo prestado por las grandes masas a esta clase de entretenimientos o servicios. Ahora bien, también plantea inmediatamente toda una serie de problemas para todos aquellos que preparan publicaciones, programas o películas para grandes masas con intereses diversos y con intenciones varias en sus gustos en el leer, ver o escuchar. Un simple periódico, una estación de radio o de televisión puede atender a toda una comunidad. La red de programas de radio o de televisión trata de conseguir la aceptación de decenas de millares de hogares. Las revistas de amplitud nacional poseen tiradas de varios millones de ejemplares. La película de éxito y el libro «best-seller» constituyen las esperanzas de sus casas productoras y editoras. Aunque es cierto que determinados organismos de esta clase de elementos —particularmente las revistas, películas y libros— se encaminan a atender pequeños y compactos círculos, la tendencia general más característica es la de aumentar lo más posible el número de espectadores u oyentes, buscando para ellos el más amplio denominador común.

Los 1.750 periódicos diarios dan una tirada total conjunta de unos 58.500.000 ejemplares semanales, y los 555 periódicos dominicales suman 49.000.000. A estas cifras hay que agregar los 18.000.000 de ejemplares de los semanarios. Los sondeos realizados indican que el lector habitual dedica de veinticinco a treinta y cinco minutos a su periódico, es decir, un minuto por página. Ahora bien, se trata de una clase especial dentro de un círculo heterogéneo. Este hombre selecciona los artículos según su interés particular, los anuncios que llaman su atención y las fotografías que le dicen algo rápidamente. El director puede atraerle con una cuarta parte de lo que publica en un diario típico, que por otra parte no alcanza más que a un 4 por 100 de sus lectores, y también con otra cuarta parte, que es leída por lo menos por un 30 por 100 de la masa de posibles lectores. Una serie de trabajos e investigaciones realizadas por la Advertising Research Foundation descubrió que los hombres leen por término medio un 14 por 100 de lo que aparece en un periódico diario y las mujeres un 11. Ningún artículo o información ha conseguido obtener una aceptación superior al 90 por 100.

En una gran mayoría de ciudades y lugares donde se editan periódicos y semanarios todo el mundo lee el mismo periódico. No ocurre lo mismo en la radio y la televisión, donde la posibilidad de elección es mucho mayor, tanto más si se tienen en cuenta la existencia de 3.526 estaciones de radio y de 522 de televisión; 164.000.000 de aparatos de radio y 48.000.000 de receptores de televisión. Puede decirse que una familia normal dedica a la radio aproximadamente dos horas y media diarias y que contempla la televisión durante cinco y media. Los programas de aceptación reducida no pueden ser utilizados excesivamente si no se quiere correr el riesgo de aburrir y perder una gran parte de los espectadores y oyentes.

LAS PREFERENCIAS POR LOS MEDIOS DE DIFUSION

Aproximadamente se editan en los Estados Unidos unas 8.000 publicaciones periódicas cuya tirada total y conjunta es de más de 400.000.000 de ejemplares. De estas publicaciones, unas 600 se clasifican entre las de interés general y el resto atiende sólo a círculos restringidos. Cincuenta de ellas disponen de una tirada de un millón o más; algunas alcanzan los 12 ó 13 millones. Mil editoras lanzan al mercado más de 800.000.000 de libros y determinados "best-seller" consiguen una venta del millón e incluso de más. Las revistas de interés general y las editoras de gran difusión tropiezan con los mismos problemas que los diarios, la radio, la televisión y el cine, es decir, los que le originan el atender a círculos de gran amplitud con deseos e intereses diversos.

Una investigación realizada sobre todo el ámbito nacional por el "Survey Research Center", de la Universidad de Michigan, patrocinada por la "National Association of Science Writers" en 1957 y al mismo tiempo dentro de los trabajos sobre técnica periodística llevados a cabo por el profesor Hillier Kriegbaum de la Universidad de Nueva York, reveló las preferencias de las grandes masas sobre los medios de difusión.

Requeridos sobre cuál era su medio favorito para el conocimiento de las noticias, los interrogados dieron el siguiente porcentaje: un 57 por 100, los periódicos; un 22 por 100, la televisión; un 16 por 100, la radio; las revistas, un 4 por 100.

Por lo que respecta a la pregunta sobre cuál era su medio favorito para conocer noticias científicas, la proporción era la siguiente: los periódicos, un 34 por 100; la televisión, un 22 por 100; las revistas, un 21 por 100, y la radio, un 3 por 100. En este campo especializado las revistas ofrecen la ventaja de poder dar una mayor amplitud a las noticias.

De todos modos la proporción variaba sensiblemente cuando se preguntaba cuál era su medio de distracción favorito. He aquí los porcentajes: la televisión, un 74 por 100; la radio, un 14 por 100; las revistas, un 6 por 100; los periódicos un 5 por 100. La investigación confirmaba lo que ya conocían las industrias de los medios de difusión, es decir, que la televisión se ha colocado a la cabeza de los medios de entretenimiento.

EL MONOPOLIO DE LOS MEDIOS DE DIFUSION

Una de las principales críticas surgidas durante los últimos años respecto a los medios de difusión ha sido la tendencia creciente a que éstos sean controlados cada vez por grupos más reducidos. Los periódicos se defienden difícilmente contra la maniobra de concentración de la Prensa y orientaciones similares se revelan en los otros medios de difusión, tanto más cuanto que todos ellos se desenvuelven en una sociedad alentadora de la producción en gran masa.

En este libro puede observarse la evolución experimentada por los periódicos a este respecto, pero por el momento señalaremos algunos datos desde el punto de vista histórico. En 1880, cuando comenzó a desarrollarse una nueva era periodística, existían unos 850 diarios en lengua inglesa en los Estados Unidos. Este número había saltado a 1.967 en 1900 y alcanzaba la cumbre de 2.200 en 1910. En 1930, había 1.942. La cifra más baja se logró en 1945, con 1.744, antes de que un proceso estabilizador llevase nuevamente al número de 1.750, cifra que su superaría luego ligeramente.

El número de periódicos de una sola ciudad aumentó constantemente y en 1920 constituyó un 40 por 100 del total. Continuó esta marcha ascendente posteriormente, siendo de 71 por 100 en 1930 y de un 82 por 100 en 1960. El número de ciudades con más de un solo diario, pero con un solo propietario, era insignificante hasta 1920, pero alcanzó un 13 por 100 de la totalidad en 1960. Esto quiere decir que solamente 65 ciudades, o sea, poco menos del 5 por 100, dispone de periódicos que se hacen la competencia, cifra muy inferior a la de 1930, que era de un 20 por 100 y sobre todo a la de principios de siglo, representada por un 60. Las revistas semanales locales llegaron a 11.800 en 1910, descendiendo a 8.500 en 1960, siendo sólo de un 5 por 100 las revistas que tienen enfrente un competidor.

La mayoría de las ciudades tienen en 1960 más diarios que en 1910, 1.450 frente a 1.207. Por otra parte, la circulación ha saltado de 24 millones a 58 millo-

nes y medio de ejemplares, un incremento que registra el aumento de población. Esto no quita para que haya un total de 450 diarios menos y que la elección sea mucho más reducida en las grandes ciudades, que disponían de una gran variedad de publicaciones hace medio siglo. En cuatro de cada cinco ciudades no existe elección en absoluto para un periódico local. En 19 de cada 20 no hay empresas periodísticas que se hagan la competencia. La diversidad de puntos de vista hay que ir a buscarla en periódicos de otra ciudad o en las revistas, los libros, la radio, la televisión, el cine o cualquier otra actividad cultural.

La propiedad asociada de los periódicos ha sido un tema muy discutido. Se considera que existe un grupo o cadena cuando dos o más periódicos que se publican en diferentes ciudades son editados por el mismo propietario. En 1900, cuando "Scripts and Hearst" organizaban sus grupos, existían ocho organizaciones de este tipo en el país, las cuales controlaban un 10 por 100 de las publicaciones diarias. En 1935 había 63 grupos, controlando un 41 por 100 de la circulación diaria y un 51 por 100 de las publicaciones de carácter dominical. Este año dio la máxima potencia para la cadena nacional dependiente de «Hears and Scripps-Howard». Los 26 periódicos diarios de Hearst significaban un 13,6 por 100 de la circulación nacional de diarios y un 17 por 100 de las ediciones dominicales.

En 1960 existen más grupos registrados, entre otras cosas porque existen mejores posibilidades para la propiedad de periódicos. Los 95 grupos conocidos controlan aproximadamente 500 diarios, lo que representa un 45 por 100 de las publicaciones diarias y un 54 por 100 de las dominicales. El predominio de los Hears ha experimentado un marcado retroceso, aunque todavía disponga de 15 diarios, que representan un 7,8 por 100 de la circulación diaria y ediciones dominicales con el 12 por 100 de la totalidad de esta clase. El grupo "Patterson-MacCormick" (con el «Daily News» de Nueva York y el «Tribunes» y el «American» de Chicago) dispone de un 5,8 por 100 de la circulación diaria y un 11 por 100 de las publicaciones dominicales. Los «Scripps-Howard» cuenta con el mayor número de diarios, 19, lo que quiere decir que cuentan con 5,2 por 100 de las tiradas diarias, y sus siete suplementos dominicales constituyen un 3,4 por 100.

Un grupo ascendente es el de "Samuel Newhouse", que ha agregado el «Globe-Democrat» de St. Louis el «Oregonian» de Portland y el «News» de Birmingham a sus anteriores propiedades en Long Island (Nueva York), Siracusa y de Nueva Jersey. Sus 13 diarios representan un 3 por 100 de la totalidad de la circulación diaria y un 4,4 por 100 de las ediciones dominicales.

En números redondos, los grupos propietarios principales ofrecen el siguiente cuadro: Hearst, 4.440.000 ejemplares de diarios y 5.700.000 de dominicales; Patterson MacCormick, 3.400.000 diarios y 5.250.000 dominicales; Scripps-Howard, 3.000.000 diarios y 1.650.000 dominicales; Newhouse, 1.650.000 diarios y 2.000.000 dominicales.

Si la gran concentración de la Prensa diaria, con la consiguiente falta de competencia, parece la característica de la industria periodística (aunque el periódico medio tenga sólo una tirada de 10.000 ejemplares), esta misma tendencia parece ser la norma general para todos los otros medios de difusión. Continuando todavía en el medio periodístico, puede decirse que diez grandes firmas dominan este campo y que dos de ellas, la «Times Inc» y la «Curtis Publishing Company», reciben más del 40 por 100 del dinero invertido en la publicidad de las grandes revistas de interés general. Muy cerca de ellas se encuentran las revistas dependientes del grupo «Hearst», que dispone de un número mayor de publicaciones y también el «Reader Digest», cuya tirada es de 12.000.000 en los Estados Unidos y 11.000.000 en el extranjero.

Dentro de las revistas más influyentes del país, la «Times Inc», controla «Life» y «Time»; la «Curtis», el «Saturday Evening Post» y «Ladies Home Journal»; Cowles dispone de «Look»; «McCall Corporation», de McCall, y los «Hearst de Good House Keeping, Newsweek», «U. S. News & World Report» y, finalmente, es independiente el «New Yorker». El número de grandes competidores tiende a declinar en todos los campos periodísticos y los lectores disponen sólo de dos a cuatro alternativas en las revistas de interés general, en las femeninas o en las de gran calidad.

Todo el mundo sabe que la radio y la televisión establecieron en seguida redes de funcionamiento. Según ciertas disposiciones legales nadie puede ser propietario de más de cinco estaciones de televisión, de 13 de radio. De acuerdo con ello las cuatro principales redes son propietarias solamente de 19 estaciones de radio y de 16 de televisión. Ahora bien, las estaciones asociadas con ellas por contrato eran en el campo de la radio de 228 en 1934, de 702 en 1944 y de 1.334 en 1953. Prácticamente todas las radios funcionan más o menos asociadas con otras.

La ascendencia conseguida por la televisión en 1940 originó un descenso para los programas radiofónicos y con la consiguiente disminución de la influencia de la radio, pero existían todavía en 1959 1.135 estaciones asociadas con las grandes redes nacionales. Algo completamente semejante ocurre con la televisión y también con el cine y en la publicación de libros. En esto último se estima que solamente doce firmas controlan dos terceras partes de la publicación librea anual.

Ocho grandes casas cinematográficas han dominado el mercado cinematográfico, produciendo un 80 por 100 y distribuyendo un 95 por 100 de las películas que llegan al público, esto ocurre a pesar de los esfuerzos realizados por diversos artistas para romper estos monopolios y de la competencia de la televisión.

Respecto de las agencias de noticias lo mismo puede decirse. Los periódicos sólo tienen una doble alternativa, la de la «Associated Press» o la de la «United Press». Una cosa pasa con las firmas distribuidoras de diverso material periodístico, tal como historietas, reportajes, dibujos, chistes, etc. En el mundo de la publicidad un pequeño número de los cientos de agencias publicitarias son los que realmente controlan los anuncios en los grandes periódicos, estaciones de radio y televisión, etc.

CALIDAD Y DIVERSIDAD EN PELIGRO

Esta tendencia hacia el dominio absoluto de los medios de difusión no ha dejado de provocar numerosas críticas. Se acusa en primer lugar a los periódicos de falta de diversidad y las censuras caen principalmente sobre la página editorial. La tendencia de convertirse en Prensa de partido único durante las grandes campañas electorales no deja de plantear gran número de dificultades a los directores de periódicos, que no pueden reflejar todas las opiniones existentes. Algunos críticos dan una excesiva importancia, según nuestra opinión, al poder de la Prensa para controlar el voto.

La calidad de todos estos medios de difusión ha sido criticada desde los siguientes aspectos: por dar una mayor importancia a la distracción que a la información; por su propensión al sensacionalismo a costa de una auténtica divulgación; por la insuficiencia de interpretación y por la repugnancia a dirigir la opinión; por la falta de calidad y cantidad del contenido de los medios en las pequeñas comunidades y por el mal gusto y la falta de finalidad social de la publicidad. La Comisión para la libertad de la Prensa hizo un concienzudo estudio sobre todos estos problemas en 1947.

A nadie se le escapa que los medios de difusión no son agentes que se vean libres, ni son capaces de comportarse en su programa y actividades como ellos desearan. Existe determinados sectores de la sociedad que ejercen una fuerte presión social y económica sobre ellos. Las presiones son ejercidas por grupos o individuos que tratan de marcar determinadas directrices. Por otra parte, todos los medios necesitan obtener ganancias si desean sobrevivir y por ello las presiones económicas para dirigir el interés hacia determinados espectáculos o actividades, es algo harto elocuente. Finalmente, existe también la ingerencia gubernamental, junto con la de los hombres de negocios.

La presión económica es algo inevitable. La competencia para ventas y publicidad es intensísima, no sólo entre los medios de una misma especialidad, sino también entre los de clases diferentes. En cada uno de los medios debe haber un equilibrio entre lo que ha sido hecho y lo que se puede hacer si el producto o servicio cuenta con un valor de venta y con un apoyo público adecuado. Sin un número razonable de lectores o espectadores, un periódico o una estación de televisión no puede disponer de publicidad.

Tampoco puede existir ningún periódico o estación de televisión, película o libro, por bueno que sea socialmente si no dispone más que del dinero que recibe directamente de lectores o espectadores. La mayor parte de las empresas independientes subsisten difícilmente y con pequeños márgenes de beneficios. Incluso un gran periódico como el «New York Times» saca un beneficio tan pequeño como 1.500.000 dólares de un valor bruto anual de 86.000.000. Todos los libros publicados representan siempre un riesgo, salvo los «best-sellers», y muchos de estos riesgos pueden llevar a la bancarrota. La calidad de las revistas significa en muchos casos su desaparición.

La influencia de la publicidad en los periódicos se revelan por algunas cifras que demuestran, además, su creciente control sobre los medios de difusión. Según éstos, los periódicos han obtenido en las tres décadas siguientes a 1931, del 30 al 35 por 100 de todos los gastos publicitarios del país. En 1958, la cifra exacta era de un 31 por 100. Las revistas comenzaron con un 8,4 por 100 del total, llegaron al 13,8 en 1946 y descendieron al 7,4 en 1958. La radio se inició con un 4 por 100, aumentó a un 15,7 en 1946 y bajó un 6 por 100 en 1958. La televisión ha alcanzado un 13,2 por 100 de todos los gastos publicitarios.

Las restantes categorías han descendido del 54,6 al 42,4 desde 1931. En dólares los cuatro grandes medios de difusión habían obtenido las siguientes sumas en 1959: los periódicos, 3,4 mil millones; la televisión, 1,5 mil millones; las revistas, 850 millones, y la radio, 650 millones. Esto quiere decir, desde otro aspecto, que los periódicos reciben un 75 por 100 su publicidad de fuentes locales; la radio un 80; la televisión un 20. Las revistas no disponen prácticamente de anuncios locales, aunque algunas de ellas hagan ediciones locales para explotar el mercado regional.

*Recibirá todas las semanas
en su domicilio*

EL ESPAÑOL

Si envía su dirección a

AVENIDA DEL GENERALISIMO, 39.-MADRID



"MISERERE EN LA TUMBA DE R. N."

JOSE LUIS PRADO NOGUEIRA, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

AQUI, tres metros más arriba,
[tu hijo
sexto te reconstruye y te advina.

Esto dicen unos versos de libro «Miserere en la tumba de R. N.», un largo y apasionado poema escrito por José Luis Prado Nogueira. La obra, ganadora del último Premio Nacional de Literatura y del «Ciudad de Barcelona» de Poesía, es un recuento del alma del poeta ante la tumba de su madre.

Hay tres metros de tierra y el [divorcio, dice el escritor. Pero ¿qué significan estos tres metros de tierra? ¿En ellos está la desaparición total del ser humano? ¿Qué es la muerte? ¿Una liberación, un paso a un mundo donde la vida tiene otro sentido más hondo? ¿O acaso la muerte es un absurdo inexplicable, una condena terrible cuyo significado último se nos oculta? El poema termina con esta petición a la esperanza, con este reclamo de claridad:

¡Eh!, tú, Quien seas; Tú Vigia.
[apídate
de todos éstos y de mí. Que nunca
[ca se
quede el hombre sin saber qué ha
[sido
tanto amor, tanto anhelo y tanta
[gloria.

Nos encontramos, por tanto, cuando abrimos este libro con un tema de todos los tiempos —el de la Muerte y su sentido—, pero de especial vigencia literaria en estos

momentos. Prado Nogueira ha sabido acercarse a un asunto, a una motivación que está acuciante en el hombre, porque la muerte es nuestro pan de cada día. No se trata, de todos modos, de morir, sino de saber qué trascendencia o qué total ruina y destrucción pueda ser esto de nuestra textura mortal. He aquí una encarnadura de nuestro ser que es ineludible y por eso asusta. Prado Nogueira ve, examina, pregunta sobre la muerte a través de un dolor tan eminente y permanente como es el de la desaparición de quien nos dió la vida. Hay en las páginas de «Miserere en la tumba de R. N.» emoción, entrañable angustia, un mensaje servido con un lirismo transparente, rápidamente inteligible, claro. Creo sinceramente que este libro merece la pena de ser leído.

Pero ¿quién es José Luis Prado Nogueira? Ciertamente no es un desconocido. No hace mucho aún se le podía localizar con cierta facilidad en el café Gijón. A raíz de la publicación de sus libros —«Testigo de excepción» «Oratorio de Guadarrama» y «Respuesta a Carmen»— se habló de él con insistencia. Después, hace unos tres años, Nogueira desapareció de Madrid y se fue a vivir esa aventura tan problemática y tan comprometedora a la vez que es la provincia. Ahora reside en el Norte, en Gijón —una ciudad donde hay humo, carbón, pesca-

do, alegría y sitio para todos—, a donde fue destinado con un alto cargo en la Comandancia de Marina de la ciudad. Allí vive con su familia.

UNA DEFINICION DE LA PROVINCIA A TRAVES DE LA EXPERIENCIA DE UN POETA

Visito, pues, a este poeta y marino que es José Luis Prado Nogueira en su residencia gijonesa. Vive en un piso de una calle cercana a la concha de la playa de San Lorenzo. Una calle que lleva el nombre precisamente de un oficial de la Marina española muerto en la guerra de Liberación: «Teniente Fournier». Cuatro pasos, el cruce de dos calzadas saliendo de su casa, y se puede encontrar uno ya frente a la bocanada salina del Cantábrico. Extremando la metáfora y cogiéndola un poco por los pelos, se podría decir que «las olas llegan azules a su puertan».

José Luis Prado Nogueira es un hombre alto, y no sería pecado ni cursilería decir que tiene una presencia cordial, amable, a la vez que una especie de ausencia elegante; se queda con frecuencia como metido en una pausa lejana, en mitad de las conversaciones, como buscando palabras o temas que vengan a cuento. Cuando me recibe por la tarde en un día gris y de frío está con su es-

posa, una mujer encantadora, juvenil y dos de sus cinco hijos. No hace muchas noches, en este mismo cuarto de estar familiar, recibieron la noticia por teléfono de la concesión del Premio Nacional de Literatura. Hubo nerviosismo, emoción entrañable. Quizá, y por paradoja, el más sereno, el más tranquilo y frío de todos haya sido el mismo poeta, abogado ya desde hace tiempo a estas sorpresas literarias. El teléfono, reclamado por voces desde muchos puntos de España, principalmente desde Madrid, sonó sin cesar hasta bien entrada la noche. Cerca de la madrugada el matrimonio Nogueira salió a tomar un café. En una cafetería de la calle Corrida, una especie de calle mayor provinciana, tuvo ocasión de hablar con ellos.

Ahora estamos frente a frente el poeta y el periodista. Y comenzamos a hablar por donde se comienza siempre en estos casos, este laberinto y cesto de cerezas sorprendente que es toda entrevista: por la situación del poeta. En este caso, por la situación de Prado Nogueira en la provincia. He ahí un tema quizá esquinado. Porque la provincia puede ser roria agobiante, exilio monótono o campo de labranza y creación. Depende del lado porque se tome la cosa. Con relación a Prado Nogueira creo que hay de todo. Aquí escribió su último libro y aquí prepara otro. Y aquí ha sentido nostalgia, mucha nostalgia de Madrid.

—¿Le hubiera gustado recibir el premio en Madrid?

—Pues, la verdad, sí. Yo siento nostalgia, mucha, de Madrid. En

Madrid he recibido muchas presiones y muchos compromisos creativos. Quizá sin Madrid yo no hubiera escrito, por lo menos en esta medida.

Le pregunto que si cree que la provincia condiciona o puede condicionar una producción literaria.

—Para los hombres de grandes reservas espirituales, un Machado, un Unamuno, por ejemplo, los condicionamientos provinciales no cuentan. Esas figuras pueden revelarse en todas partes. Pero para otros, no. Para otros, la provincia puede servir de tapón, de ahogo, por no encontrar en ella un nivel de estimulaciones espirituales suficiente. La creación necesita a veces resortes ajenos a la rmonotonía provinciana. Quizá el contacto con otros escritores, que siempre compromete al que es escritor con la propia obra sea una motivación fuerte. Quizá otro ritmo de vida espiritual. La realidad, además, termina siendo sabia consejera y, al final, resulta que a la capital se han ido la mayoría de los que tenían más almendra, más empuje.

Nos han puesto coñac. El poeta fuma. Recordamos algunos rasgos de sus primeros contactos literarios. Prado Nogueira nació en El Ferrol. En Bilbao cursó años de bachillerato. Más tarde estudió en la Escuela Naval. Haciendo el servicio militar en Madrid conoció, como compañero de milicia, a José García Nieto. Primeros contactos literarios. Tangencialmente tuvo relación con los del grupo de «Juventud Creadora», Nieto, Carcés, Pedro de Lorenzo, Revuelta...

—Esí ribí algunos artículos, pocos, en EL ESPAÑOL de la primera época. Juan Aparicio me

dió un libro de poemas para «Fantasia», la revista que, con EL ESPAÑOL fue una de sus grandes creaciones periodísticas.

—¿Y se publicó el libro?

—No. Yo no lo entregué. Tenía nada más que trabajos sueños. Y ahora me doy cuenta que el no haber entregado el libro fue un rasgo de sensatez por mi parte, porque carecía de madurez suficiente.

—Un crítico madrileño ha dicho últimamente que las generaciones literarias de la posguerra no han encontrado una continuidad suficiente, precisa. (Daba su alarma por esto.

—Creo lo contrario, es decir que no ha habido rotura, sino continuidad, y una continuidad fecunda. No hay mas que echar una ojeada sobre el panorama de las letras jóvenes españolas y ver lo que en ellas hay de ligazón son sus hermanos mayores. Ahora hay nombres jóvenes estupendos, valiosos, que pueden empalmar, con el camino iniciado por los «garcialasistas». Se podrían dar nombre, aunque no hace falta.

—Pero las preocupaciones son distintas...

—Quizá. Pero también es que han pasado años. Los garcialasistas, por ejemplo, salían de una guerra y se lo encontraron todo, o casi todo, por hacer. Menos en lo político, que ya estaba hecho, sólidamente orientado. Por eso había una cierta despreocupación en este aspecto, compensada por una preocupación literaria muy honda. Surgen en poesía, en novela, en teatro, los primeros nombres. Y ahí están. Yo creo que, naturalmente, por ser las circunstancias históricas distintas, los jóvenes de entonces éramos también



El poeta con su esposa y su hija, en un rincón del hogar familiar

distintos, quizá más despreocupados que los de ahora...

—¿Hay más responsabilidad en la juventud actual?

—Hay una responsabilidad de otro tipo. Pero, en líneas generales, sí; hay más responsabilidad en los jóvenes de ahora que en los de mi tiempo. Ahora la juventud se plantea problemas y preocupaciones a los que nosotros hemos llegado..., pero a los cuarenta años cumplidos. Yo admiro mucho a los jóvenes. Y entre los poetas jóvenes tengo estupendos amigos.

De los «garcilasistas» salieron nombres que ahora están en el candelero y que todos conocen. José Luis Prado Nogueira me habla de su afecto por García Nieto, por Pepe Hierro; de sus admiraciones por Celaya. Surgen otros nombres: Salomón, Alcántara. Y después Alfonso Canales, Rosales y varios más...

Una pausa. Un sorbo de coñac. Y otro cigarrillo. Y la rueda de contar cosas, de preguntar y responder sigue, con el autor de «Miserere en la tumba de R. N.».

POESIA SOCIAL, POESIA PURA Y POESIA IMPURA. REPASO A UNOS ARREPENTIMIENTOS DE PRADO NOGUEIRA

Terminada la carrera, Prado Nogueira salió hacia su primera madura experiencia («provincial»). En El Ferrol vivió ocho años ajeno totalmente a los quehaceres literarios y olvidando sus primeros juegos y contactos poéticos. A los ocho años volvió a Madrid.

—Y entonces me dio vergüenza. Los demás se habían comprometido profundamente con sus vocaciones literarias y su entrega era total y, además, fecunda. Me puse a escribir de nuevo.

Sale entonces «Testigo de excepción», «Oratorio de Guadarrama», «Respuesta a Carmen».

Le pregunto por estos libros. Por su opinión de ellos. Me reservo la mía. Pero Prado Nogueira tiene un especial pudor con respecto a su obra. Me dice que me debe interesar más mi opinión que la suya. «Testigo de excepción» es el asombro y la interrogante del poeta ante el hecho de la misma Creación; «Oratorio de Guadarrama», libro de singular singladura literaria, cien mil veces citado, es la visión de la vida familiar, sencilla y tierna; «Respuesta a Carmen», obra de estructura formal de cierto paralelismo con «Miserere...», es el amor de la mujer...

Hablamos de la poesía social y de sus consecuencias.

—¿Hay una poesía política?

—Sí, naturalmente. Algunos poetas «preconciben» la poesía desde determinados postulados políticos. Pero esto da origen a una poesía imperfecta, a una poesía impuri-

ficada. Habría que hablar de esto con más extensión...

Le interesa este tema. Un tema en el que se han metido, desde todos los ángulos, muchos confusionismos.

—¿Poesía política es poesía social?

—No; entre ambos términos hay diferencias de matices. Pero igual uno que otro producen lo mismo poéticamente: una poesía impurificada.

—Entonces, ¿qué es poesía pura? ¿Esa poesía no está ya rebasada por lo que tiene de ignorancia de los problemas del hombre?

—Naturalmente, al hablar de poesía pura no me refiero a lo que en poesía pudiera ser simplemente música. Me refiero a la que mana de la condición creacional del hombre. Es decir, del hombre en sí, ajeno a las circunstancias históricas, sociales y políticas, a las circunstancias doctrinarias. Me refiero a la poesía que trata de otras circunstancias más íntimas, como son el mismo asombroso hecho de la situación del hombre sobre la tierra, de su muerte, de su estructura metafísica. A los poetas sociales habría que rescatarlos «poéticamente», es decir, sacarlos para la otra poesía.

Bebe un sorbo de coñac. Elige las palabras y concluye:

—El poeta es un ser desnudo, requerido por su creación, ante la barbaridad o divinidad que es la vida. Lo que es capaz de acumular sobre su aventura existencia es lo importante. El poeta ha de descubrir, en resumen, el sentido de la vida, o, al menos, debe ser este sentido, en su incitación última, lo que atraiga su atención.

—Pero «Oratorio de Guadarrama» y «Respuesta a Carmen» son libros existenciales, no metafísicos...

—Esas notas existenciales son para mí pretextos para irme a otras preguntas más hondas.

UN LIBRO DE SONETOS; EL MOMENTO POETICO ESPAÑOL Y OTRO RECUERDO DE MADRID

Contra todos los pesares, suposiciones y prejuicios, la estancia en la provincia puede ser fecunda. Por lo que respecta a Prado Nogueira, lo ha sido, lo es. Aquí ha terminado su «Miserere...», publicado en la colección sevillana «Ibilibah», y está a punto de terminar —no se sabe cuándo se termina, dice el poeta— un libro de sonetos. Anda también en sus manos la idea de un guión cinematográfico.

Creo que nuestra proximidad geográfica y física al mar, y además la profesión de Prado Nogueira, hacen obligada la pregunta:

—¿El mar no ha sido nunca incitación para su poesía?

—El mar es un elemento metafórico en literatura. En torno a él hay una retórica falsa, explotada muchas veces. No creo que en la mar, como paisaje, se pueda entrañar en el hombre, ni comparar sus ataduras con las raíces que nacen en el hombre de su contacto primero con la tierra.

En esta idea contrapuesta de mar-tierra veo un poco la condición paisajista del galaico. En su mismo libro «Miserere...» el paisaje está repleto de incitaciones. En él se puede sumergir, en aluvión panteísta, lo que vive; en cada persona puede haber una sugerencia o potencia de paisaje. Recuerdo unos versos del libro:

Y no responderéis porque es mi madre el agua, y su rumor, porque, ciertismo, mi disgregada madre es esa arena que a cada instante a la creciente acumula esa ola y que esa ola es mi madre también, y yo mi madre. Porque es aún cierto que, al nacimiento, nacemos del caos universal donde ya estábamos ntebla profunda, colosal vagido, pretérito naciente sin reposo...

Nuevo recuerdo de Madrid. Viejos nombres; amistades de poetas, escritores.

—¿Echa de menos Madrid?

—Sí, mucho. Madrid es para mí muy importante, en el sentido de que allí he encontrado algunas cosas fundamentales y me ha dado el compromiso literario.

—Nogueira ¿se arrepiente de no ser un escritor profesional entregado exclusivamente a la tarea de escribir?

—Sí, me arrepiento. Me gustaría ser un hombre entregado totalmente a esto.

—¿Importa el nombre?

—Pues importa hacer algo que valga la pena.

Volvemos a la situación de la poesía en España.

—Está en un gran momento, en un momento muy bueno. ¿Nombres? Muchos. Voy a citar tres, porque citarlos ya no molesta nadie: Nieto, Celaya, Hierro. Y dos nombres más de inexplicable pezeza literaria: Luis Rosales y Alfonso Canales.

COLOFON

Y termino. No es ésta la última vez que veré a José Luis Prado Nogueira en esta ciudad que huele a carbón y a humo y en la que hay sitio y alegría para todos. Prado Nogueira, con su familia, aquí trabaja. Y su trabajo literario es bueno y fecundo. Ahí está su «Miserere en la tumba de R. N.», uno de los más hermosos libros que he leído.

Salimos, ya de noche, el fotógrafo y el periodista, de casa del poeta. A la derecha, el mar. A la izquierda, las columnas de los altos hornos. Lejos, las siluetas de las chimeneas, entre luces. Todo eso quizá no sea ajeno al próximo libro de José Luis Prado Nogueira, último Premio Nacional de Literatura.

Mauro MUNIZ

LEA TODAS LAS SEMANAS El Español

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Tres meses	36 ptas.
Seis meses	75 "
Un año	150 "



DESEMBARCO EN LA PAZ

FINAL DE AVENTURA Y ENCUENTRO CON LA PATRIA DE LOS PASAJEROS DEL "SANTA MARIA"

TENERIFE ya había sido avisada por los periódicos y la radio. Hacia las tres de la tarde estaba prevista la aparición en el horizonte de la gallarda silueta del trasatlántico, y a las tres y unos minutos el vigía del puerto anotó

en la hoja de servicios haberle avistado desde su torre de observación. Poco después, el «Vera Cruz» largaba anclas a un par de millas de la Cruz de los Caídos y reclamaba la llegada del práctico. Desde tierra, sin necesidad de

prismáticos, podían verse a los pasajeros agolpados en las cubiertas de estribor, agitando sus pañuelos en saludo a la tierra española. Por fin, después de cuatro días de navegación a bordo del «Vera Cruz», dos más de paréntesis en

Recife y doce en alta mar, en el «Santa María», dominado por Henrique Galvao y sus secuaces, la bella perspectiva del gran puerto canario se ofrecía ante sus ojos.

Estaban en aguas españolas. Santa Cruz de Tenerife, toda blanca, se extendía a lo largo de la costa. Los barcos extranjeros surtos en los muelles tenían todos en sus mástiles la bandera española de cortesía. Estaban en España.

Dobló el «Vera Cruz» la bocana y enfiló la rada. Eran ya más de las seis. El remolcador comenzó a arrimar la gran mole blanca del navío gemelo del «Santa María» hasta el pretil del muelle. Desde dos horas antes, la afluencia de tinerfeños hasta el lugar previsto para atracar el «Vera Cruz», había sido constante. Se calculaban en cincuenta mil las personas congregadas para recibir al trasatlántico portugués que traía a España a los pasajeros del «Santa María», la parte más numerosa de aquellos que, durante doce días, fueron rehenes del pirata Galvao en alta mar, aquellos que hubieron de sufrir vejaciones y angustias sin cuento, siempre ignorantes de la suerte que el destino les tenía reservada mientras permanecieran amenazados por las metralletas de los piratas.

La primera estacha del «Vera Cruz» al tocar los muelles de Tenerife, fue la señal para el clamor de cincuenta mil voces, para las ovaciones y la lluvia de serpentinas. Antes, durante la lenta y delicada maniobra de atraque, ya los

gritos y los aplausos habían saltado en la tarde; los aplausos como olas de entusiasmo entre millares de pañuelos volando por encima de las cabezas.

Todos los pasajeros se hallaban agrupados en las cubiertas de paseo, asomando por las escotillas, o apiñados en las escaleras que unen los diversos puentes del navío, en cualquier parte donde se pudiera dominar los muelles y descubrir entre la multitud algún amigo o pariente. La banda municipal hizo sonar el tatachín alegre de un pasodoble. Las chicas de los Coros y Danzas de la Sección Femenina, congregados en estos días en Tenerife con motivo de las Fiestas de Invierno de la ciudad, trenzaron sus aires regionales. Las ovaciones crecían y crecían, y todo era un vivo ondear de pañuelos, tanto en las cubiertas del «Vera Cruz» como sobre las cabezas de las cincuenta mil personas congregadas en el muelle.

Regresaban en el trasatlántico portugués a las islas Canarias más de un centenar de españoles. Eran justamente ciento cinco personas, todas con algún familiar o amigo en los muelles, aguardando agitado el pañuelo y movía los brazos. Cuando la primera estacha rebotó en el cemento del muelle, millares de serpentinas volaron por los aires, poniendo un arcoíris de papel en la tarde, un primer puente de alegría entre los españoles que llegaban y los cincuenta mil compatriotas que habían acudido a recibirles.

LA AVENTURA DEL EMIGRANTE

Por fin fue tendida la pasarela y el gobernador civil de Tenerife subió a bordo con las autoridades para testimoniar el recibimiento oficial de la ciudad a los pasajeros. Desde cubierta, el griterío era ensordecedor. Muchos habían reconocido ya, en los muelles, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos íntimos, a sus hijos. De los 335 pasajeros españoles que fueron víctimas del criminal acto de piratería de Henrique Galvao y sus secuaces, tenían previsto el desembarco en Tenerife ciento cinco, hombres maduros y hombres jóvenes, mujeres y niños; también algunos ancianos que habían embarcado veinte días antes en La Guayra con las ansias de pisar cuanto antes tierra española y que habían sido testigos e indefensos protagonistas de la más sorprendente acción de piratería de la historia moderna del mar.

Los pasajeros españoles embarcados primeramente en el «Santa María» todos tenían en el haber «su América», unos con suerte y otros con menos. Volvía el indiano, el triunfador a medias que, gracias a esfuerzos sin cuento y a continuas privaciones, logró situarse en algún país del otro lado del Atlántico, establecer un negocio y conquistar alguna posición, para lograr los ahorros suficientes para regresar triunfante a la madre Patria.

Volvía también el fracasado, aquel que no supo adaptarse al



Cincuenta mil personas acudieron a los muelles de Tenerife para recibir a los pasajeros del «Vera Cruz»



nuevo medio ambiente o no tuvo la oportunidad de hacerse valer. Concretamente, dieciséis españoles habían embarcado en el «Santa María» en la Guayra, con pasaje a cargo del Gobierno español. El delegado del Servicio de Emigración en Tenerife subió a bordo del «Vera Cruz» para transmitirles el saludo del director general de Empleo del Ministerio de Trabajo y el ofrecimiento de nuevas posibilidades en España, quizá distintas y bastante más ventajosas que aquellas que soñaron encontrar en América.

Y, naturalmente, también en el «Vera Cruz» regresaban a España los triunfadores auténticos, aquellos a quienes su éxito al otro lado del mar les permite hoy sacar pasaje de ida y vuelta para estar unas semanas o unos meses con los padres y los hermanos, y muy pronto regresar otra vez. Unos de estos triunfadores en la aventura siempre emocionante de la emigración, son los hermanos Betancort, que tenían el propósito de pasar unas semanas en Lanzarote en unión de sus padres ancianos cuando embarcaron en el «Santa María» en la Guayra, y que ahora, por el retraso de la aventura de Henrique Galvao, verán mermadas sus vacaciones en bastantes días.

Los hermanos Santiago y Ernesto Betancort, de treinta y dos y treinta y un años de edad, son solteros y tienen a sus padres en la localidad de Yo. Hace varios años marchó a Caracas Valentín, el mayor. Inició un negocio de distribución y venta de bebidas refrescantes en la ciudad de Valencia, en el Estado de Carabobo, y

en vista de su éxito, requirió a sus hermanos Santiago y Ernesto a que se trasladaran a la Valencia venezolana para ayudarle.

Estos dos embarcaron en Santa Cruz de Tenerife con destino a la Guayra en 1954, y desde entonces han permanecido en Venezuela, continuando y ampliando el negocio de Valentín, quien regresó poco después de aquella fecha a Lanzarote para establecerse como pequeño armador de buques y comerciante.

Por si fuera poco, Santiago y Ernesto Betancort hubieron de requerir la ayuda de otros dos hermanos menores de la familia, Domingo y Emilio, quienes partieron hace unos años para Venezuela. Estos últimos se han quedado ahora allí provisionalmente, al frente del gran negocio que iniciara Valentín. El turno para venir a España les llegará más adelante.

Bien, pues ni Santiago ni Ernesto Betancort habían dicho una palabra de su viaje a España. Querían dar una sorpresa a sus padres y a su hermano Valentín, cuando una mañana se presentarían alegremente en Yo con las maletas en la mano. Henrique Galvao impidió que hubiera sorpresa, puesto que al publicar la Prensa finrefeña la relación de los pasajeros españoles que estaban en poder del pirata portugués a bordo del «Santa María», el patriarca de la familia, el viejo Betancort, se encontró con los nombres de sus hijos Ernesto y Santiago.

Y el día que arribó el «Vera Cruz» felizmente en Tenerife, allí estaban en los muelles los dos viejos acompañados de su hijo mayor, Valentín, agitando deses-

El «Santa María», con la bandera a media asta, a su llegada a Santa Cruz de Tenerife

peradamente los brazos y con lágrimas en los ojos al reconocer a Santiago y a Ernesto como locos de alegría en la cubierta, entre cientos de pasajeros que saludaban sin cesar y agitaban al aire los pañuelos.

LOS MAS HUMILLADOS

Todos los españoles a bordo del «Vera Cruz», en sus primeras declaraciones a los periodistas y ante los micrófonos de las emisoras, apenas si sabían decir otra cosa que su alegría sin límites de saberse de nuevo en España. Al natural entusiasmo del retorno, esta vez se ha unido el haber dejado atrás el peso de las amenazas, el temor y la congoja constantes, mantenidos durante doce días, al ser víctimas de un asalto absurdo y criminal, en el que ellos no tenían otro papel que el de rehenes de un pirata. Sus comentarios y recuerdos de los días en que estuvieron secuestrados por Henrique Galvao son muy distintos a los de ciertos turistas norteamericanos que regresaban a Miami en el «Santa María», después de recorrer Sudamérica en vacaciones de invierno.

Los periódicos de todo el mundo reprodujeron las declaraciones de aquellas norteamericanas que solicitaban autógrafos al pirata o que, al dejarse besar la mano por el cínico bandolero, comentaban embobadas: «¡Qué emocionante!»

Los viajeros españoles a bordo del «Santa María» pertenecían a

las clases de pasaje inferiores. Y Galvao demostró, durante su período de cabecilla del trasatlántico, unas preferencias entre los pasajeros realmente despreciables. Se obligó a los españoles a hacinarse en los sollados de proa, donde precisamente se padecía más vivamente el sofoco del aire tropical, ya que los mecanismos de aire acondicionado del buque, como es sabido, sufrieron una importante avería.

Y en todo momento los españoles fueron siempre objeto de vejaciones e insultos por parte de los piratas. Cierta que fueron también los españoles aquellos pasajeros que más quebraderos de cabeza plantearon a los asaltantes. Galvao no quería violencias, pues temía que después, a la hora de solicitar asilo político, pudieran exigírseles responsabilidades por algún percance con los pasajeros. Y los españoles, en todo momento, manifestaron a bordo del "Santa María" su más viva protesta por el criminal acto de secuestro que estaban siendo objeto.

MOTIN EN RECIFE

Se ha sabido que en los varios y justificados "motines" que los tripulantes del "Santa María" organizan contra los piratas, aun a riesgo de que éstos decidieran hacer uso de sus metralletas, como ya le ocurriera al heroico oficial Joao de Nascimento Costa, en-

contraron siempre apoyo en los pasajeros españoles. Concretamente, cuando ya estaba el buque pirata anclado en aguas brasileñas, uno de los asaltantes, el que se hacía llamar Fermín "el Asturiano", mientras montaba bravuconamente su metralleta ante un grupo de españoles, gritó:

—Igual que yo he puesto bombas en Madrid, voy a acabar con todos vosotros, perros fascistas.

Y los españoles, sin amilanarse, supieron enfrentarse con el fanfante para terminar avisando a los fusileros brasileños que se encontraban ya a bordo, quienes alejaron al pendenciero "Asturiano" del grupo.

No obstante estos incidentes, como ya se ha indicado, Galvao trató casi siempre de ganarse las simpatías de los pasajeros, no consiguiéndolo más que con el reducido grupo de desocupadas e histéricas turistas norteamericanas. Para congraciarse con los españoles, el pirata regaló a una pasajera, Silvia Fernández, una bandera que, por lo visto, el pirata tenía la ilusión de hacer ondear algún día en tierra española. Se trataba de la anacrónica enseña tricolor de los años republicanos en nuestro país. La opinión de Silvia Fernández es que Galvao pensaba que los pasajeros españoles iban a unirse incondicionalmente a los piratas.

Horas después de la llegada del «Vera Cruz» a Santa Cruz de Tene-

rife, a medianoche, tras desembarcar a los pasajeros españoles, el trasatlántico abandonaba el puerto canario, en dirección a la isla de Madeira, desde donde se dirigiría a Vigo para desembarcar al resto de nuestros compatriotas que padecieron los días de secuestro en el "Santa María". Santa Cruz de Tenerife brillaba toda encendida en la noche. Sus famosas fiestas de invierno la tenían engalanada. Pero aquella entusiasta jornada de cincuenta mil personas congregadas en los muelles para recibir al «Vera Cruz», en medio del clamor de las sirenas de los navíos surtos en el puerto, fue la más imborrable estampa. Quedará registrada en la movida historia de los muelles tinerfeños como una de las más emocionantes y patrióticas. El regreso a la Patria, el amor a la familia, al hogar, y el desprecio más hondo hacia todo acto criminal, aunque se encubra tras banderías políticas, quedaron bien patentes en los gritos y aclamaciones ante el navío portugués gemelo al "Santa María".

VIGO, ULTIMA ETAPA

Dos días después el «Vera Cruz» tocaba en Vigo. A estribor y a babor se agrupaban los 170 españoles procedentes del "Santa María" que había tenido prevista su llegada al gran puerto gallego veinte días antes. El bello paisaje de la ría se abría ante sus ojos. Al fondo, la ciudad y sus muelles. ¡Estaban en España!

Y aquel mismo día, a última hora de la tarde, atarcababa en los muelles de Santa Cruz de Tenerife el "Santa María". Otra vez un gentío inmenso acudió hasta el puerto para testimoniar con una ovación cerrada la valentía de unos marinos que nunca renunciaron a su deber y que en todo momento velaron por la seguridad de los pasajeros encañonados siempre por los piratas. Era el primer puerto en que arribaba el hermoso trasatlántico desde su salida de Recife. En todas las cubiertas aparecían los tripulantes, correspondiendo emocionados al cordial recibimiento que les hacía España.

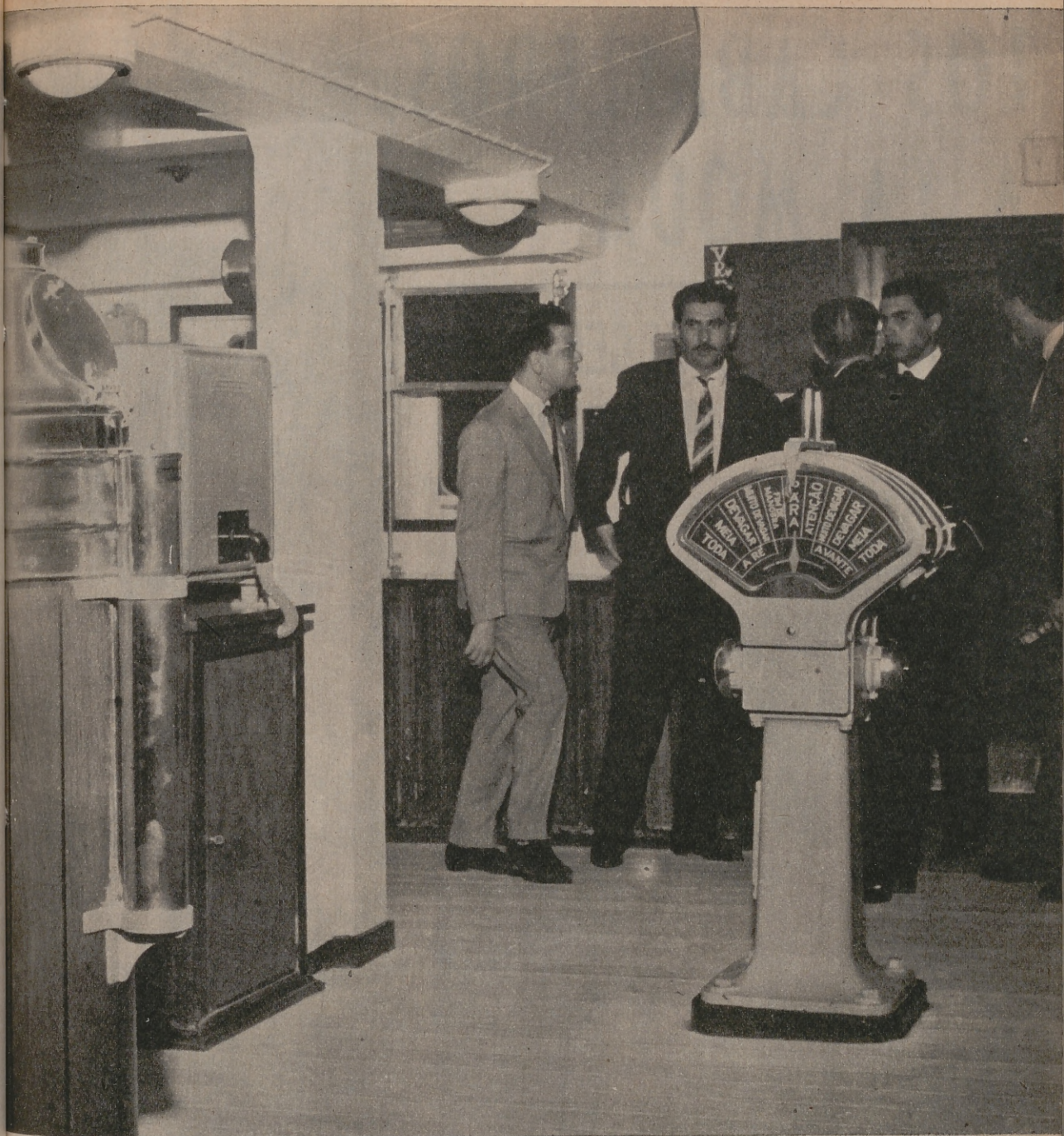
En el puente aparecía la silueta del capitán Maia, el hombre que supo engañar a Henrique Galvao y hacer dar al buque continuas vueltas sin dirigirse a Angola, como le había obligado el pirata mientras le encañonaba con su revólver. El capitán Maia, lo mismo que todos los tripulantes del "Santa María", llevaba en la manga de su uniforme un brazaete negro, en señal de luto por la muerte del oficial Joao de Nascimento Costa.

El "Santa María", desde que fue entregado en Recife a su legítimo capitán por las autoridades navales brasileñas, había enarbolado su bandera a media asta. Así cruzó el Atlántico y así entró en Santa Cruz de Tenerife en tránsito para Lisboa.

Impresionaba la blanca y gallarda silueta del navío portugués, enlutado porque en su capilla, en un ataúd escoltado por cuatro cirios, descansaban los restos de un hombre joven y abnegado que entregó su vida por defenderle.



El capitán del «Santa María», en una conferencia de Prensa en Tenerife



El puesto de mando del trasatlántico portugués, asaltado. Aquí cayó asesinado el tercer oficial

Ante el cadáver del oficial asesinado por los piratas, varios sacerdotes tinerfeños entonaron un responso, y tres coronas de bellas flores del Valle de la Orotava fueron depositadas en la capilla ardiente. Con los ramos traídos por las damas españolas que subieron a bordo del "Santa María", quedó prácticamente cubierto todo el féretro del bravo marino.

TRISTE VIAJE

El buque zarpó de Recife sin pasajeros por temor a que los explosivos que se creía habían abandonado los piratas en las bodegas pudieran ocasionar algún percance. También porque se imponía un traslado rápido a Europa y se desconocía entonces cuántos días durarían en Recife las diligencias fiscales reteniendo al buque.

No obstante, además de los tripulantes —entre los que sólo faltaban un botones y cuatro enfermeras que desertaron uniéndose a los piratas— efectuaron el viaje

desde Recife a Santa Cruz de Tenerife otras personas. Un grupo de periodistas brasileños había embarcado para efectuar varios reportajes de la travesía, que fueron transmitiendo por radio a sus periódicos; una sección de las Mocidades Portuguesas, al día siguiente a la llegada a Recife del "Santa María", en avión se trasladó desde Lisboa para efectuar guardia de honor ante el cadáver del oficial caído; asimismo, un hermano de Joao de Nascimento Costa, el marino asesinado, también se trasladó en avión a Recife para hacerse cargo del cadáver; finalmente, efectuó también la travesía en el "Santa María" el pasajero Howard Weisberger, de nacionalidad norteamericana y arquitecto de profesión, que debía haber embarcado en el «Vera Cruz», pero que perdió este barco por no tener su pasaporte en regla. La Compañía propietaria no quiso dejarle abandonado en Recife.

Por la noche, después de desem-

barcar el equipaje de los pasajeros que días atrás llegaron en su gemelo el «Vera Cruz», el «Santa María» zarpó hacia Funchal y Lisboa. Con ello terminaba una de las más sensacionales aventuras de la historia moderna del mar que, si bien no ha tenido ruidoso balance de víctimas, sí ha supuesto uno de los casos legales más discutidos de los últimos tiempos.

El mundo estuvo pendiente de un barco, el "Santa María". La descabellada y criminal peripecia de Henrique Galvao y sus compinches ha quedado impune. Pero el ejemplo y la lección del "Santa María" está en pie como advertencia de unas tácticas que no se amilanan ante pasajeros indefensos, asesinatos y secuestros. Su origen y su fomento, los españoles bien lo conocemos.

LOS CABALLEROS A LA MODA

EN BARCELONA, UN CERTAMEN DE ELEGANCIA MASCULINA



EL Ritz barcelonés presta sus salones para las más variadas manifestaciones del vivir de la gran ciudad, vivir de inmediata trascendencia en lo nacional. Un mes atrás era el Premio "Nadal"; quince días antes, los Premios "Ciudad de Barcelona"; posteriormente, una conferencia de un ilustre académico... En esta ocasión el acto que se desarrolla en sus salones tiene muy variadas características. El público puede decirse que es el mismo: las máximas figuras de la vida cultural, social y económica de la ciudad.

¿Qué se dilucida en las acristaladas inmensidades de los salones del Ritz? Algo de tan intrascendente importancia como el vestir de... los caballeros. Se celebra el segundo Certamen de la moda masculina y hay una cierta expectación. Los caballeros van penetrando en el hotel con un rostro que pretende ser burlón, como si hubieran tenido que hacer una con-

cesión a sus parejas para asistir a un acto que, en definitiva, les pertenece. Algunos caballeros, al encontrar a un colega en masculinidad tan flagrantemente sorprendido en la asistencia al acto como él, señalaba hacia su mujer mientras entornaba los ojos y encogía los hombros...

—La dona ha volgut...

Que viene a ser algo así como "la mujer se ha empeñado". Pero cuando entraban en el salón y lentamente se entregaban al ambiente de suma elegancia (era imprescindible la rigurosa etiqueta), entre la conversación que amenizaba la cena de gala, el rostro se entregaba resueltamente a la verdadera emoción sentida por los hombres en este día: la curiosidad.

—A mi esto de que desfilen "modelos" en vez de modelos me desconcierta...

Otro comensal se volvió al anterior y respondió:

—Es que hoy son modelos con "o".

EUROPA VISTE BIEN

Entre los asistentes, mucho nombre del mundo de la Alta Costura masculina y femenina. Un afamado sastre español me advertía que es preciso extender nuevamente la costumbre de los caballeros hacia el buen vestir...

—Después de las guerras viene un período de desidia en el buen vestir... Ha pasado en España y ha pasado en Europa. Pero por el extranjero han reaccionado antes que aquí. Es inconcebible, por ejemplo, que un hombre de buena posición social, habitante en Francia o en Alemania, no se haga un traje para cada estación y cada año. En España esto es un sueño.

Los caballeros, por Europa, se preocupan de su aspecto. Prueba de ello es la abundancia de publicaciones destinadas a encauzar el

Una vista del salón barcelonés, donde se ha celebrado el II Certamen de la Moda Masculina. A la izquierda, uno de los modelos y su acompañante femenino

gusto masculino hacia su atuendo. En el II Certamen de la moda masculina estaban presentes representantes de publicaciones de tanto prestigio, dentro del mundillo de la moda masculina, como "Adam", de París, y el "Herrenjournal", alemán. También estaban enviados de revistas italianas, nórdicas y nacionales.

—Hoy quien dicta la moda son los italianos. Han hecho de la moda masculina un arte. No sólo exportan líneas, sino elementos: corbatas, zapatos, calcetines, camisas...

Un tibio silencio se hace en el local. La pasarela, forrada de rojo terciopelo con incrustaciones doradas, queda iluminada por los reflectores. Comienza el desfile de modelos



Modelos de frac. Para realce, los caballeros llevan del brazo a maniqués femeninos

DIABOLO

En los tres desfiles de modelos masculinos que se verificarán en el transcurso de este II Certamen pasarán ante nuestra vista ciento treinta y ocho modelos. No todos serán hombres; también saldrán señoritas. Pero por esta vez las mujeres quedarán relegadas a un segundo término. Salen como soporte al modelo masculino, como fondo, más o menos inmediato, a la elegancia de sus acompañantes. Una modista me decía:

—Fíjese. Ellas van elegantísimas. Imagínese que ellos no lo fueran...; sería como ponerlas en evidencia... Pues bien. Ese es el espectáculo diario que usted puede ver por la calle. Chicas monísimas, vestidas con una gran finu-

ra..., y a su lado hotentotes sin corbata, despeinados y con la chaqueta de un color y el pantalón arrugado y de otro color.

Un colega de la buena señora, pero en el terreno masculino, argüía:

—No sé qué tiene que ver la varonilidad con el ir hecha un desastrado.

Uno ha leído que cada día se tiende más a los conjuntos sencillos y prácticos. Está cansado de escuchar aquello de:

—No hay nada como unos pantalones resistentes y un buen suéter. Se va cómodo y abrigado.

Confiado en este argumento, lo lancé en la rueda de la conversación y me quedé triturado.

—Hay que tener muy buena percha para poder vestir desaliñado... Y muy pocos hombres tienen por aquí buena percha. La gimnasia se toma como un vicio del que hay que huir con repugnancia.

Mutis.

TAMBIEN LOS ESPANOLÉS

Conjuntos de tarde, conjuntos de noche, conjuntos deportivos... Los colores que más abundan para caballero son el granate Goya, «beige» Teriber y oro Toledo... La línea sigue siendo la del año pasado: la diabólica «Diabolo». El nombrecito de la moda viene de aquel juguetito que hacía las delicias de nuestros pacíficos abuelos. La línea, en efecto, recuerda dos trapecios regulares unidos por los lados menores. La ropa masculina tiende a entallarse, dando mayor esbeltez a la figura.

Una variante, en cambio, experimenta la moda del año en curso con respecto a la de su antecesor: vuelve el uso de los dos botones en vez de los tres que habían predominado.

Pasan dos modelos masculinos y en medio una preciosa modelo femenina. No tendríamos ojos más que para lo que va en me-



dio de no requerir nuestra atención un insinuante repiqueteo de dedos femeninos en mi brazo.

—¿Qué decía usted antes de los conjuntos prácticos? Fijese usted en ese modelo... un suéter y un pantalón. ¡Pero bien llevados!

Uno nombre recorre el salón de boca en boca: Juan Camps. Los españoles siempre hemos tenido fama de excelentes diseñadores o modistos de vestidos de señora; ahora, un sastre español, Juan Camps, se ha convertido, en unión de otros cuatro, en el dictador de la moda europea. Juan Camps y sus cuatro compañeros integran el llamado «grupo de París», que ha convertido la capital francesa en el bastión del buen vestir masculino...

—La línea «Diabolo» fue muy difícil de encontrar y es muy difícil de realizar bien... Ese entallamiento es muy costoso de conseguir... Casi puede decirse que ha

cambiado totalmente la técnica de la confección.

Me dan unas medidas del trazado técnico de una americana que sigue la línea «Diabolo»:

Circunferencia de escote, 40 centímetros; pecho, 48; cintura, 42; posaderas, 51; largo de talle, 43; largo total, 74; largo de manga, 60; ancho de espalda, 21,5; desde el suelo al escote espalda, 150; desde el suelo al escote delante, 150; desde el suelo al sobaco, 124,5.

DE TODA ESPAÑA

Sociedades, gremios o asociaciones de toda España participan en el desfile; sastres de Madrid, Valencia, Vizcaya, Zaragoza, Córdoba, Sevilla y Barcelona envían no sólo los trajes confeccionados, sino también los modelos exhibidores. Entre lo realizado por un sastre cordobés o un sastre barcelonés o madrileño no se aprecia diferencia. El nivel técnico de todos

Trajes camperos. La moda también traza sus líneas en los modelos típicos

los sastres representados está increíblemente situado en la vanguardia de la moda masculina.

Mr. Dubois, representante de la parisiense «Adam», y Michel Angelu Testa, de una revista italiana, no acaban en sus elogios hacia lo que ven:

—¡Oh! Los modelos, magníficos... Tienen una técnica de desfile asombrosa...

En efecto, los maniqués desfilaban con una desenvoltura digna de todo elogio, si tenemos en cuenta la innata tendencia celtibérica a reirse de todo lo no usual. Había algún que otro asistente que se tomaba las cosas por un afanado lado práctico:

—¡Lo que faltaba! A partir de ahora no sólo va a tener mi mu-

jer presupuesto ruinoso, sino que yo también.

LA NUEVA FIBRA

Hace algunos años, en unos laboratorios ingleses, unos científicos, manipulando casualmente unos productos, consiguieron un resultado que habría de revolucionar el mercado textil: habían hallado la fibra artificial *polyéster*.

Esta fibra garantizaba poco menos que el tejido eterno, capaz de resistir todo tipo de ataques temporales. La patente francesa del *polyéster* es el *Tergal*, la italiana el *Italter* y la española el *Teriber*. Los ingleses, muy celosos de su honrilla profesional, no conceden la patente del sufijo «ter» si no homologan la auténtica calidad de las variantes nacionales del *polyéster*. La variante española, el *Teriber*, lo ha conseguido. Seis conjuntos confeccionados en esta fibra inarrugable, implanchable e inapollillable despertaron la admiración del público. El tejido de esta nueva fibra presta una consistencia a los atuendos inusitada.

—Es lo que nos hacía falta para revitalizar la industria textil... Un tejido bien hecho de una vez.

El público barcelonés es muy sensible a todo lo referente a la industria textil. No se trata de un capricho. Cataluña debe lo que es a su industria textil, y esto ha llegado al conocimiento del más recóndito de los barceloneses.

Los gabanes también siguen las características de la línea «Diabolo»: entallados y con pocos adornos internos... Se observa una preponderancia del traje a rayas verticales.

—Hoy día se tiende a resaltar ante todo la esbeltez de la figura—me dice el señor Dielofeu, prestigioso sastre barcelonés; la línea «Diabolo» y los tejidos rayados vienen para ello que ni pintados.

Y ASI TRES DIAS

Estos desfiles se desarrollarán en tres sesiones, alternadas con visitas a lo más sugerente de Barcelona y su provincia. Los objetivos que se persiguen con el II Certamen de la moda masculina me los aclara el secretario de La Confianza, asociación de los sastres barceloneses:

—Acostumbrar al hombre a la idea de que debe vestir bien, para servir de digno complemento a la mujer y por su propia dignidad... No se es más hombre por ser un desarrapado. Por otra parte, nos interesaría que la labor del sastre se apreciara tanto como la del «modisto». Esto sólo se consigue mediante nuevas metas alcanzadas. La moda masculina no debe estancarse; debe superarse continuamente, como la femenina...

A la salida de la exhibición se advertía como una común preocupación entre los caballeros: mirarse la raya del pantalón y comprobar tímidamente si el lado del cuello estaba bien situado. Una vez comprobado, a casita, a descansar... y a hacer números...

VAZQUEZ MONTALBAN



El Certamen de la Moda Masculina despertó gran expectación. Arriba, modelos de disfraces «abstractos» creados por la Escuela de la Moda de Hamburgo



EL POLVORIN DEL CONGO

EN LA O. N. U., OFENSIVA DEL COMUNISMO INTERNACIONAL

AL volar desde Leopoldville a Elisabethville, sobre el corazón del Congo, los pasajeros, mirando hacia abajo, tienen la mi-

presión de caminar, aéreamente, sobre una verdefortísima alfombra de árboles. De cuando en cuando, aparecen las cintas azu-

les o plateadas de los ríos, los calveros donde se alzan tales o cuales poblados, los minúsculos claros o las ciertas praderas por donde

saltan, en auténticas estampas de libertad, los antílopes, las semialibredad, los ágiles antílopes, las semialadadas gacelas.

Cuando Patricio Lumumba, y con él Okito y Mpolo, a bordo del «DC-3» del Gobierno de Katanga, sobrevolaban la ruta, prisioneros doblemente, seguro que por sus mentes más que revolucionadas pasaría, en algún momento, la comparación de la libertad. Allí abajo, la libertad, la libertad de la selva, en ocasiones más humana y desde luego mucho más justa que la propia libertad predicada por los hombres.

Hace ahora un mes que Jack Dixon, piloto blanco del «DC-3», conducía en calidad de presos, desde Leopoldville a Elisabethville, a los tres líderes políticos del Congo. Y hace unos días tan sólo, cuando empezaron a circular por las agencias de noticias, por los periódicos del mundo, los rumo-

res de la fuga de Lumumba y sus dos compañeros de prisión, el propio Jack Dixon hacía públicas en los diarios belgas sus impresiones del viaje:

—Lumumba, yo creo, estaba materialmente muerto al ser descendido del avión. Tales fueron los tratos que él y sus compañeros recibieron en ruta.

De ser esto cierto, Lumumba, Okito y Mpolo sí que verían nublarse ante sus ojos la verdefortísima alfombra congoleña, sede, en sus determinados puntos, de sangre vertida, de discursos, de agitaciones, de noches y días más trágicos que los más terribles y espeluznantes relatos de los exploradores de la antigüedad.

HABLA MUNONGO

El lunes 13 de febrero, ante una rueda de unos veinte periodistas, el ministro katangués del Inte-

rior, Godefroid, Munongo, anunciaba en Elisabethville la muerte de Patricio Lumumba y sus dos compañeros de fuga Maurice Mpolo, ex ministro de Juventud y Deportes del Congo, y José Okito, ex presidente del Senado.

Mostrando los certificados de defunción hizo público que un campesino de una aldea, «cuyo nombre no podía ser revelado en evitación de represalias por parte de las tribus lumumbistas», llegó al Ministerio del Interior solicitando ser recibido por el propio ministro «para comunicarle un asunto reservado, urgente e importantísimo». Este asunto era que Patricio Lumumba y sus dos compañeros de prisión habían sido linchados por los habitantes de aquella aldea, «habitantes a los cuales se les entregarían los 400.000 francos—unas 350.000 pesetas aproximadamente—que estaban ofrecidas por la captura, vivos o muertos, de los fugados». Respecto a la identidad de los capturadores, el ministro katangués dijo que «lo más que podía informar era que pertenecían a una tribu antilumumbista lindú, a la cual pertenece igualmente el actual presidente Tshombe».

«A continuación de haber recibido la noticia, yo mismo, junto con otros dos compañeros de Gabinete y un médico, nos trasladamos a la aldea para identificar a los cadáveres. Aquí están los certificados de defunción que demuestran la identidad de aquéllos. Munongo, seguidamente, explicó que tanto Lumumba como sus compañeros de fuga fueron enterrados en un lugar de la selva».

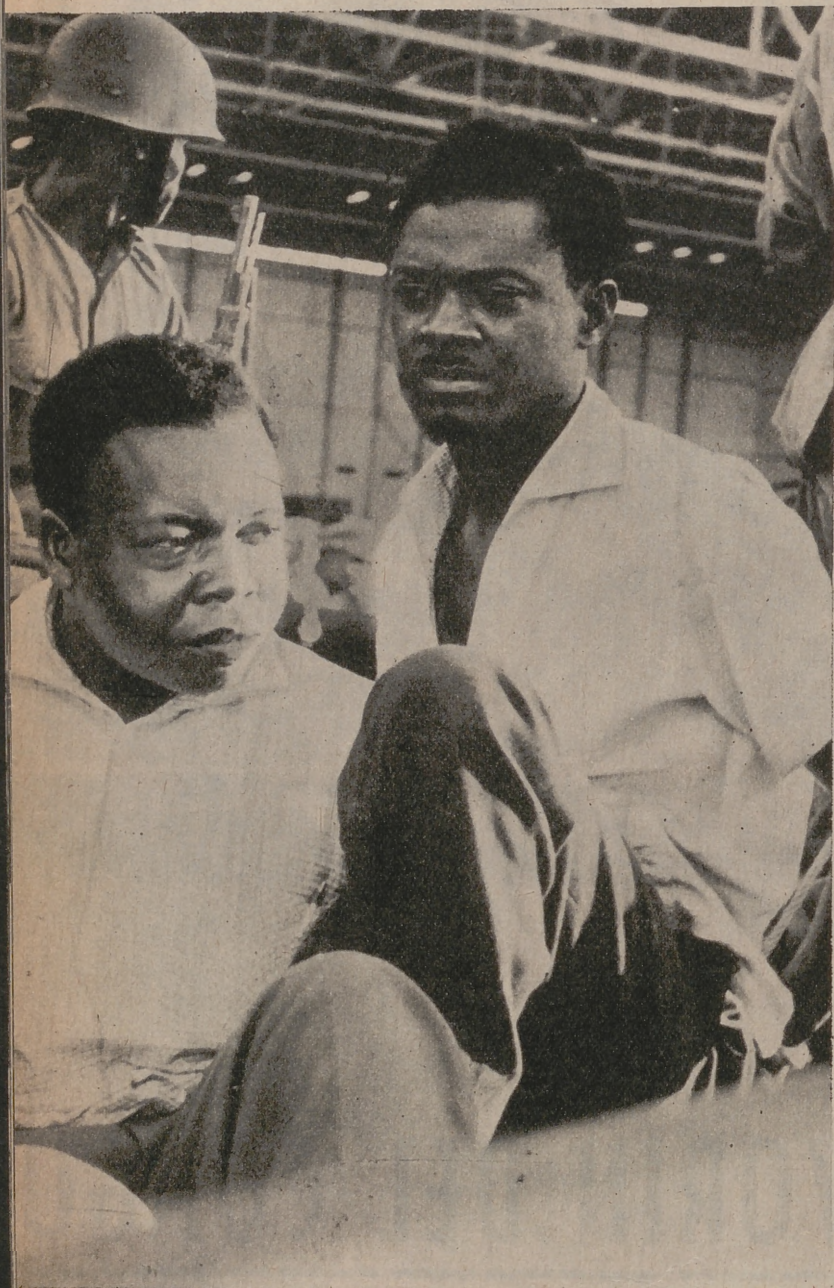
A preguntas de los periodistas, Munongo declaró que, por otra parte, no tenía ningún interés en recordar el lugar del enterramiento porque «eran criminales a los ojos de todo el mundo». A lo más, el ministro concedió que los tres cadáveres se hallaron a unos 335 kilómetros de Elisabethville, en un poblado de la zona de Kolwezi, ciudad en la que según el Gobierno de Katanga había sido encontrado el automóvil en el que huyeron Lumumba y sus compañeros.

DE MUGULUNGA A LA MUERTE

Mugulunga, en Katanga meridional, ha sido la última de las prisiones de Patricio Lumumba. Porque en tres lugares diferentes ha permanecido el difunto ex jefe del Gobierno del Congo desde la orden de prisión dictada por Kasavubu en aquellos días en que él y Lumumba se destituían mutuamente y de la que salió victorioso el adversario de Lumumba.

De la prisión de Mugulunga, según las noticias recibidas hasta ahora, es de la que escapó Lumumba. El relato de la fuga ha sido facilitado por el capitán Julien Gat, un belga que, al servicio del Gobierno de Katanga, mandaba las fuerzas de la Gendarmería katangués destinadas a guardar a Lumumba.

El lugar donde estaba recluso Lumumba y sus dos compañeros era una habitación de unos cinco metros de ancho por tres de largo. Disponía de una doble cama, cuatro sillas y una mesa. Los reclusos dormían los tres juntos en el camastro y les era permitido hacer ejercicio una hora por la mañana y pasear otra hora por la



Una de las últimas fotos de Patricio Lumumba y Joseph Okito, ya detenidos los dos



Un delegado de la Comisión Técnica de Leopoldville contesta a un grupo de informadores

tarde. En la puerta de la habitación había una guardia permanente de un gendarme y un soldado, mientras que la ventana estaba protegida con gruesos barrotes.

—Los tres prisioneros—manifestó el capitán Gat—gozaban de buena salud y comían exactamente lo mismo que mis soldados y yo.

La versión oficial de la fuga es ésta: «Los tres fugitivos han realizado su fuga mediante un boquete de metro y medio realizado en el muro con los ganchos de las cortinas que protegían la descubierta ventana de los rayos del sol. Por este boquete salieron los

tres y golpearon hasta dejarlos tendidos en el suelo, sin sentido, a los guardianes. Inmediatamente se apoderaron de un automóvil que estaba cerca y empujándolo hasta encontrarse a una prudente distancia, emprendieron la huida.»

El mismo capitán Julien Gat, poco después de ser descubierta la fuga, declaraba rotundamente:

—Tres hombres solos y sin provisiones no pueden salir con vida de esta aventura a menos que cuenten con ayuda especial que nosotros ignoramos. La selva es una fortaleza inexpugnable y es fácil huir a ella, pero no es menos

cierto que una vez internado resulta poco menos que imposible salir con vida, excepto si se cuenta con una serie de grandes recursos.

Dos días después, el Gobierno de Katanga anunciaba oficialmente la muerte de los fugados.

LA FICHA DE PATRICIO LUMUMBA

La biografía de Patricio Lumumba, por desgracia para la historia del mundo civilizado, ha sido ampliamente difundida en todos los rotativos del mundo, como asimismo su fotografiada efígie, con un

aire mitad mefistofélico selvático, mitad de agitador activista de las filas de la Kominform.

Patricio Lumumba, nacido en la provincia de Kasai hace treinta y cinco años, era miembro de la tribu «mutetela», considerada una de las más feroces de África. Lumumba recibió educación en las Misiones católicas y protestantes de aquella provincia, mostrándose, desde su juventud, muy aficionado a la política y teniendo siempre presente la idea de independencia del Congo «con la ayuda de quien fuese».

En el año 1959, ya convertido en participante activo de la lucha política del Congo, Patricio Lumumba fue encarcelado por segunda vez como consecuencia de su campaña de independencia, acusado por el Gobierno belga de haber incitado a la violencia contra el Gobierno colonial. La primera vez que Lumumba estuvo en la cárcel fue en 1956, esta vez no por delito político, sino acusado de desfalco en la oficina de Correos de la que era funcionario.

Lumumba era, de todos los políticos congoleños, el que propugnaba un Congo sin divisiones, un Congo como nación unida. Para conseguir la independencia del Congo no dudó en echarse en brazos de la U. R. S. S. y seguir, en los métodos, los dictados del comunismo internacional.

Después de su prisión en 1959, fue puesto en libertad a principios de 1960 por las autoridades belgas con el fin de que asistiese a la Conferencia celebrada en Bruselas y en las que se acordaba la independencia del Congo.

Luego están ya muy recientes todos los sucesos—las noches trágicas de la caza del blanco en el Congo, los viajes de Lumumba, los debates en la O. N. U., las disensiones internas entre Lumumba, Kasavubu y demás rivales políticos—para volver a hacer un recuento de hechos que no han traído al mundo civilizado otra cosa que horror, sangre y miseria.

EL PROBLEMA LUMUMBA

En la mañana del lunes 13 volvía a Washington de pasar el fin de semana en una finca de Virginia el Presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy. La primera noticia que recibió el Presidente fue la muerte de Lumumba y de los dos ex ministros. El Presidente no pudo ocultar su preocupación ante las consecuencias que depare el futuro.

Todos los comentaristas han coincidido en afirmar que la muerte de Lumumba significa, ni más ni menos, que la inminente guerra civil y, con ella el caos en el Congo. Es evidente que la demagogia de Lumumba había alcanzado un alto grado de popularidad

en aquellas latitudes africanas y su muerte puede hoy ser aireada por sus partidarios como la de un mártir. Saldrán a relucir todas las fotografías de Lumumba detenido por las tropas del coronel Mobutu, de Lumumba trasladado a la cárcel de Katanga y se airearán las inhábiles palabras de Munongo al anunciar la muerte de Lumumba, como así la negativa del Presidente Tshombe para recibir al investigador de las Naciones Unidas, el general etíope Mangasha Yassu, que se había trasladado de Leopoldville a Elisabethville para informarse sobre la fuga del ex jefe del Gobierno del Congo.

En dos direcciones se atisban las consecuencias que en África puede tener la muerte de Lumumba. Una, interna; otra, externa.

En el orden interno, la guerra civil y no sólo la guerra de tribus entre sí, sino la guerra de los lumumbistas contra las tropas de la O. N. U. Por de pronto, a la hora de redactar estas líneas, Antoine Gizenga ha formado un nuevo Gobierno prolumumbista en Stanleyville, capital de la provincia oriental del Congo y ha dicho que si el Consejo de Seguridad de la O. N. U. no alcanzaba un acuerdo aceptable «él dispondría de libertad de acción, a tenor de la decisión secreta tomada en la Conferencia africana de Casablanca y comunicada confidencialmente a varios Gobiernos africanos y asiáticos». Por su parte, el jefe provincial Mauzi-Kala ha dicho: «El Movimiento Nacional Congoleño, del que era fundador y primer jefe Lumumba, continuara luchando, y si uno cae, otro ocupará su puesto.»

En Leopoldville, la viuda de Lumumba, acompañada por Albert Lumumba, hermano del ex jefe del Gobierno, al frente de una manifestación pacífica de unos cien partidarios de su marido, se dirigió a la residencia del representante de la O. N. U., Rajeshwar Dayal, al que pidió le fuese traído a Leopoldville el cuerpo de su esposo para darle digna sepultura. Dayal se hizo eco de las palabras de la viuda de Lumumba.

Por lo que respecta al exterior, pueden aquí considerarse dos vertientes. Una, la orquestada por Moscú, que empieza con la lapidación de las Embajadas belgas y termina con la ofensiva general en la O. N. U., y otra, la derivada de la repercusión que en el mundo afroasiático ha tenido el hecho, lo cual hará muy difícil todo intento de conciliación pacífica.

EN LA O. N. U., OFENSIVA DEL COMUNISMO INTERNACIONAL

Que Patricio Lumumba ha sido un fiel ejecutor de órdenes de

Moscú es un hecho histórico que no admite dudas. No ya el plan de azuzar a negros contra blancos a las cuarenta y ocho horas de independencia del Congo, para obligar a la intervención de las fuerzas belgas e inmediatamente pedir en la ONU la retirada de dichas tropas que constituyan la principal muralla contra la expansión comunista, sino las propias instrucciones a los militantes del Movimiento Nacional Congoleño, partido de Lumumba, en el que se puntualizan el uso de la mentira y la violencia como armas eficaces, los contactos con Rusia y su ejemplo, la eliminación de la Iglesia, «nuestro mayor enemigo», y otra serie de dictados de claro matiz marxista.



Patrulla motorizada congoleña y soldados belgas en Leopoldville

El comunismo internacional, por ello y como nueva ocasión de ataque al mundo libre, ha lanzado una ofensiva en la ONU, secundada por todos los corifeos y compañeros de viaje.

Los despachos de la sede de las Naciones Unidas nos dan cuenta de cómo el embajador soviético Valerian A. Zorin culpó a Bélgica, a sus aliados y «agentes» y a Hammarskjöld y al Mando de la ONU en el Congo de la muerte de Lumumba. Quiso ridiculizar el llamamiento del secretario general en favor de la investigación completa e imparcial y recalco que la característica de la muerte de Lumumba es que «se ha cometido bajo la bandera azul de la ONU».

Terminó retirando la confianza a Hammarskjöld.

El día 14, un despacho de Estocolmo anunciaba que la Unión Soviética pedía nuevamente la destitución del secretario general de la ONU, diciendo que no le reconocerá como tal a partir de ahora, como consecuencia de la muerte de Lumumba. La declaración del Gobierno soviético califica a Hammarskjöld como «organizador de represalias contra los principales estadistas de la República congoleña».

Vuelve a plantearse, pues, el argumento de Krustchev expuesto en la pasada Asamblea general: «Hammarskjöld es un lacayo del imperialismo colonialista.»

La muerte de Lumumba es un

torpedo puesto por Rusia para derrumbar a la ONU. Porque si la ONU cede y acepta una forzosa disminución de su secretario general, la crisis decisiva será el final. Si la ONU no cede, porque no hay razón para ello, ¿cómo cumplirá su cometido con el veto de una de las cuatro grandes potencias?

Días difíciles se avecinan. El Congo ya era un polvorín. ¿Habrá encendido Patricio Lumumba, después de muerto, la última mecha?

José María DELEYTO

LEA TODAS LAS SEMANAS

El Español

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Tres meses	36 ptas.
Seis meses	75 »
Un año	150 »

Tirada de este número: 47.500 ejemplares

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

EL POLVORIN DEL CONGO



EN LA O. N. U., OFENSIVA DEL COMUNISMO INTERNACIONAL